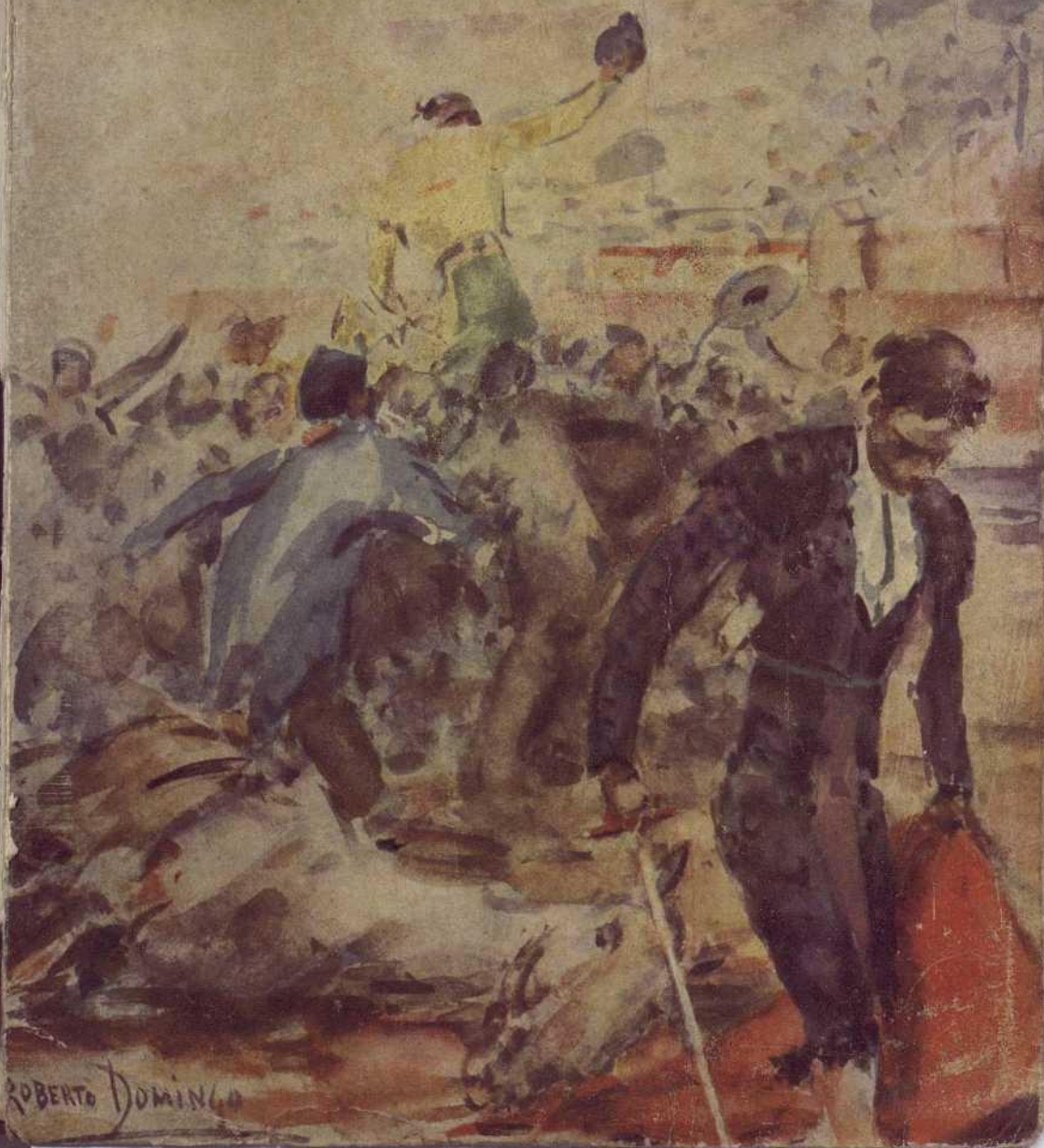


Grandezas y Miserias del Toreo

César Jalón
(Clarito)



ROBERTO DOMINGO

Primera edición, enero 1933.

ES PROPIEDAD
DEL AUTOR

C o p y r i t h b y
CÉSAR JALÓN

(M A D R I D)

GRANDEZAS Y MISERIAS DEL TOREO

POR

CÉSAR JALÓN

(CLARITO)



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. MARZO

San Hermenegildo, 32.—Tel. 31225

1933



14

ROBERTO JOAQUÍN

Mi querido don Alejandro:

Va, con estas líneas, el primer ejemplar de mi libro de toros. Por sus letras, no es digno de encomendarlo a la lectura del hombre de letras que es usted. Por el cariño y el respeto que le tengo, tampoco he debido, con su envío, obligarle moralmente al sacrificio de hojearlo...

Pero su condición eminente de eminente político, me imponía el nombre de usted en el primer término de la lista de dedicatorias.

No hay nada que se parezca tanto a un libro político como un libro de toros. Leyendo corridas de toros y episodios taurinos, se lee, en muy pintoresca parte, la Historia de España.

Desde la dominación árabe, por cuya gracia conocemos mejor, de chicos, al Cid que "demanda licencia urbana para alancear un toro", que no al Rodrigo que le impone al rey la jura de Santa Gadea, hasta este año de 1932, en que un ministro socialista influye

en la excarcelación de un torero, ¡cuántas afinidades, cuántos puntos de contacto, entre sucesos históricos y sucesos taurinos, entre políticos y toreros!..

A Isabel I, de Avila, la reconoce su hermano como heredera del trono "delante de los toros de Guisando". Toros de piedra; pero toros al fin. De ella—asustada por la muerte de un caballero en la corrida con que se celebra el natalicio de su hijo Don Juan—es la iniciativa de embolar los toros, bien ajena su majestad católica a que en el siglo XX el general dictador habría de implantar el embolado de Real orden "para que los toreros demuestren los días de lluvia si el piso de la plaza está o no en condiciones".

Los reyes del siglo XV cuentan sus faustos de familia y sus hechos de armas en efemérides taurinas. Las bodas de Don Juan II. El nacimiento de Enrique IV. La toma de Zamora... Pues los reinados de la casa de Austria y los primeros Borbones, más. La corrida regia de la coronación oficial de Carlos IV—simbólico presagio de tantas coronaciones privadas—marca con piedra blanca la culminación torera del siglo XVIII: ¡por primera vez alternan juntos Costillares, Pepe-Illo y Pedro Romero!

Godoy, en declive, sabiéndose "lejos" del pueblo, suprime las corridas. Pepe Botella, creyéndose "cerca" del pueblo, las restaura. Para olvidar la afrenta de la irrupción de los hijos de San Luis, corridas. Para distraer los ánimos, contristados por el desastre de Cavite, corridas.

Romero Robledo, porque, un día, en la estación de Córdoba, hablando con Lagartijo se ha olvidado del obispo, exclama:

—“¡Obispos, hago yo cien de un plumazo. Y Lagartijos, no nace más que uno!”

Cuando más rehuye Romanones, jefe de Gobierno, su encuentro con periodistas y políticos—en su casa dicen que “está en el campo”—, se levanta en un palco de la plaza de toros a pedirle al presidente la oreja para Salleri II... (Los periodistas cazan allí mismo al cazador.)

La Cierva, ministro de la Guerra, rígido, inflexible, viola la ley de Reclutamiento para que embarque el diestro Fortuna rumbo a Lima.

El ex rey, en los días de su mayor cautela—rehuía la calle del Arenal y se iba por los bulevares—, baja de su coche una tarde, cerca de San Juan de Dios, a saludar a Joselito.

En la Plaza de Toledo, Chicuelo, el más

pusilánime de los toreros, es el primer español que le dice a Primo de Rivera "que no", cuando algún subsecretario y director general de los de ahora le decían "que sí". En la de Valencia, la primera silba al dictador. Y en la de Madrid, la primera ovación a Sánchez Guerra.

En la Asamblea Consultiva, gran escándalo por el vocabulario taurino:

—“S. S.—le dice Primo a Pradera—sale del burladero, da la cornada y se esconde.”

Y en las Constituyentes, también con escándalo, Prieto a Ossorio: “No sabía que íbamos a lidiar a su señoría esta tarde.”

Y, en términos generales, ahí está permanentemente en litigio, entre políticos como entre toreros, el predominio de la “buena mano izquierda”, por el que unos y otros se afanan. Y ahí está, planteada en ambos campos, la eterna cuestión topográfica: si la derecha es recusable porque, por bien que toreé, ha de hacerlo “apoyándose en la espada”, y si la izquierda, como mano ideal, encuentra escaso margen práctico y serios peligros en su uso. Cuestión que políticos y toreros resuelven hoy, siempre a la par, toreando... con ambas manos.

Acotados de una larga ristra de detalles, es-

tos puntos de coincidencia entre el ruedo de la política y el ruedo de la llamada fiesta nacional—quizá la que nos acostumbra a los españoles a ver los toros desde la barrera—, comprenderá usted, mi querido jefe, que era inexcusable, sin que por eso pierda su condición efusiva y rendida, esta dedicatoria.

CÉSAR JALÓN.

LA PAREJA DEL SIGLO XIX

Salvador Sánchez «Frascuero».

De Churriana de la Vega (Granada):

Le basta su estoque—¿el primero del toro?— para mantenerse a la par de *Lagartijo*.

Toreando es corto. Banderillea al quiebro, en silla.

Le da *Cúchares* la alternativa en 1867 y se retira en 1890.

Rafael Molina «Lagartijo».

Nace en Córdoba en 1841.

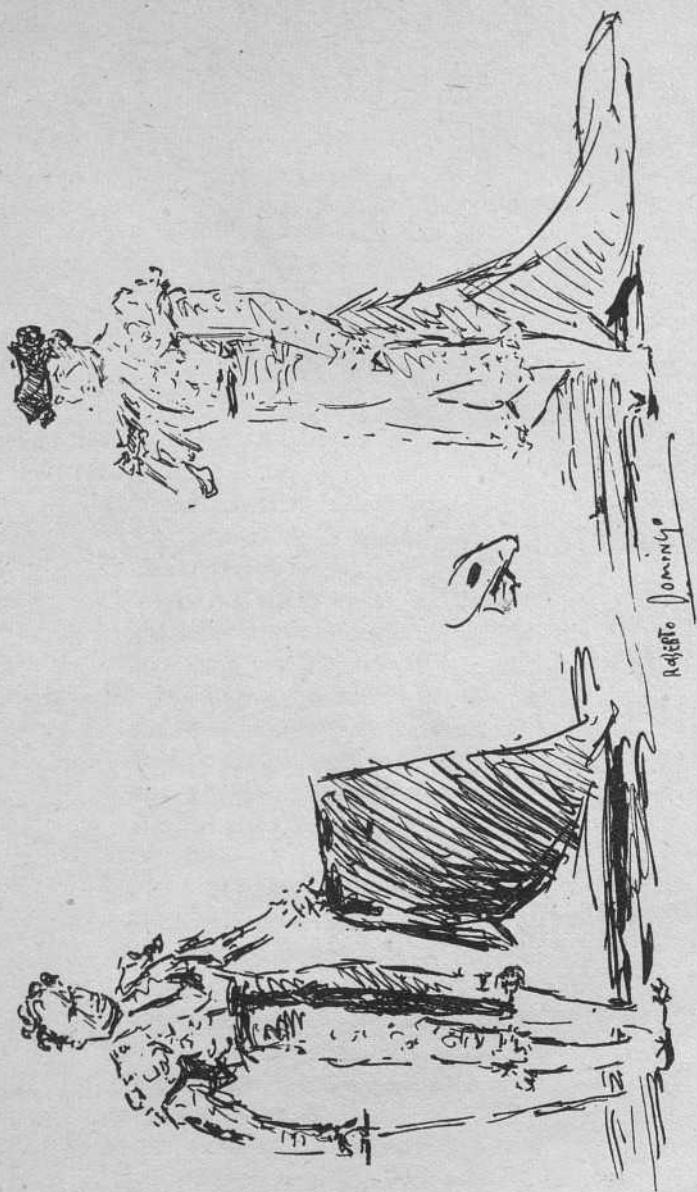
A los once años va en una cuadrilla juvenil. De 1852 a 1865 se cuaja en él una de las más formidables figuras del arte.

Alternan con *Cúchares*—en las postrimerías de éste—, con *el Tato* y *el Gordito* y con el desgraciado *Pepete*, que muere en las astas de un Miura. De quien toma más ejemplo es del *Gordito*, el más fino de todos éstos. Pero pronto se eleva por encima de todos. Y a poco, con el advenimiento de *Frascuero*, se completa una de las más grandes parejas de la Historia.

La crítica taurina—larga ya en buenas plumas—hace a cuenta de ambos mucha y buena literatura.

Verdaderamente, desde el cambio de rodillas hasta sus famosas largas, a punta de capote, domina todo el toro de capa. Su prestancia en banderillas es tal, que un crítico de arte—D. Francisco Alcántara—dice de la eutimia de sus líneas “que aventaja a la estatuaría griega”. Y buen muletero. Y matador fácil...

Un historiador—quizá el Sr. Cañavate—le asigna la gallardía de *Paquiro*, la agilidad de *Chiclanero*, la astucia de *Cúchares*, el gracejo del *Tato* y la elegancia de Cayetano Sanz.



ÍNDICE

| | Páginas |
|---|---------|
| LOS AMIGOS DE "CLARITO" | 1 |
| INTROITO. | 5 |
| I.—OSCILACIONES DE LA FIESTA.— Los adalides de la escuela sevil- llana mueren sin sucesión.—Jo- selito del siglo XVIII, Joselito del siglo XIX y Joselito del si- glo XX. | 9 |
| II.—EL PRIMERO Y ÚLTIMO REY DE LA EDAD MODERNA DEL TOREO. Ronda, Chiclana y Córdoba, hi- tos en la Historia.—Muere Jose- lito del siglo XX.—La tragedia del ídolo | 31 |
| III.—LA ERA BELMONTINA.—Antes de J. B. y después de J. B. | 43 |
| IV.—CARA-CRUZ DE BELMONTE.—Días de epopeya y días de revés.— Una epopeya de Belmonte.— Una excursión a las ruinas de Belmonte.—Belmonte se abra- za con Belmonte | 51 |
| V.—MIXTIFICACIÓN DE LA FIESTA Y SUS FACTORES.—El temple y su espejismo.—Vicios en las suer- | |

| | |
|---|-----|
| tes.—Los petos.—La de banderillas y la de matar.—La vida de los toreros.—La crítica y los públicos. | 71 |
| VI.—DE LOS TOROS.—Los señores ganaderos y los ganaderos señores. El peso de los toros y el peso de los toreros.—Las castas. | 105 |
| VII.—DEL TOREO A CABALLO.—Varilargueros, rejoneadores y sacrificadores de caballos.—Escuela andaluza y escuela portuguesa. | 135 |
| VIII.—DEL TOREO A PIE CONTEMPORÁNEO. — Lalanda y Márquez. — Los toreros del margen. — El triunvirato Barrera, <i>Bienvenida</i> y Ortega.—Las plagas. | 157 |

LOS AMIGOS DE «CLARITO»

Parecería más propio decir "unos" amigos de Clarito. Pero es que "los" amigos de Clarito no son más que unos. Unos pocos... Y ni siquiera somos siempre los mismos. Nos renueva. Nos cambia. Hace cada año su cupo de amigos, como el Estado su contingente militar o como los Ayuntamientos su presupuesto. Y es raro cuando algún amigo pasa a ejercicio cerrado y continúa, por casualidad, en el cupo del año siguiente.

Declarados por él amovibles, hemos querido sus amigos de este instante, los que pudiéramos decirnos del ejercicio 1931-1932, obligarle a los trabajos "forzados" de este volumen. Él, por sí, sin nuestra coacción, no lo haría nunca. Lo anunciará mil veces, pero no lo hará. Le oiréis predicar la necesidad de que estos temas sirvan de testimonio aleccionador del estado de la fiesta en este siglo; de la necesidad de un libro de toros que no sacrifique la técnica a la literatura, ni tampoco, como es uso, que, so capa de tecnicismo, sea un modelo del chabacano decir de la plebe taurina... Se esparcirá en toda suerte de pintorescas razones y de curiosos argumentos para justificar su obra. Mas no pasará del propósito. Y el volumen taurino continuará, sin otra cosa que el rótulo en un tejuelo imaginario, embutido en la anaquelera ideal de su fantasía. Allí hay, asimismo, otros proyectos de libro que no verán la estampa: aquel de la colaboración con uno de nosotros, que iba a ser un análisis entre ameno y exaltado, entre frívolo y fundamental, del cante jondo; o aquella "Galería de hombres medianos", en la que Primo de Rivera era el primer estadista español,

el doctor Asuero el primer médico, y Muñoz Seca el primer comediógrafo, etc...

En el reparto de su elaboración espiritual, Clarito no le concede espacio al libro. Una cuarta parte de su trabajo, quizá la menos estimable, pero la única de fácil transcripción, la dedica al periódico. Las otras tres cuartas partes las absorben, con lamentable esterilidad, las "peñas" y tertulias, escenario predilecto de su ingenio. Es allí, por ejemplo, en donde recoge un día el eco de un clamoreo de "lalandistas", alborozados por un triunfo de su ídolo en Barcelona, y grita con ellos: "¡Gallito, Gallito, Gallito!..." Para, a los pocos días, darse el gusto de gritar: "¡Gallito... de Barcelona! ¡Gallito... Codorníu!..." Allí, en donde, otro día, al oír que los ganaderos llaman embusteros a los periodistas, exclama: "¡Pues y ellos, que malponen su firma a dos palabras, y mienten en las dos! Mienten en el peso, en la edad." Y añade: "¡Cualquiera les daba un poco de ortografía y una columna de rotativo!..." Otro día, ante el tono despectivo con que un viejo aficionado, partidario del Guerra, habla de los periodistas, de lo poco que a su ídolo, ni a ellos, les importaban los periódicos, nuestro hombre le dispara: "¿Y cómo les iban a preocupar los periódicos, si ni él ni ustedes sabían leer ni escribir?"

Pues otro día, cuando está Cagancho condoliéndose de la muerte de un amigo—"¡El pobre Sabino Inchaurrea!"—y Sabino aparece, nuestro hombre le dice, iracundo, al gitano: "Pero ¿también los amigos te "los dejas vivos"?"

No es, sin embargo, a recoger esta sal y pimienta, con que Clarito, como muchos españoles, sazona su ingenio para derrocharlo estérilmente, a lo que dedicamos este libro. Recogemos, con lo que él nos va dando de inédito—poco menos que a cucharadas—, unos cuantos aspectos de su crítica taurina. Y principalmente aspectos de su campaña, que se inicia en una conferencia en Bilbao, se esparce por la crítica cotidiana de la temporada del 29 y culmina, por un capricho del Destino, en otra conferencia en la misma ca-

pital vizcaína. Son textos vibrantes y cálidos, como hijos de la palabra, siempre menos reflexiva, pero casi siempre más cordial que la pluma, y en los que se diseña la fiesta de toros, para mostrar al descubierto sus entrañas. Entendemos que con esos textos, nuevos y añejos, y unas cuantas crónicas de diversa tendencia, de esas en que se ve dibujada a grandes rasgos la "cara" y la "cruz", el "sol y sombra" de toreros principales, "le podemos construir" un libro de toros, si no el más interesante de la bibliografía taurina, tan interesante como el que más.

INTROITO

No es éste un libro de toros en el sentido tradicional de las publicaciones taurinas. No define una por una las suertes del toreo, que se sobreentienden aprendidas por el lector en los abundantes catecismos del arte, o de viva voz en el espectáculo, al contacto con una fiesta que tan pródiga es en "explicadores". Ni establece, por el mismo motivo, los diversos nombres asignados a los toros, en razón de sus capas, hoy reducidas a dos—la negra y la cárdena—en más del 80 por 100 de las reses. Ni mucho menos articula sus procedencias en esa especie de árboles genealógicos que, a fuerza de cruzamientos y traspasos de hierros y divisas, contarían en este instante las ramas por millares. Ni, en fin, la labor analítica toma el toreo desde la edad del cobre, en el deseo de acopiar documentos ni citas, sino simplemente de ponerlo cuanto antes "al día", después del desfile, episódico y fugacísimo, de sus figuras principales.

No. El folklore—como tantas otras actividades de la literatura—tienta más mi curiosidad de lector que mis afanes de autor. Y en punto a especulaciones históricas y a reconstitución de personajes del pasado, creo firmemente que después de la *Vida de Jesús*, de Renan, y del *Napoleón*, de Ludwid, servirían de muy poco al Parnaso español mis esfuerzos por reconstruir la vida de *Costillares* o la figura torera del *Conde de Paquiro*, en el supuesto histórico de que nuestra buena reina Isabel II—"lígera, pero cristiana", que dijo Pío IX—nombrase, ante sí, conde a Francisco Montes.

Por el contrario, este trabajo, atento a su fin primordial, rompe la clasificación histórica. Tal como en él se estudia, el arte del toreo se divide solamente en dos edades: la antigua y la moderna. En la primera la pluma se detiene poco, porque todo el período antiguo no viene a ser más que el largo puente por donde ha ido saliendo del caos este arte. Y se consagra especialmente a la segunda, porque la edad moderna amenaza convertirse en el despenadero por donde el arte retorne violentamente al caos.

Tiene su edad de piedra el toreo. Y su caverna. Para que ni en la antigüedad aparezca despojado de sus afinidades y semejanzas con la política, en el toreo hubo también caverna. Y puede que caverna de la derecha y caverna de la izquierda, como en los Estados modernos. (Los biógrafos señalan "huellas de acoso" y otras motivaciones taurinas, en Altamira, Albarracín y Castellón...) Y su edad antigua, medio transcripta en las ruinas de los anfiteatros romanos.

Y su edad media, en la que el toreo a caballo pasa por dos distintas fases: la de las corridas romancescas de los árabes, y las fiestas de toros y cañas de los Austrias. En una de ellas, por cierto, ocurre—y perdón por la licencia del lenguaje—un grave accidente de cuernos: el "picar bien... y demasiado alto", que dice nuestro señor Felipe IV, con la vista puesta en el lema del caballero, "son mis amores reales", le cuesta la vida al conde de Villamediana.

Siguiendo un poco la degeneración del perfil de la Casa de Austria, la fiesta se depaupera, y llega a su última expresión con el Austria postrero: con Carlos II, cuyos caballos no estaban para fiestas, a causa del no comer y otros achaques.

Advienen los Borbones y cambia de faz. Siempre industriales los Borbones, surge en la fiesta el profesionalismo. El rejoneador—que es en lo que ha venido a parar el caballero en plaza—deja de reclutarse entre lo más rancio de la nobleza, y se trueca en caballista a sueldo, al mismo tiempo que se dibuja la silueta del "garrochista" y futuro "conocedor". Comienzan el toreo de a pie

y la suerte de matar, barruntada apenas en los "empeños de a pie" a que, en casos de apuro, descendían hasta entonces, alguna vez, los caballeros. Se construyen plazas de toros. Hay ya, de unos cuantos años antes (del 1707), la Plaza cuadrilonga del Arenal, en Sevilla, en el mismo lugar que medio siglo más tarde se alzaría la definitiva Plaza de la Maestranza. Y luego, en los melancólicos tiempos del 1722, a la muerte de su primogénito, Felipe V revoca su acuerdo de prohibición de las fiestas de la plaza Mayor, y manda construir una de madera cerca de la Puerta de Alcalá, en donde se edificará más tarde la inaugurada en 1743. Con el primer Borbón se forjan los primeros eslabones de la cadena profesional: han pasado los insignificantes Canelo, Benete y Saavedra, y aparecen ya como espadas un Juan Rodríguez, de Sevilla; un Francisco Romero, de Ronda, y *el Lorencillo*, que ha de adoctrinar a José Cándido—innovador del traje de seda—.

Los carteles de toros que aparecen en 1760 van anotando, más o menos fielmente, los sucesivos eslabones. En las fechas siguientes—reinando Fernando VI—actúan los Palomo (Juan y Pedro), Juan Romero, el negro José Cándido, Diego *el Malagueño* y *Martíncho*, a quien se tiene por el inventor del "lance a la navarra". En los futuros tiempos de Carlos III y Carlos IV se engarza la maravillosa cadena del siglo XVIII: *Costillares* y Pedro Romero; Pedro Romero y *Pepe-Illo*; sólida cadena artística que luego ha de seguir por todo el siglo XIX con Curro Guillén, *Cúchares* y *Chiclanero*; *Chiclanero*, *Tato* y *Gordito*, para culminar en *Lagartijo* y *Frascuelo*, y *Mazzantini* y *Guerrita*, que aún asoman sus cabezas, ya calvas, saludando al siglo XX.

Para mí, para el examen crítico que me prometo de este trabajo, hasta el final de *Guerrita* no hace la Historia punto y aparte. En la denominación genérica de "tiempos pasados" se han ido entremezclando y perdiéndose de nuestra vista, casi en la misma medida, las figuras de anteaer que los acontecimientos de la edad media o que las huellas de la edad de piedra. Distan tanto las lar-

gas de *Lagartijo* del toreo, tal y como está concebido a la sazón, como puedan distar los pases de *Costillares* de la piedra de Clunia o de las que representan el salto mortal de Creta. De la misma manera que las ganaderías de Saltillo, de Santacoloma y de Parladé, parecen ya tan distintas de las de Lesaca, Núñez de Prado, Vistahermosa e Ibarra—con haber mamado de ellas—, como éstas pudieran estarlo de los toros de la Rinconada, de Tablantes o del Convento de la Cartuja, que proveían a la Plaza de Sevilla allá por el 1730.

No hay más que viejo o nuevo. Dos solas edades, pues. Antigua, o de cuando la “mecánica” del toreo mantenía las suertes veloces y a distancia; y moderna, desde que el “sentimiento” del arte ha reunido en la ejecución al toro y al torero y ha impreso a los movimientos de las suertes un ritmo lento y melódico, un “andante maestoso”...

Gallito enlaza entrambas edades. Sabe a las dos. Es el trazo de unión. Belmonte da su nombre a la segunda. Y después... A presagiar el después se consagra este libro.

I

OSCILACIONES DE LA FIESTA

Hay que distinguir entre decadencia y crisis

Los adalides de la escuela sevillana mueren sin sucesión. Dejan en la historia el eco de su nombre; pero no la huella de su arte.

No llevo por cuenta—y me pesa, porque de hacerlo no se encontrara mi cerebro tan oxidado en el manejo de los números—las veces que, desde el trágico acontecimiento de Talavera (1), agravado con la retirada—especie de muerte en vida—del llamado torero trágico (2), se habrá pronunciado y escrito en torno del toreo la palabra decadencia, que ya sonó también después de la francesada, principalmente de 1820 a 1830, y en los primeros años de este siglo.

Estaba aún caliente, bien que inánime, el cuerpo del artista de Gelves, y ya ese bobalicón de *Guerrita*, dios padre del toreo de su tiempo, y en el mío padre dios de la ingenuidad, lanzaba su primer suspiro decadentista: “¡Joselito ha muerto! ¡Se acabaron los toros!” Y como el suspiro, máxime si viene de lo alto, se contagia como el bostezo, todo este pueblo, impresionable y carente de sentido analítico, suspiró también.

Sin analizarlo, proclamó que el toreo se moría a chorros, muerto el adalid; como, también sin análisis, había entonado un himno de gloria cuando Joselito nació al arte, creyendo que el arte renacía con él, y sin querer penetrarse de que el maestro era excelso, pero la doctrina deleznable. Y por falta de estudio desapasionado y por ausencia de conocimiento histórico, deslumbrada por las excepcionales dotes “personalistas” del nuevo ídolo, la Afición no pudo

(1) Muerte de Joselito.

(2) Primera retirada de Belmonte.

saber que cuantas veces fructificó en el toreo la semilla de la escuela sevillana, por muy preclaro y docto que fuese el sembrador, el arte no recogió otras cosechas que días de luto, a los que siguieron meses, cuando no años, de desesperanza.

Asusta ver el cuadro necrológico de "figuras" del toreo sevillano, con su fatídica elocuencia:

1771.—El 23 de junio muere en la Plaza del Puerto de Santa María el diestro José Cándido. Es de Chiclana, según unos; de la Casa de Expósitos de Cádiz, según otros. Cierto; pero la crítica de su tiempo lo define torero de recortes, saltos y demás alegrías en que había de forjarse el toreo sevillano. A él se atribuye el invento del salto del trascuerno—que era quizá de su maestro Lorencillo—y la suerte del puñal, que otros achacan al limeño Zeballos. Suerte en la que el sombrero de toquilla hacía las veces de muleta y distraía al toro, para clavarle, en tanto, el puñal. (También ahora se lleva la puñalada, pero... con el estoque.)

De todas maneras, sevillano y chiclanero, su muerte, determinada por el sino de la escuela, fué algo casual: resbaló en un charco de sangre, al hacer un quite, y el toro le dió tres cornadas: dos en los riñones y una en un muslo. Hubo que mandar a Cádiz en busca de un médico. El herido falleció al día siguiente.

1801.—El 11 de mayo muere *Pepe-Illo* en Madrid. Había recibido un puntazo en la corrida matutina. Lo mata por la tarde el toro "Barbudo", de Peñaranda de Bracamonte. Le había dado dos naturales y uno de pecho. Y al clavar media estocada contraria, el toro lo campaña horriblemente. Goya, que seguramente presencia la corrida, hace un cuadro de la tragedia. Viejo *Costillares* y retirado Pedro Romero, es *Illo* en ese momento el amo del toreo. Es el prototipo sevillano: gallardo, todo audacia, improvisación, alegría... Graciosos recortes; difíciles cuarteos. Se le atribuye el invento del toreo "de frente por detrás". Popularísimo, la impresión por su tragedia es tal, que la Plaza de Madrid guarda duelo hasta el 11

de junio. Entre tanto, se corren toros en Aranjuez. Y ese día 11—otro cuadro de Goya—salta un toro y acaece la muerte del alcalde de Torrejón.

1820.—El 21 de mayo perece en Ronda Curro Guillén, en el intento de ejecutar perfectamente una suerte—la de matar—que él, reputado como el más largo torero de su tiempo, desconocía. Hijo de Sevilla—de Utrera—, su toreo es de corte sevillano. Su padre, Francisco Herrera, ha sido torero. Su madre es sobrina de Costillares. Como casi todos los antiguos, comienza de banderillero. A los quince años de edad banderillea a las órdenes de Jerónimo José Cándido. Toma la alternativa en Sevilla el 1779. Pero su consagración se opera después de la guerra de la Independencia, al reaparecer en las corridas que manda dar José Bonaparte. La copla popular le concede lo único que le faltaba: matar:

“... que ha visto lo que hay que ver
el que ha visto matar toros
al señor Curro Guillén.”

1869.—Queda inútil para la profesión otro sevillano, *el Tato*—discípulo de *Cúchares*, el gran corruptor del arte—, y también diputado torero habilidoso, aunque los toros le tropezasen a menudo en la suerte su prema.

Aún sucumbe, en 1894, otro diestro sevillano de primera fila, pero éste de menos recursos, pese a su mano izquierda sorprendente, y cuya tragedia produce más dolor que sorpresa: *Espartero*.

Y después, en 1920, el llorado maestro de Gelves...

Los adalides de la llamada por los clásicos “escuela sevillana”, se parten sin dejar sucesor. Todo el mundo les aplaude; pero nadie les imita. Los alaban y no los copian. Y así es que dejan en la historia eco de su nombre; pero no huella de su arte.

Joaquín Rodríguez «Costillares».

Nace en Sevilla en 1746. Es ahijado de uno de los Palomo. Debuta en Sevilla el 1762. De "forma" al toreo de capa. "Esboza" el lance que luego se ha de llamar "verónica", y que, en opinión de los versados en "folklore", debe este nombre a la manera de ofrecer el capote, sostenido por ambas manos, en postura semejante a la en que los cuadros de historia sagrada reproducen a la Verónica, sosteniendo el paño con que Cristo se enjugó el sudor. También hace *Costillares* de los pases sueltos, con que nace el toreo de muleta, un todo armónico. Lo que ahora se llama ligar la faena encuentra en él su primer antecedente. Además, inventa el "volapié". Con todo eso, Pedro Romero no le da be-ligerancia. Los "rondeños" sienten desdén por los "se-villanos", a quienes tienen por demasiado ligeros y su-perficiales. Es un fenómeno semejante al del desprecio con que los cultivadores del cante por soleares y por seguriyas trataban a los "malagueños", y del que, hoy mismo, pervive una reminiscencia en el calificativo de "fandanguilleros" que los cantaores asignan, despecti-vamente, a los especializados en el "fandanguillo".

Lo cierto es que un accidente—el de aparecerle un tumor en una mano—le aleja de los ruedos, y que se apaga en la profesión sin conseguir que en las demás plazas de España, en donde es muy considerado, se le otorgue el título de "primero" con que le aclaman en su tierra. En Madrid gusta mucho su volapié. Tanto, que, al advertir un día su presencia en el tendido, des-pués de unos años de ausencia, el público le pide que baje al ruedo. Y Pedro Romero le cede un toro (1794). Pero el amo de esa época es éste. Cobra más, y hasta figura en los carteles delante de *Costillares*, siendo más moderno.



Joselito del siglo XVIII y Jose-
lito del siglo XIX, como antece-
dentes del Joselito del siglo XX.

Yo no regateo méritos a Joselito, y nunca lamentaré cuanto su memoria merece, el tener que juzgarle como pasado cuando vivimos en el instante más propicio para haberle juzgado como presente: en el momento en que, adaptado a las nuevas normas, se hubiese ofrecido al arte en plena madurez. Ni me atrevo tampoco a despojar, en un arranque iconoclastico, de las galas con que me los ha presentado vestidos la historia a *Costillares* y *Pepe-Illo*, a *Cúchares* y su yerno *el Tato*.

Lo que sostengo es que, no obstante ser muy luminosos sus intérpretes, la antigua escuela sevillana, el modo de hacer de los sevillanos, pleno de gracia y movilidad, cuando no de guapeza inconsciente y de arrojo temerario, pero falto de la base sólida y quizá sobria del lidiador de conciencia; que la escuela sevillana, digo, jamás predominó por largo tiempo, y si de tarde en tarde se encumbró, fué siempre para daño, más o menos inmediato, de la fiesta.

La historia enseña que mientras los maestros de Ronda, de Chiclana y de Córdoba, devotos del arte sobrio, sólido, austero, de la buena escuela, dejan profunda huella de su paso, "hacen época" y avanzan, casi incólumes, hasta el término de su carrera, en la escuela del subterfugio, ampulosa, pletórica de temeridades y de timideces en absurda e incongruente promiscuidad, sobrevienen inesperadamente los percances irreparables, y sus adalides no dejan rastro, o dejan como rastro principal el de su sangre.

Coincidiendo con este juicio, en su tratado folklórico dice Ortiz de Cañavate, textualmente:

Por ello la Plaza de Ronda, construida en 1775, por su aislamiento, representa, por decirlo así, la esencia del toreo verdad, en que ni la afectación ni los desplantes son aceptados. En ella no se encumbran los toreros tan fácilmente; habían de "cuajarse" solos y después de cumplido aprendizaje, caracterizándose en la práctica por la sobriedad, seriedad y justeza de las suertes de capa y muleta, sin acudir a ventajas ni desplantes de relumbrón.

Puede decirse, en resumen, que la Plaza de Sevilla creó los toreros; que en Madrid sufrieron la selección, y que en Ronda se marcó la distinción. Esta creó una escuela, que, si no fué paso obligado para todos, en cambio, se miró como la Meca del difícil arte de lidiar toros bravos.

Observemos el panorama taurino de la segunda mitad del siglo XVIII. Tres figuras acuden a la corrida regia de marzo de 1789 (1). El uno es *Costillares*, sevillano. El otro, *Pepe-Illo*, sevillano. Completa la terna Pedro Romero, de Ronda.

La fama de Costillares es inmensa. Ha regularizado el toreo de muleta—se le tiene por el primer "ligador" de las faenas—; ha creado la "verónica", y ha inventado el volapié. Es, pues, el primero que "va en busca" del toro con la espada, sin esperar que "venga el toro por él". "Hasta entonces—refieren los bibliógrafos—lo interesante era matar lo antes posible (como ahora), ya que en una sola corrida se lidiaban muchas reses. Desde él se inicia el vigor artístico de las suertes." Y esta fama, bien merecida, se aumenta con la pasión que los sevillanos sienten por el torero de su tierra. Enorme, asimismo, el crédito artístico de *Pepe-Illo*, que, no obstante los frecuentes tropiezos que le deparan "sus temeridades sevillanas", es diestro conocedor de los resortes del arte y dicta sus reglas en *La tauromaquia*, escrita por Tixera, pero firmada por él. Cinco años antes, en 1794, la Maestranza le había ajustado para las veinticuatro corridas de su temporada de Sevilla. Se

(1) Coronación de Carlos IV.

Pedro Romero.

Nace en Ronda en 1754. Es hijo del diestro Juan Romero. Y hermano mayor de los cuatro Romeros que se lanzan al arte—Pedro, José, Gaspar y Antonio—. Mayor en edad y mayor en arte. Como es frecuente en las familias de artistas, su hermano José sólo le proporciona compromisos y disgustos. Por él se enfada y permanece ausente de Madrid algún tiempo. A Gaspar y Antonio, todavía más mediocres, los mata el toro.

El 75—en una especie de lo que a la sazón se llama "corrida mixta"—mata después de su padre y de Costillares, sin alternar con ellos. Toma la alternativa en abril del 76.

Los biógrafos le llaman "el Fénix de los toreros". Y cuando solicita de Fernando VII ser él quien dirija la Escuela de Tauromaquia—Natalio Rivas nos obsequió recientemente con un ameritado trabajo histórico—, se accede a su demanda, no obstante estar ya nombrado otro viejo diestro. (Precisamente, su protegido Jerónimo Cándido.)



le puede conceptuar, en cierto modo, el Joselito del siglo XVIII, y, como "nuestro" Joselito, muere en las astas de un toro castellano.

Pues ni la fama de *Costillares* ni el crédito de *Pepe-Illo* resisten la lucha con el rondeño. Pedro Romero cobra más, y, siendo más moderno, obliga a que se sortee el turno de los espadas. A *Pepe-Illo*, un día, le avisa que está en mal sitio. Le "canta" una cogida. Surge ésta, y le hace, oportunísimo, el quite. Él mismo lo toma en brazos y se lo lleva a la enfermería. Se apaga *Costillares*, y *Pepe-Illo*, el torero "largo", muere en la Plaza de Madrid el primer año del siglo XIX, ante la estupefacción de "técnicos" y profesionales. Entre tanto, la escuela rondeña prevalece; como se había agigantado la figura de Pedro Romero, el maestro de los ruidos se encuentra maestro de la escuela de principiantes, para inculcarles su estilo, después de haber dado muerte a *cinco mil reses*.

Su escuela, sobria, pero maciza, que ha previsto todo en el toreo, que ha pasado por todas las suertes y ha tanteado todos los toros, le permite aceptar por igual las reses andaluzas y castellanas. Al contrario de *Pepe-Illo*, que, enemigo de los toros castellanos, muere, como hemos dicho, en las astas de una res de Castilla (de Peñaranda de Bracamonte), criada en la vertiente de la sierra de Gredos, en cuya parte sur había de alimentarse, un siglo después, el toro que segó en flor, en Talavera, la vida del maestro sevillano de nuestros días.

* * *

Surgen en los comienzos del siglo XIX las revueltas nacionales, y la fiesta se paraliza. Godoy, caballero veinticuatro de Sevilla, la tiene suprimida, por miedo a los motines, los años 1805, 1806 y 1807. Con José Bonaparte (1811), que ve en la fiesta de toros un medio de halagar a los españoles, se intensifican los espectáculos. Y entonces, desde la frontera de Portugal, salta al palenque Curro Guillén, que al final del siglo XVIII (el 1799) había tomado la alternativa en Sevilla. Al reaparecer está aún en la pri-

mera juventud. Es, además de joven, muy fuerte; de extraordinaria vitalidad. Portentosamente fácil su toreo, que es, por añadidura, gracioso, alegre y sencillo, cautiva a los públicos. Con sus excepcionales facultades se adueña del toreo de relumbrón. En apariencia, todo lo vence y todo lo domina. Y no hay coso que no se llene al conjuro de su nombre, ni en donde no se le rinda pleiteía. ¡Es el Joselito del siglo XIX...!

Emocionante y, sin embargo, seguro de sí mismo en los tercios de la lidia, se permite, empero, barrenar el precepto rondeño —“torear para matar”—y desnaturaliza la suerte de recibir. Triunfa la escuela, y la estocada perece. Hasta que un mal día, en la plaza de Ronda, un espectador dice: “Si eres tan grande, ¿por qué no recibes?” Y Guillén, artista de amor propio—el amor propio es peculiar de los “fenómenos” sevillanos—, intenta la suerte en que no estaba ejercitado, y sucumbe. Y cuando circula la noticia de su muerte, las gentes la acogen con una sonrisa escéptica. Nadie la quiere creer.

También un día, en Barcelona, al Joselito del siglo XX, que falsea la suerte de matar como un “tranquillo” feísimo—“el de tirar la espada” con la mano en alto, como quien “echa una carta al buzón”—, también le grita un espectador:

—Si eres tan bueno, ¿por qué no matas bien?

El diestro hace bien la suerte, y sufre una grave cogida.

Y ese otro día del funesto percance en Talavera, su grito “dejadme, que ya lo tengo dominado”, ¿qué es sino el “¡ahora verás!” de Guillén al espectador de Ronda, que determina la tragedia del Joselito del siglo XIX?...

José Bergamín, entre sus extravagantes observaciones de *El arte de Birlibirloque*, hace una, que contrastando con su tesis, encierra esta sublime y trágica verdad:

“Joselito—dice, y la observación podría derivarse al final de los tres Joselitos—, fué un Luzbel adolescente, caído por orgullo de su luminosa inteligencia viva.”

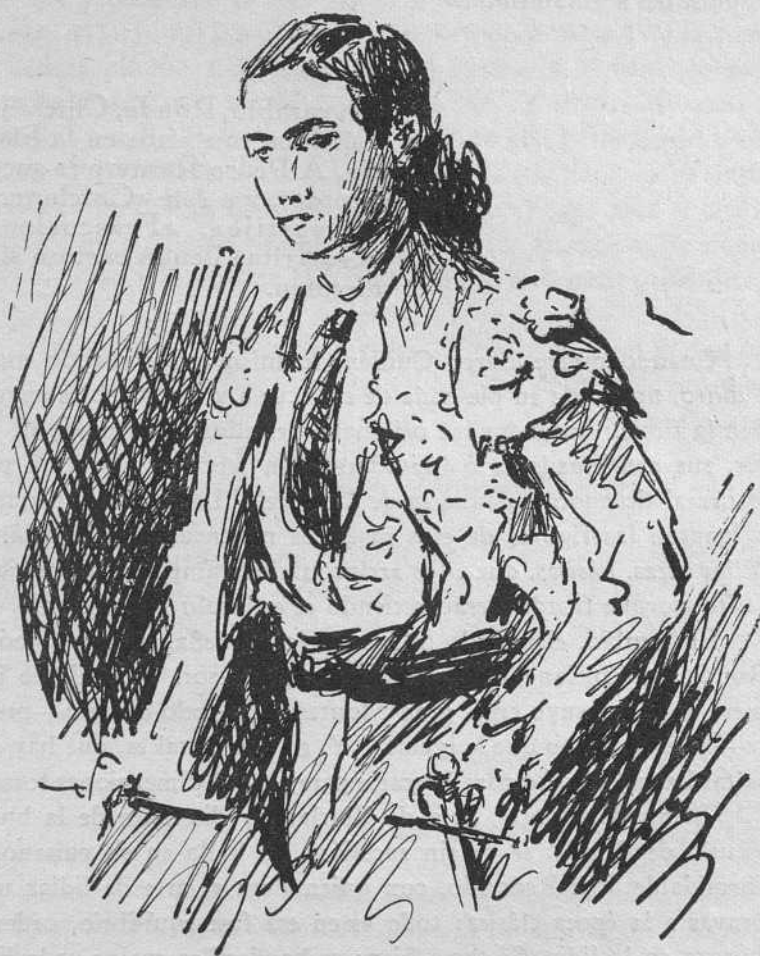
Francisco Montes «Paquiro».

Nace en Chiclana el 1805. Se llama *Paquito* al principio. Sin padrino ni prosapia torera—no es hijo ni pariente de toreros—, con sólo dos meses de alumno en la Escuela de Tauromaquia, consigue llamar la atención del profesor Romero. Le sorprenden a éste sus condiciones portentosas: “fuerza, valor, agilidad, pundonor, vista, dotes de mando”. Lo va a reunir todo. “En este siglo—corre el 1830—no saldrá uno que lo iguale”, predice el maestro. Sus dotes de mando cristalizan en una innovación: cuadrilla fija. Hasta él, se improvisaba en las vísperas. Y sus dotes artísticas, en que, según un erudito, no hacía más que lo siguiente: “quitar”, “recortar”, quebrar, saltar al trascuerno, banderillar, torear de muleta y matar a volapié”. (*Nota bene*: y saltarse un toro de cabeza a rabo, para que, no habiendo nada nuevo debajo del sol, se encuentre el precedente de los saltos de Charlot en las becerradas..., con las naturales diferencias de riesgo.)

Empieza en 1831, sin rivales, y sin rivales sigue, pues está ya “con el pie en el estribo” cuando surge, a su lado, al reaparecer en Madrid (1850), la figura de su paisano y sucesor José Redondo. En esas corridas alterna con ellos un excelente torero—y mal estoqueador—: Cayetano Sanz.

También Montes da su firma a una obra, *La Tauromaquia completa, o arte de torear a caballo y a pie*. Se lo redacta Santos Pelegrín, literato y erudito de la época que populariza el pseudónimo de *Abenamar*.

De tal crédito goza Montes y tales amistades tiene, que se da por cierto que Isabel II quiso hacerle conde.



Así cayeron las tres grandes figuras del arte de birlibirloque, vamos, del sevillanismo...

En cambio, Ronda, Chiclana y Córdoba son hitos en la historia. A Pedro Romero le sucede Montes, y a éste «Chiclanero». «Lagartijo», «Frascuelo» y «Guerrita» llenan casi un siglo de toreo.

Cuando muere Curro Guillén, lo mismo que cuando muere *Gallito*, no queda en pie nada de su escuela y las tinieblas envuelven la fiesta. Apagados los originales destellos de su modo de hacer, sus continuadores o imitadores han servido solamente para poner al desnudo los lunares de la escuela. Las suertes en que se agigantan las figuras de esos maestros no encuentran sucedáneo. Y las otras, básicas, que ellos arrinconaron, tampoco hallan ejecutante, porque fueron desapareciendo el estímulo y el ejemplo.

En cambio, el reinado de la escuela rondeña, y cuando no de Ronda, de Chiclana, legó siempre algún sucesor. Y ya Pedro Romero señala el suyo en el gran Montes. "En todo el siglo—predice—no saldrá uno que le iguale." Y, en efecto, tal es, que hay que saltar hasta *Guerrita* para buscarle pareja a sus dimensiones toreras.

Tampoco Montes, hijo de Chiclana y discípulo de la buena escuela de Ronda, se va sin sucesión. La halla en su paisano, el formidable José Redondo, con quien llega el arte de lidiar reses bravas a la época clásica: todo es en esa fase equilibrio, orden y justeza en la lidia. Se torea bien: se banderillea mejor, y la lidia toda se endereza a preparar el instante supremo; pero a prepararlo por modo brillante.

Avanzamos media centuria, y de nuevo en el toreo reaparece otra edad de oro. Es la época que casi alcanzamos con la mano. Se

torea bien, superiormente de capa; la suerte de banderillas, pronta, variada y completa, es algo eficaz y lucidísimo en el espectáculo; el pase natural, del que dicen haberse llevado el secreto de su riesgo y belleza plástica *Lagartijo* y *Angel Pastor*, y el toreo sobre la izquierda, imperan en los últimos tercios. Y se ha estilizado la estocada y se ha hecho del volapié la suerte más hermosa del toreo. ¿Qué ocurre? Nada apenas: que la escuela sevillana se ha extinguido en las manos de *Cúchares* y *el Tato*. Y que pasa el cetro a diestros no sevillanos. Triunfan *Lagartijo* y *Frascuelo*. Se embravece el toreo y se viriliza la fiesta. Brilla el oro puro y palidece el oropel.

Un nuevo paso adelante y surge la portentosa figura de *Guerrita*, Himalaya de la cordillera taurina del siglo XIX, que recoge la herencia de *Lagartijo*, para que la sede del toreo continúe establecida en la tierra de los califas.

Entre tanto, Sevilla se esfuerza inútilmente. Quiebran, por falta de base, *Espartero* y *Reverte*...

Y una vez más, como antes Ronda y Chiclana, la Historia señala un hito, un "¡detente, caminante!", en Córdoba.

Como antes Romero, Montes y *Chiclanero*, luego *Lagartijo* y *Guerrita*, llenan casi un siglo de toreo.

**Muere el «Joselito» del siglo xx,
se aparta Belmonte y en 1922
sobreviene una nueva crisis.**

Y es a poco de ido *el Guerra*, y tras la etapa de desorientación, en que ni cristaliza la escuela sevillana de *Bombita*, ni se impone *Machaquito*—valeroso, pero insuficiente—, ni acaba de desarrollar su personalidad artística de buena cepa—la más sólida, sobre todo en los años 9, 10 y 11—*Vicente Pastor*; es entonces cuando salta a la liza *el Curro Guillén* del siglo XX, fuerte y joven como él; como él, de extraordinaria vitalidad; a su imagen, por-

Francisco Arjona «Cúchares».

En 1818, nace en Madrid. Pero "es" de Sevilla. De allí toda su familia—viene de los Curro Guillén y Costillares—, y allí vive desde la niñez. Caso en que ha de verse, andando el tiempo, Rafael el Gallo...

Cúchares se forma en la Escuela de Tauromaquia. Debuta en 1836. Toma la alternativa en 1838. Es habilísimo. De de lado la suerte de recibir, y mata y torea "con tranquilo". En una corrida que preside el Duque de Veragua, el gran *Cúchares* riñe con *Chiclanero* por quién ha de matar el primer toro. Redondo lo pasa de muleta; pero *Cúchares* lo mata al revuelo de un capote.

Con *Cúchares* empalma su yerno el *Tato*. Y *La-gartijo*.



tentosamente fácil; a su semejanza, deficiente en las suertes básicas, y que, ni más ni menos que él, subyuga a las masas y se apodera de los públicos. Triunfa *Gallito*. Se pone de moda la escuela sevillana. Perece la suerte de matar. Se amana y reduce la de banderillas, circunscripta por el maestro de Gelves al lado derecho de los toros. Por cima de toda su llamada larga escuela, se extiende el manto inmenso de la muleta picuda, sostenida casi siempre por entrambas manos. Todo su toreo, salvo excepciones de series de pocos días, se resume en un pase ayudado. Su hermano mayor, *el Gallo*, superviviente de la anterior generación, tipillo vivaz y femenino, calvo y desmedrado, tan próximo del ruedo como del tablado o de la pista, pasa por figura "apolínea" y "elegante" del arte...

Verdad es que está ya en los ruedos el revolucionario Belmonte, que ha de forjar las nuevas normas. Pero en su lucha de adaptación, mientras incuba, a fuerza de tropiezos y reveses, su nueva escuela—sólo los perspicaces advierten ya que el toreo va inoculándose del virus belmontino—; mientras técnicos y profesionales claman que "así, como él torea, no se puede torear", sin saber que las nuevas generaciones "no podrán torear más que como él torea", en la marcha de la fiesta sigue siendo *Gallito* el timón. Belmonte no parece ser más que un verso suelto.

Y cuando el fatídico 16 de mayo del 920, otro toro castellano arrebató la gran figura de la escuela sevillana—que, al igual que *Pepe-Illo* y *Guillén*, abominaba de las reses de Castilla—, como Belmonte, el derrocador de las antiguas escuelas, se aparta de la fiesta—su semirretirada tiene toda la apariencia de un duelo por su compañero—, en el toreo se produce análoga crisis a la que registra la Historia a raíz de la desaparición del Joselito del siglo XIX.

Admirable Guillén, deleznable su escuela, el arte se empobreció. Portentoso *Gallito*, deplorable el gallismo, muerto su genio, la escuela no ha podido sobrevivir.

El arte—es el año 1922—entra en una de las crisis correspondientes a la desaparición de las figuras dominantes; en uno de los períodos de balbuceo.

Por fortuna, los gérmenes, latentes, de la revolución belmontina, inician su desarrollo. Son muchos los que quieren hablar a la manera del maestro y ninguno lo hace de corrido. Pero alguno conseguirá dar con la clave del lenguaje.

Porque no está la fiesta en decadencia—la decadencia será consumada por los ganaderos y no por los diestros—, sino en crisis... Crisis de personalidad. Crisis de hombres. ¡Signo de los tiempos!

II

Con *Gallito* se extinguen las escuelas antiguas. Podría llamársele el primero y último rey de la edad moderna del toreo.

Un gráfico de la curva del toreo, semejante a esos que, en la cabecera de los enfermos, ilustran al médico del curso de la fiebre, señala a los ojos del crítico, en Joselito-Belmonte el grado más alto de la fiebre taurina. El vértice de estos dos nombres determina la cima más eminente de la Historia. En él llega la fiesta de toros a su mayor desarrollo; la afición, a su volumen máximo, y el ambiente, a lo que ahora se llama el "punto neurálgico". Jamás han alcanzado tal intensidad la pasión y el partidismo, factores principales del entusiasmo.

Es porque en ese instante coinciden, como por un secreto designio de la Naturaleza, el artista en cuyas manos van a extinguirse las normas antiguas—con toda su vieja retahíla de previsiones y preceptos—y el orfebre que va a moldear el toreo moderno. Y resulta curioso e impresionante a la vez, para el técnico escudriñador como para el espectador superficial, el doble esfuerzo del uno, pretendiendo asimilarse cuanto hay de intenso en las nuevas prácticas, y del otro, buscando en la vieja preceptiva un poco de basamento para el equilibrio, todavía inestable, de sus arriesgadas teorías. Es, en suma, de un lado el estímulo de *Gallito* en la copia de Belmonte—de quien había captado modos y calidades para su toreo de capa—y de otro lado la atención de Belmonte, suspensa tantas tardes de la táctica de *Gallito*, para procurarle a su plan, atrevido y revolucionario, defensas y retiradas que lo hicieran viable en la ejecución, cuando ya sus actuaciones se contaban al año por centenares...

En pleno tránsito de lo que pudiera llamarse edad media del toreo a la edad moderna, le sorprende la muerte a *Gallito*, predestinado, sin duda, al fin de los adalides de la escuela sevillana, precisamente cuando las viejas escuelas van a desaparecer; cuando

el gran río del arte que se bifurcaba, por la derecha en la escuela sevillana y en la escuela rondeña por la izquierda—ya un tanto entremezcladas—, iba a salirse de madre y a entrar, por el imperio de Belmonte, en un nuevo y distinto cauce...

Entre tanto, como su muerte, es también su vida, la de los grandes figurones de la época clásica. *Gallito* es el jerarca de la fiesta. Manda en ella, la guía, la sojuzga. Reina, en fin. Y el día de la tragedia, ese nefando 16 de mayo del 20, nuestra pluma redacta el siguiente panegírico:

La tragedia del ídolo. ¡Ha muerto el rey del toreo!

¡El rey del toreo!... No se hable de hipérbole, que estamos en los barruntos de la cuarta dimensión, y nunca más difícil medir lo que va de lo hiperbólico a lo discreto y aun a lo sobrio.

¡El rey del toreo!... No se hable de plagio, que corren tiempos iconoclastas, y los dogmas de los maestros sufren las mayores condenaciones, a punto que no suele ser "Roque a secas", en boca de los discípulos, aquel a quien proclamaron y consagraron rey los maestros.

Ni hipérbole ni plagio. Y menos aún elogio póstumo; alabanza de letanía "cocodrilezca", ensartada en la obligada necrología.

Es que ningún título, sino el de rey, cuadraba a ese mozo, en quien a los veintitrés años, cuando otros nacen a la vida profesional, culminaba la suya en una apoteosis de fortaleza, de bienestar, de popularidad...

¡El rey del toreo! Y bien que rey... ¿Qué hoja del árbol taurino se movía sin su previo consentimiento? ¿Quién, desde el más alto puesto de un oficio, de una profesión, de una carrera, de un arte, extendió el radio de su inteligencia a la gobernación de los demás con tanto acierto? Crecían bajo su alta inspección las reses en los cerrados; con su alto consejo se combinaban, más de una vez, para ser jugadas; con su bélico impulso se or-

ganizaban los espectáculos, y era al influjo de sus excepcionales dotes, furiosamente discutidas y calurosamente admiradas, como esos espectáculos adquirirían un relieve y una animación inusitadas, tal vez sin par en los anales de la fiesta.

El toro, el ganadero, el empresario, las plazas y los toreros, eran cinco enunciados pendientes de los cinco dedos de la diestra mano de ese rey. Él hacía la afición: el pueblo taurino; él fomentaba y gobernaba el toreo: la industria.

Si muriese este rey del toreo, y un mal día la muerte agarrotase su mano soberana, ¿cuál no sería, por mucho tiempo, el desconcierto del pueblo? ¿Qué de las fiestas de toros, sin discusiones, sin calor, sin efervescencia? ¿Qué de esas ferias provincianas, en las que la corrida de toros, si es "gran corrida", remueve la vida económica de la ciudad, y, fiesta de luz y de oro, es también chorro de oro lo que derrama sobre las fábricas y los comercios?...

¡Si muriese el rey! ¡Ah! Pero ¡si muriese de muerte natural! Porque, en el otro terreno, en el de su lucha con las reses bravas, éste, a quien alguien llamaba "el español que mejor sabe su oficio", debía ser invulnerable! Acaso él, el sabio, el inteligente, el que en el coso ponía el corazón al servicio de la cabeza, ¿podía concluir como aquellos que sometieron la cabeza a los ciegos impulsos del corazón?

¡Ni soñarlo!... Vedlo una y otra tarde jugar con el enemigo, y serenamente, sonriendo de su propia suficiencia, burlarle allí donde más riesgo ofrece. Y ved al público entero reír, admirado de la sapiencia del artista. ¡Qué tonto el bruto! ¡Qué listo el hombre!...

Vedle otro día, en los brazos amorosos de sus deudos, despedirse al tomar el coche para la Plaza, sin más emoción que una despedida cualquiera.

—A José—decía en una ocasión su madre—no le coge el toro como no venga a la fonda...

—Y "pa" eso—corrigió alguien—si entra sin avisar. Vedlo, en fin, en un día de desgracia, deshaciéndose



Toro «Bailaor»—de la ganadería castellana, no asociada, de Ortega, de Talavera—, que mató a Joselito.

fácilmente de un puñado de enemigos de todas las condiciones...

¿Y este rey del toreo iba a morir en las astas de un toro?

Tendrían primero que volar los bueyes y ser uno de ellos, además de volador, malintencionado y astuto, para tornarse de burlado en burlador y sorprender al avispadísimo torero...

* * *

¡La Plaza de Talavera de la Reina, un pequeño rincón de sus vastos dominios, coso humilde, palenque de pequeñas lizas, campo de ligeras escaramuzas, que no de las grandes batallas taurinas!

Allá estaba el rey del toreo, junto a la valla, arreglando los trebejos de su oficio y, de paso, avizorando los movimientos de aquel quinto torete de Ortega, que achuchaba a los banderilleros. ¡Qué pequeño! Pero ¡qué nervioso! ¡Y cómo se defendía!...

Alguna vez el rey miraba a las barreras; buscaba las caras de sus amigos y compañeros de excursión, y les guiñaba el ojo picarescamente, como diciendo:

—Vaya con el animalejo, ¿eh? Pequeño; pequeño, pero... "guasón".

Y fuese a él y le ofreció aquella su muleta mágica, que, unas veces, extendida en un gracioso y acompasado ir y venir, llevó embebidos, ciegos en ella, tantos y tantos toros bravos; que, otras veces, haciéndoseles presente en el hocico y pasando rápidamente al costillar, rompió y quebrantó el poderío de reses poderosísimas; que otras, en fin, fué y vino, y subió y bajó, y aun giró en torno de la cintura del diestro, en pintureras contorsiones de pájaro.

Bronco y nervioso, dudaba el toro al embestir... Y el diestro, batiendo el engaño por la cara de la res, una, dos, tres, acaso seis veces, sintió en su alrededor a un peón, que iba en su auxilio:

—¡Quítate, que ya lo he dominado!...



Muchachitas y gitanos congregados a la puerta de la enfermería de Talavera.

Y se distanció dos pasos, a alisar la muleta, que en la brusca faena con la fiera habíase plegado. Y fué entonces—¡maldito buey, astuto, volador, capaz de usar de las alas y de la astucia!—, que el toro se arrancó contra el diestro, velozmente, con aquella nerviosidad que mostrara en todo momento, y lo levantó por una piedad. Y fué en el aire, cuando campaneaba al torero, en el instante en que debió hundirle certeramente el puñal; el mismo puñal que antes hundiera certeramente en el pecho de los caballos...

Dió en tierra el hombre. Trató de incorporarse. Contempló, con espanto y con dolor, su vientre abierto. Y debió de ser la rigidez de la muerte, aquella en que quedaba inanimado y contraído el cuerpo...

* * *

¿Que había muerto el rey del toreo!... ¿Asombro? ¿Sorpresa? ¿Indignación? ¿Condolencia?...

Mucho de todo ello reflejóse en la cara, en los gestos, en las palabras de los hombres de todas las condiciones; de las más opuestas psicologías.

¡Y aquellas muchachitas llorosas a la puerta de la plaza! ¡Y aquellos gitanos de la Cava de Talavera que, demudado el semblante, iban de un lado a otro, sin llegar a ninguno! ¡Y aquel ex matador de toros que, en una nueva fase de su vida, de matador a carnicero, los desollaba, y apartaba de vez en cuando la vista de su trabajo y esgrimía el cuchillo, y se preguntaba si era posible que allí en un rincón, en una escaramuza ligera, muriese el rey de los toreros!...

Pensaba el ex torero, a buen seguro, como antiguo soldado de la torería, que de morir el rey, debiera morir en las gradas del trono y librando la batalla más enconada; que otra cosa, fuera tan desesperante como si el vencedor de Jena pereciera vulgarmente en una cacería de patos, víctima de la mala puntería de un cazador.

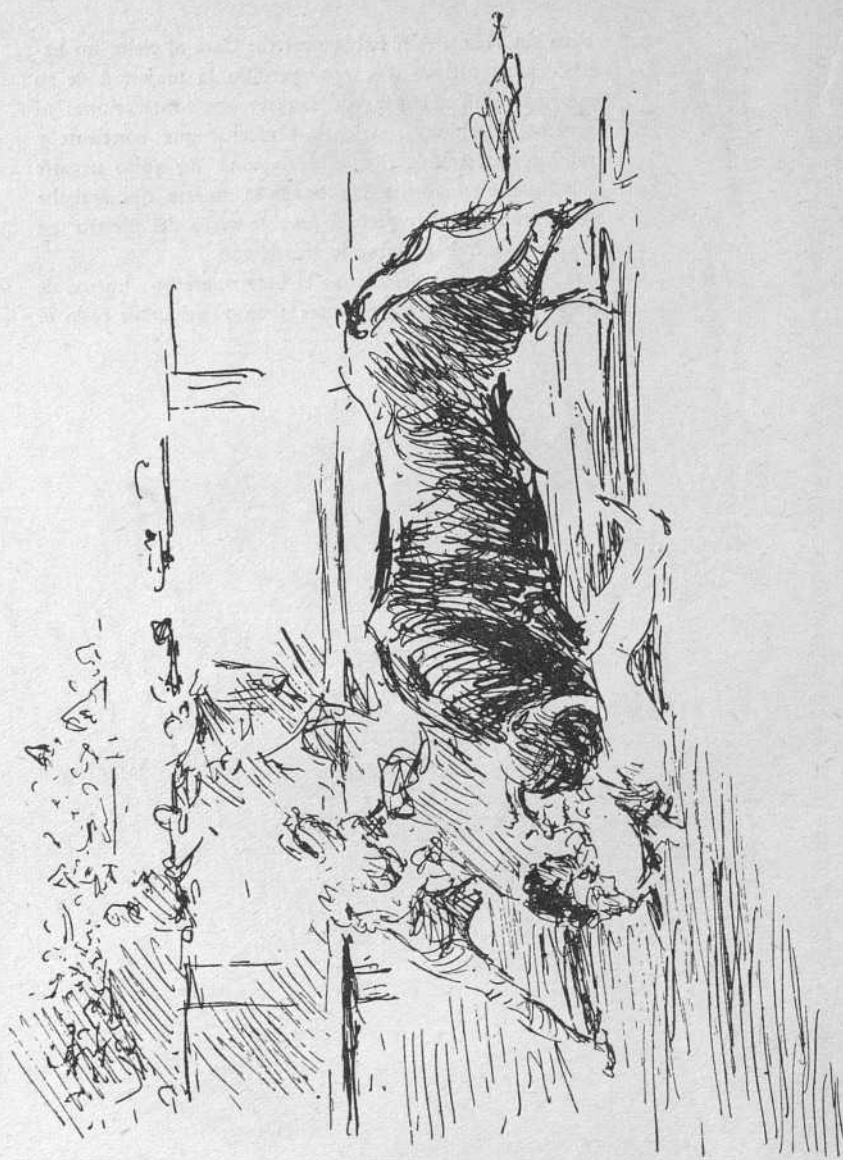
Allí, en un rincón de la pequeña Plaza, yacía, de cuerpo presente, el rey del toreo, joven, fuerte, robusto.



Cadáver de Joselito, sobre la mesa de operaciones, en la enfermería de Talavera de la Reina.

Pero sin vida... Allí había muerto. Cara al cielo, no había, en su último descanso, perdido la majestad de su apostura. Sin manchas de sangre; sin contracciones ni muecas; plácido y sonriente el rostro; que, sonriente y plácido ante tantos riesgos de la vida, no quiso negarle a la muerte su sonrisa... Y buena la muerte, que acababa de ser tan mala, respetó el amable gesto del diestro, en el que se miraban llorando los demás...

Del cadáver se descolgaba el brazo derecho; horros de vida aquellos dedos que manejaban y sostenían todo el toreo de su tiempo...



«La muerte de Pepelillo», según el cuadro de Goya.

III

LA ERA BELMONTINA

Ya no se hablará de sevillanos o rondeños. Sino de
antes de Juan Belmonte o después de él. (Antes
de J. B. o después de J. B.)

LA EMERSONIANA

Se no se habla de servicios o trabajos. Como se
 antes de Juan Belmonte o después de él. (Antes
 de J. B. y después de J. B.)

En los comienzos de este siglo surge un torero, contemporáneo de *Bombita* y *Machaquito*, el diestro Antonio Montes, en quien no pocos críticos y aficionados expertos adivinan un débil barrunto del nuevo sistema belmontino. Cuentan que, sobre todo, en el toreo de capa, Montes apunta ya lo que luego ha de denominarse "la famosa media verónica". Es posible, porque en ese medio lance de remate, corto y ceñido, la "mano abajo" que va a informar uno de los principios fundamentales del toreo moderno, ha tenido ya unos pocos días antes otro iniciador, Antonio Fuentes, que, esclavo de la manera elegante, al elegantizar el toreo a la verónica, ha desemparejado las manos, que los antiguos llevaban casi a la misma altura, y ha descendido notablemente del plano de ejecución, aquella a la que le corresponde en cada lance "vaciar" el engaño. Fuentes empalma la época de *Guerrita* con la de *Bombita* y *Machaquito*. Al lado de aquél, resulta joven; al lado de éstos, viejo. Pero adquiere estatura suficiente para que al irse *el Guerra* exclame: "¡Después de mí, nadie! Y después de nadie..., Fuentes." Y tiene, sobre todo, personalidad bastante para que a Montes, tomándolo en el toreo de capa como espejo—la admiración mayor del hombre esbelto se despierta en el contrahecho—, se le haya ocurrido bajar más aún la mano y ceñir la suerte algo más...

Montes, sin embargo, no ha podido influir en Belmonte, con quien, bien mirado, no tiene otra semejanza que el aspecto físico, y no en orden a las facciones, sino a su expresión y textura. Belmonte, probablemente, no se ha fijado en nadie. Ha visto a todos y a ninguno. Porque alienta en él todo el egotismo del genio. Su técnica es toda intuición. Y su modo está saturado de ese *quid divinum* con que la Naturaleza y el Arte, de consuno,

ungen a los predestinados. Es acaso el primer sevillano que mete su mano depuradora en el arte y el primero que, por ese mérito, mejor que reinar, "hace época"; pero recuérdese cómo en sus comienzos, poco familiarizados sus paisanos con su modo de hacer, bien que admirándolo, le buscan otra pila taurina y le llaman "rondeño"...

* * *

"La primera impresión—escribíamos en el libro de Juan Belmonte—que causa el trianero en los públicos no es distinta de la que produjeron con su arrojo *Espartero* y *Reverte*, y aun el mismo Emilio *Bomba* de los años 95, 96 y 97. Es el acreditado "fenómeno" y, por tanto, conmocionador y pasajero, en que fué siempre fecundo el huerto del sevillanismo. Pero bien pronto se dibuja por encima de la figura del valiente la silueta del artista. Aunque temblonas y entrecortadas, las palabras del arte nuevo, preocupan a los críticos y profesionales que lo contemplan. Y se polemiza y disputa—que es la forma de la polémica taurina—si serán o no posibles las normas por las que intenta y consigue, a ratos, lidiar el innovador.

De la división de terrenos—terreno del toro y terreno del torero—, que para ejecutar delimitaban las prácticas de la tauromaquia, no queda en el nuevo sistema ni un vestigio. El hombre, dios de la tierra, manda en toda la plaza. Ya no hay terreno del toro ni del torero. O, por mejor decir, el nuevo torero concibe la máxima perfección de su arte cuando ejecuta dentro del terreno del toro.

La mano que "vacía" el engaño y que se llevaba alta y despegada para despedir al toro a su terreno—ya hemos dicho que en los lances de capa de Antonio Fuentes y de Antonio Montes tiene esa mano un ligero presentimiento del camino que le está reservado en el porvenir—, baja en el nuevo ejecutante hasta el nivel de la rodilla, a fin de que el toro vaya, a la vez que preso,

humillado en el engaño y de que el hombre, destacado su busto en plano superior, no pierda de vista el viaje de la res, recreándose en su curso cuando es franco y recto, y al acecho de la menor vacilación para enmendar el sitio o corregir el movimiento de la mano que manda...

Del cambio de terrenos, de la reducción asombrosa del campo operante, proviene la apretura y trabazón del toreo moderno. El cambio de altura de la mano trae consigo la quietud de la figura—confundida luego con la inmovilidad de la estatua por los imitadores—y la graduación de la velocidad en las suertes, el ritmo de los lances y de los pases, o dicho en la jerga taurina, “el temple”.

La emoción de este singular toreo, logrado en terrenos hasta los cuales sólo había llegado el lidiador para desplantarse, nunca para ejecutar, y la belleza estética del hombre, erguido en el plano superior que le concede la naturaleza y ejerciendo su soberanía con la fiera, paso a paso, palmo a palmo, con el refinamiento de un déspota, llegan hasta lo hondo de la sensibilidad del espectador. Y vibran los públicos con vigor inusitado. El gran Víctor Hugo, que en sus tiempos de colegial, en España (1), oyó, desde el patio del arrastre, estático ante el misterio de lo que ocurre al otro lado de una pared, “cómo aullaba el pueblo”, murió sin saber lo que era una tempestad en trece mil cráneos...

Se rinde el plebiscito de confianza a Joselito, que es el torero de la época (él, de la época; no la época de él). Pero en los contados días de apoteosis que salpican gloriosamente el período de formación del nuevo gran torero, las miradas de la actualidad—como hemos visto hacerlo a las miradas de la Historia—se vuelven todas hacia el innovador que forja la época venidera. El estremece la entraña del público y desborda el frenesí. Y un lírico clama cierto día: “Las multitudes aplauden a Belmonte”.

No media la vida artística del trianero y ya *Gallito* comulga en su escuela. Principalmente, en el primer tercio, renuncia a la

(1) *Los toros de Bonaparte.*

tradición torera que le viene de abolengo y acopla a los nuevos moldes sus aptitudes de lidiador inconmensurable. Como *Cúchares* y Curro Guillén, él, que no hace época, se dispone a ser el torero de la que nace, asimilándose sus principios, en esa labor con que el técnico experto se aprovecha de las creaciones del genio. La muerte le sorprende, desgraciadamente, en el camino de la victoria.

Entre tanto, vase por el foro la torería vieja; la contemporánea se adapta y la que adviene se ha matriculado íntegramente en la nueva escuela. Belmonte, lejos de caer, se afianza.

Su obra intermitente comienza a ser continua. A la emoción y al arte les ayudan ya la seguridad y el dominio. Sus faenas de muleta—momento cumbre del lidiador—forman ahora un todo definido y preciso. Lejos de él la gracia chocarrera, los pases, lentos, armoniosos, se enlazan, propendiendo a un fin. Nadie ha toreado tan cerca, tan despacio, con semejante ilación. Es el inventor que sobrevive a su invento y que lo explica recreándose en su propia creación, como los divos se escuchan en sus romanzas favoritas... Su época está lograda. Es la época de toreo en el terreno del toro, de la media verónica belmontina—nuncio de su arte—, del pase natural bien centrado, metida en los nuevos moldes la factura que le imprimieran al pase básico *Lagartijo* y *Angel Pastor*, y de la estocada, fin obligado, impuesto por los clásicos, de toda labor torera.

* * *

De este primer sevillano que por un designio providencial llega hasta la meta y logra reunir en sí la plástica de la escuela sevillana y la técnica sólida de la buena escuela—torear para matar—, ¡qué contradictorios y confusos conceptos han formado, hasta que el tiempo, dios de la sabiduría, les descubrió su error, críticos y profesionales!

Atentos a lo externo, a lo espectacular, no se penetraban de su enjundia. Lo juzgaban episódico y era trascendental.

No es un Pedro Romero, alto, de robusta complexión, que, hijo y nieto de centenarios, todavía mata algún toro a los ¡¡sesenta y seis años!! en su escuela de tauromaquia, y que a los setenta, voluntario realista, hace el servicio de campaña. Tampoco un *Lagartijo*, de cuya prestancia personal y estructura apolínea, el crítico de arte D. Francisco Alcántara dijera un día: "La euritmia de sus líneas era un portento, sobrepasaba en belleza a la estatuaria griega; fué una fuente de belleza, que, por desdicha, despreciaron torpemente nuestros artistas, a pesar de tenerla tantos y tantos años ante su vista..." Pero a Belmonte, tan mal formado físicamente, el peligro lo transfigura y ennoblece. Y en el instante de ejecutar es bello; bellas son la figura y la manera, belleza que a una y otra les trasfunde su arte.

Los imitadores han tomado por horrible torcedura de cuello el movimiento instintivo en que se curva el torso para "acompañar" la suerte, y por inmovilidad, el reposo y lentitud de la ejecución. Y tuercen la cabeza y juntan los pies, cosas que ni hace Belmonte ni permiten, no ya torear, pero ni mantener firme el equilibrio bípedo.

Tampoco la crítica de sus primeros años lo ha enjuiciado bien. Se le ha catalogado diestro "corto" porque no banderillea, y a pesar de que mata muy decorosamente. A cambio, sin duda, de llamar toreros "largos" a estoqueadores pésimos, por el mero hecho de banderillar, y precisamente en tiempo en que la suerte de banderillas—de suyo accesoria—ha perdido mucho de su riesgo, alargando cerca de medio pie los antiguos palos y se ha empobrecido al replegarse sistemáticamente a los terrenos sombríos de las tablas, convirtiéndose en sucia y borrosa una suerte que no tenía otro aval artístico que el de su visualidad y limpieza.

Para los exégetas taurómacos de hace un cuarto de siglo la aparición de Belmonte no ha pasado de constituir un suceso reso-

nante. *Don Modesto* describió con su pluma galana "Las cinco verónicas sin enmendarse", se percató de su emoción y dió con su traza hiperbólica la medida de las palpitaciones del corazón en un espectador medular. Cerebralmente ignoró la trascendencia artística de los lances. No vió en ellos la norma y patrón de todo un sistema de toreo. Y si hoy resucitase, al contemplar la "cantidad" torera de Belmonte, aplicada a la lidia completa de todos los toros, retrocedería espantado o buscaría en el tesoro de su ingenio un cargo jerárquico más allá de los Papados.

Don Pío dejó su obra taurina horra de sustancia y deficiente de forma, porque el prurito imitativo destruyó la magnífica espontaneidad que luego había de reivindicar su alcurnia literaria al difundirse *La casa de la Troya*.

Barbadillo, el lírico de más envergadura de ese triunvirato, atendió más al colorido—del que fué artífice—que a la enjundia.

Y hasta la crítica del día, zafia y decadentista, al decir de los que no la leen o la leen a saltos, no se encuentra retratada con sus rasgos auténticos la fisonomía torera de Belmonte. Con ella se ha dibujado nada menos que la nueva fisonomía del arte. Nadie será ya sevillano ni rondeño. Ni de Chiclana ni de Córdoba. Se dirá de un torero que es de antes o después de Belmonte. Que quiere decir: de antes o después de torear dentro del terreno de los toros. De antes o después de pulsar el ímpetu de las reses, para darle a las suertes la mayor lentitud posible. De antes o después de J. B., que es en la era belmontina la justísima paráfrasis del antes o después de J. C., que ha señalado al mundo la era cristiana.

IV

CARA-CRUZ DE BELMONTE

Días de epopeya y días de revés.

Conviene a la mejor ordenación de estos trabajos, antes de penetrar en el maremágnum actual de la fiesta—en la que todo se ha confundido y mixtificado de tal manera que se hace tan difícil clasificar, por sus castas, a los toros como por su ruta artística a los toreros—, destacar los rasgos del trianero en una de sus epopeyas y, por contraste, en uno de sus reveses. En la famosa tarde de los Albaserrada, en Madrid, cuando, a raíz de la muerte de *Gallito*, la emoción del recuerdo, de que él adivina impregnadas las aclamaciones del público, le arranca las lágrimas, y en su otra tarde, a poco de su vuelta a los toros—después de tres años de duelo—en Toledo, cuando todavía no ha recuperado sus facultades ni ha empezado a saborear las mieles con que el Destino regala muy rara vez a los artistas: las de sobrevivirse.

Una epopeya de Belmonte.—«Vive Dios que me espanta esta grandeza y que diera un doblón por describilla.» (1)

... Rodó el quinto toro, de Albaserrada. Continuaba en pie el público—que es de pie, ¿verdad, Belmonte?, como se asiste a tus epopeyas—, y los pañuelos salieron a flote... El puntillero, por mandato del presidente, cortó a la res una oreja; luego la otra; después el rabo... Y llevó esos menudos trofeos al lidiador, que los tomó complacido y paseó en triunfo por el ruedo. Terminó éste su vuelta de ritual, recogiendo esa ovación que, por sectores, va otorgando el concurso, y cuando Juan Belmonte iba ya a retirarse al estribo, de súbito, la muchedumbre, por obra y gracia de una de esas ideas que deben estar

(1) Junio de 1920.—Seis de Albaserrada; Martín Vázquez, Belmonte y *Fortuna*.

en la mente de todos y estallar a la vez, puesta de acuerdo, se alzó en los asientos y rompió a aplaudir con frenesí, con estrépito. Fué una ovación larga y "rotunda", como no recuerdo otra, y que tenía un significado tan especial, que, comprendiéndola, este diestro, todo arte y corazón, la agradeció con fingida firmeza desde los medios, y en seguida fué a refugiarse en "su" burladero, en su "despacho" de las malas tardes, a llorar escondido tras los hospitalarios tablones...

—Toma tu pluma, Gillis—dije, alargándosela al *leader* del belmontismo—, y gracias... No puedo escribir más. Y dile a tu diestro que se serene. ¡Caramba! ¡Se le está escapando el corazón!...

—¡Déjalo, que aún le sobra!...

Y se interrumpió el diálogo, porque de nuevo estaba en pie la muchedumbre, pero en actitud airada. No se aplaudía; se blasfemaba. Por sobre las cabezas no alborocaban los pañuelos, sino que enarbolábanse los bastones... Sonaba el nombre de un revistero que ha sostenido contra Belmonte una de sus campañas vocingleras e inocuas.

Se nombraba por doquiera al revistero, y el nombre era acogido unas veces con ironía, y otras con marcados movimientos de los espectadores, que escudriñaban por el tendido 2, en ademán amenazador...

Y de aquel momento emocional, lectores; de aquella confusión de entusiasmo y de ira, de aplausos y de lágrimas, arranca el juicio crítico que os voy a ofrecer.

* * *

¡Juan Belmonte! ¿Conoce a Belmonte ese revistero?

Si le oís a él, al revistero, os dirá que sí, que lo conoce mucho. Que un día le pidió consejo para comprarse unas botas; que otro le consultó la firma de un contrato, y que ahora mismo ha toreado con la izquierda porque... se lo ha pedido él desde el periódico.

Es en el único aspecto que puede conocer a los lidia-
dores.



ROBERTO DOMINGO

Sabe de ellos cuándo le reciben bien o cuándo no le dejan pasar sin hablar con el portero. Otra cosa, no. ¡Y de ahí sus yerros!

Y a Belmonte lo desconoce más lamentablemente aún que a esos otros toreros. No se ha enterado hasta ayer, porque no se lo permitió su ignorancia, y no se enterará después de lo de ayer, porque se lo vedará su malicia, de que Belmonte, este torero excepcional, maestro de todos sus compañeros, de todos los que han alternado con él en el pasado, de los que alternan al presente y de los que le sucedan en el porvenir, de que este Belmonte no necesita "su toro", sino "su sitio", que no es lo mismo... Anda, por fas o por nefas, desentrenado y sin sitio para su toreo, y se le ve uno y otro día con la res difícil, como con la fácil, dudar y "patinar", y desdibujar, hasta dejarlo en caricatura, ese toreo suyo, tan recio, tan sólido, tan de "oro de ley"...

A medida que avanza la temporada, el diestro se familiariza con la res y se confía más a sus facultades, y una buena tarde, cuando se le supone acabado, aparta a codazo limpio a toda la torería—por muy altos que estén los toreros—, y desafía a todas las vacadas—por muy difíciles que sus reses sean—, y ya "en su sitio", descansando sobre sus piernas, débiles para correr, fuertes como base de sustentación, fijos los pies, y sueltos los brazos, y flexible la cintura, realiza esas proezas de verdadera epopeya, y que como epopeyas de una historia guerrera se recuerdan con fechas memorables: "La de Beneficencia", "La del 2 de mayo", "La del Montepío"...

¡Ah, los que conocemos a Belmonte en este otro aspecto, y le vimos "con sitio" ya para torear en la última corrida, presentíamos lo acontecido ayer! Como en esas épocas tormentosas en que al atardecer se cierra el cielo, esperábamos que iba a descargar la nube.

* * *

¡Y cómo descargó!... Ayer, lectores, se abrieron las cataratas del arte, y tengo para mí que, no ya los toreros—que todos ellos procuran beber en la fuente belmontista—, sino muchos espectadores, salieron de la plaza borrachos de toreo, reproduciendo por las calles y paseos, sin toro, esos lances y esos pases que el trianero dió a los toros de Albaserrada.

Rompió plaza uno muy gordo, muy bien armado, y que, después de algunas dudas en el primer tercio, acabó por empujar muy fuerte...

Martín Vázquez, el primer espada, presintiendo que la tarde se iba a meter en toreo "de lo grande", se arriesgó con el capote, y veroniqueó en dos tandas superiorísimamente, muy parado y con gran templanza... Le aplaudieron mucho, y el tercio de quites fué muy animado.

—¡A cuántos ha enseñado Belmonte a torear con el capote!—murmuró alguien muy cerca de mí.

Pasó el toro al último tercio con mucho poder; en uno de los pases empuntó al espada, que quedó inerte en el suelo... Y allí comenzó el espectáculo. Belmonte, con la seguridad con que se descara con los toros cuando ya tiene sitio y confianza en sí mismo, le ofreció la muleta desde muy cerca, y al cuarto pase, cuando igualó el toro frente a los tercios del 6, montó la espada... Se arrancó el bruto, y el trianero no quiso irse y aguantó en la suerte... Pero no había entrado el estoque palmo y medio; el toro se abrió de manos y cayó como una rana.

Salió el segundo, bien presentado también y bravo y con nervio. Toro con temperamento y con bravura. Toro para torero. Y el torero estaba allí, en el tercio, desplegado el capote, erguido ese cuerpo contrahecho, que a impulso del arte se endereza y transfigura en la Plaza. Se arrancó el bruto, y el hombre, muy parado, lo trajo y llevó y volvió a traer en el capote, confiando todo a los brazos y olvidándose de las piernas, como dice que acostumbra a olvidarse de la vida al ejecutar una suerte... Ni tanteos, ni vacilaciones, ni "patinadu-



ROBERTO DUMINGO

ras". ¡Ah, ayer no patinó Belmonte! Y después de los lances, esa media verónica apretada, lenta, parsimoniosa, que es lo más arriesgado y lo más estético, y que simboliza la época belmontina, como la ojiva la del gótico en el excelso arte de esculpir...

Se agarró el toro en un puyazo de Catalino. Apoyóse en el palo el piquero, y la res, brava y dura, recargó, encerró al caballo en las tablas, lo sacó al tercio "haciendo la rueda", y cuando el concurso aplaudía, se trocaron los aplausos en un clamor general... Belmonte había embebido al de Albaserrada en el capote, y se lo pasaba a ras de la cadera en otra estupenda media verónica...

¡En cuántos quites, al remate de cuántos lances de capa reapareció, corregida y aumentada luego, la media verónica, más aplaudida a medida que más se ve, porque mejor se percata el público de su mérito!

¡La monotonía de las medias verónicas! ¡Monótonos aquellos "quiquiríes" y "carballeiras" sin ton ni son! Monótono el griterío que nos ha avasallado y confundido a los que ayer, a tiempo que lloraba el diestro, sentíamos también congoja, porque era su triunfo el triunfo de nuestras predicaciones; de los que hemos murmurado mil noches en el café y en el periódico: "¡El toreo es eso! ¡El torero es éste!..."

Clavó dos pares soberbios *Magritas*. Y brindó Belmonte.

—¡A ver con la izquierda!—gritó una voz desde el tendido.

Y vea usted, hombre, tener que oír semejante orden él, el torero de la mano izquierda, el torero que va a llevarse al otro mundo un facsímil de su pase natural, para decirle a Pedro Romero: "Tú, rondeño, que oscurecías a *Costillares* y a *Pepe-Illo* con tu toreo de verdad: mira, mi pase es más verdad que el tuyo", y para decirles a *Lagartijo* y a Ángel Pastor: "¡Eh, vosotros, que dibujasteis el pase natural! Mirad cómo el mío es tan estético como el vuestro..."

Estaba bravo el toro; pero sacudía el cuello con ner-

vio, y se arrancaba, un poco bronco, con la cabeza descompuesta... No era lo que dicen "el toro" de Belmonte. Pero sí era su tarde; la tarde en que el trianero da el "estirón", que le sirve ya para confiarse toda la temporada con todos los toros. Y después del ayudado por alto, ofreció la muleta en la izquierda, y se sucedieron el natural y el de pecho...

—¡Bien, bien!—gritó la Plaza entera.

El toro, más fuerte que el torero, le empujó hacia las tablas. Y el torero, rabioso, mandó llevarlo al tercio, y allí de nuevo triunfó del toro en unos cuantos pases por alto, muy parados, muy artísticos, muy templados, con la derecha... Se rehizo, no obstante, el toro—¡olé los toros con temperamento!—, y esta vez, al volver el diestro a luchar con el enemigo, lo hizo sobre la izquierda.

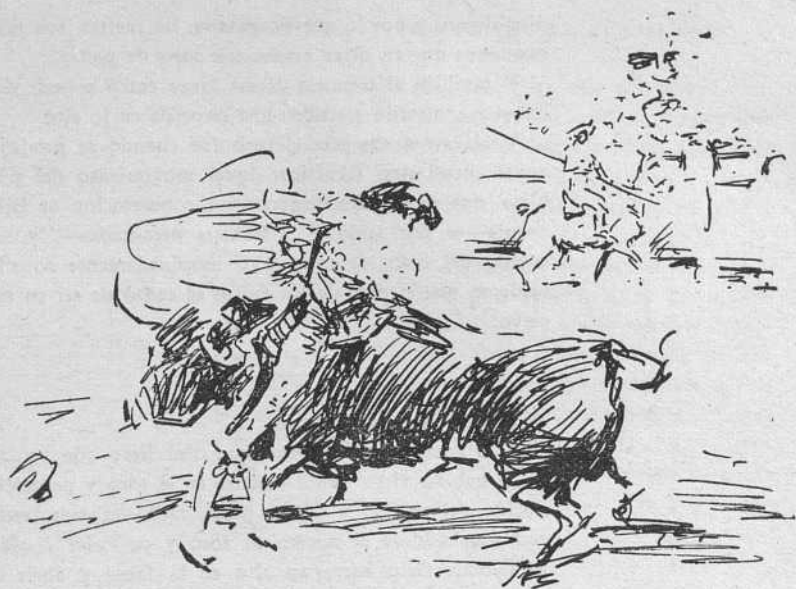
¡La izquierda! Ahí estaba la izquierda que toreó a "Tallealto". La que, cuando el *Gallo* mayor consolaba a su hermano: "¡No le han dado la oreja, José!", le hacía exclamar a éste: "No importa, Rafael. ¡Nos ha "borrao"!"

El toro, ciego en la muleta, pasaba poco a poco en esos pases, que desde que Belmonte los inicia hasta que los remata, da tiempo al espectador a incorporarse del asiento y a jalear al torero.

Se hizo un alto en los ¡olé! y en las palmas cuando se perfiló el diestro. Y éste, que cuando está de vena lo hace todo, arrancó a matar derecho, y tumbó a la res de una estocada.

Por unanimidad se le concedió la oreja.

Iniciada allí la "epopeya", tuvo una segunda parte en otra hermosa faena al cuarto toro, también bravo y algo más templado, y un apoteosis final en la hecha al quinto toro, de la que son fiel reproducción los primorosos dibujos de Roberto Domingo que ilustran el texto de este reseña. En aquella faena al quinto toro—otro magnífico ejemplar—, el torero al natural y por arriba alternó con el de filigrana: filigranas de molinetes y afarolados, que en manos de Belmonte, por el terreno que



ROBERTO DOMINGO

pisa al toro y por lo que aguanta en las suertes, son más expuestos que en otras manos los pases de pecho...

Y también al término de esa faena entró a herir derecho y con estilo, y cobró una estocada en lo alto.

Y al caer a sus pies el toro fué cuando se produjo aquel entusiasmo frenético, aquel movimiento del público, que significaba desagravio y consagración de Belmonte—si por acaso él la hubiera necesitado—, y recuerdo del otro, del que cayó inopinadamente aquella tarde en que el dios de los éxitos se cansó de ser su esclavo.

* * *

Torear para los "primos".

¡Las cosas que tiene uno que oír! Pero ¿de verdad no le habíais visto nunca meterse en el toro y perder la noción del espacio y de los pases, cada vez más cerca, emborrachándose él mismo de toro y de "olés"? ¿No lo habíais visto hacer un alto en la faena y abrir la boca como un pájaro "pion", porque se ahogaba él mismo de emoción artística, de "gustarse" toreando?

Lloraba Belmonte ante la manifestación del público. De no reír, la cosa era, en efecto, para llorar...

* * *

¡La del 2 de mayo! ¡La de Beneficencia! ¡La del Montepío! Será cosa de olvidar, para poner todo el esfuerzo del recuerdo en esta otra epopeya, que podrá llamarse "la de la corrida de Albaserrada". Que tendrá mayor importancia por la corrida de toros, la más brava y de más estilo de toro de lidia, de poder, de bravura, de temperamento, casi todos los toros, y el quinto y sexto, de una codicia y de una nobleza y de una suavidad exageradas. Y que señalará en la afición una fecha imborrable: la del 20 de junio, escogida por el torero que ha pisado el terreno a los toros, que ha aguantado más en la suerte, y que, de contera, ha practicado la suerte de matar para corresponder al dominio que tiene

de la muleta; la fecha escogida por él para decir a la opinión:

"Yo no soy ni mejor ni peor que mis antecesores, ni sé lo que puedan ser los que me sucedan. Yo soy distinto. Soy el que, sintiendo una escuela y con valor para implantarla, he hecho la revolución del toreo, y cuando algún discípulo me aventaje, que lo dificulto, yo seguiré siendo el maestro."

Y el decir todo esto y demostrarlo, supone una "epopeya", como ésta, de la que, al salir de la Plaza, aún me zumbaban los oídos, llenos del eco de muchos "¡bravos!" y "¡olé!" y del fragor de los aplausos, ni más ni menos que en mi retina se conservaba todavía vívida la visión del ir y venir de muchos sombreros del tendido al redondel y del redondel al tendido...

¡Qué epopeya! ¡Vive Dios que me espantó su grandeza y que hubiera dado más de un doblón por describirla!...

Durante el año 1921 Belmonte sólo toreó en Madrid una corrida: la de la Prensa. En ese año se retiró. El 24 reapareció en Lima. Y el 25 vino a España.

Al reaparecer en la plaza de Alicante, por virtud de una combinación "a la americana", que le prepara el popular hombre de negocios taurinos D. Eduardo Pagés—combinación de pocas corridas a mucho dinero—, está ya la fiesta en ese amasijo que es hoy; metida toda ella en ese cajón de sastre, en donde para encontrar un toro y ponerle delante un torero hay que rebuscar tanto como para dar con un torero y ponerle delante un toro.

Esa consideración, unida al fracaso de su corrida de Toledo, solivianta nuestra pluma, tan hecha a cantar su gloria, y arranca a sus puntos la siguiente censura:

Una excursión a las ruinas de Belmonte. (1)

Fué objeto de algún escándalo en las huestes del post-belmontismo el artículo que bajo el epígrafe "La segunda salida de Sancho Belmonte" escribí a propósito de esta media vuelta del trianero. Por el trazado del plan, en el que aparecía una veintena de plazas distribuidas estratégicamente, como si se hubiese temido que en estas representaciones de D. Juan los malditos gritasen al final en vez de al principio, y para que no repercutiesen sus ecos en las taquillas de los cosos próximos; por ese indicio, y por otros muchos, preveía yo lo que habían de ser estos festivales de ultratumba de una época del toreo que no por grandiosa iba a resistirse al imperio de la ley de vida, que es, como se sabe, ley de muerte. "Será la ruta de Sancho", me dije, pensando a la vez en el itinerario, en los torillos elaborados por los ganaderos, nuevos compadres de Juanito, y en la curva de los molinetes—la curva de la redonda barriga del Sancho millonario—, grosera sustituta del mayestático toreo al natural de la juventud...

Los postbelmontistas censuraron tan osada suposición, y me tildaron de hereje y de apóstata. No han quedado ver que la apostasía está de parte del verbo taurino, y no de los que fuimos sus apóstoles.

Ha sido él, y no nosotros, el que, sin dársele un ardite de su historia, de prisa, como aquel que se le ha olvidado algo y torna apresuradamente a recogerlo, el que ha vuelto a explotar un puñadillo de Plazas que, por lo visto, se le habían olvidado. Y él, el de la gran corrida de Miura de Sevilla, el de las epopeyas de la Plaza de Madrid—aquellas del 2 de mayo, de la Beneficencia, del Montepío, de los parladés y de los albaserradas, el que ha trocado su papel de protagonista heroico por el de partiquino de una comedia de costumbres en los coliseos provincianos. ¿Tengo yo la culpa de que

(1) *El Liberal*, 30 junio 1925.—Toledo. Albaserradas. Belmonte, Chichuelo y Pablo Lalanda.

el Don Quijote que descubrió los trucos del toreo y enderezó, con riesgo de la vida, las suertes, se haya convertido en un Sancho descontentadizo, que no satisfecho con cosechar "espiga"?

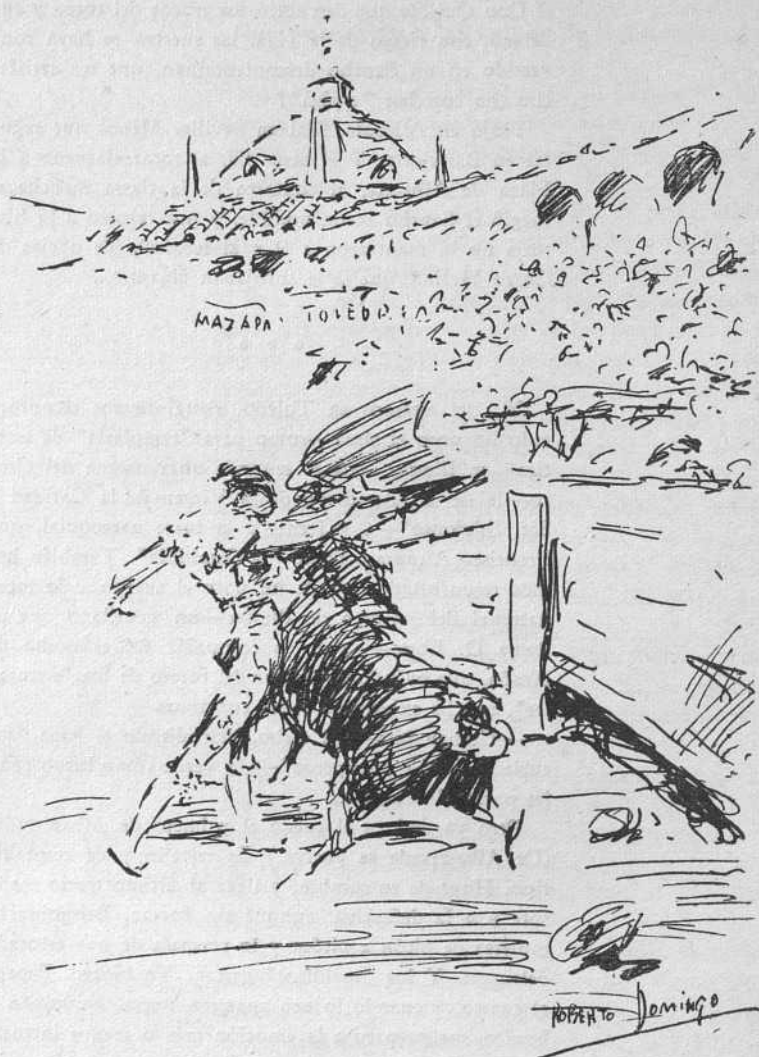
Flojo en Alicante. Mal en Sevilla. Menos que regular en Barcelona. Y el otro día, al tocar el turno a la Plaza de Albacete, al contacto de la tierra manchega, surgió el Sancho inconfundible, y por respeto a la historia no lo mantearon a él y al rebañillo de ovejas de Curro Molina, que se le antojaban gigantes...

* * *

Y... ya estamos en Toledo. Antes hemos reconfortado un poco el alma—como para "templarla" de estética—en Illescas, ante la segunda obra magna del Greco—la de la "Aparición de la Virgen de la Caridad a San Ildefonso"—, y frente a la torre parroquial, que Francisco Alcántara llamó "la Giraldilla". También hemos reconfortado más de un poco el cuerpo, a la mesa paternal del párroco de Illescas—un castellano que se llama D. Lope— y en la compañía del ecónomo de Azaña, que oyéndonos hablar del torero de los "naturales", nos ha exhortado a que comamos.

—Coman bien—ha dicho, defendiendo el lema "escuela (taurina) y despensa"—, y verán cómo luego todo les parece "natural"...

Pero ya está en el ruedo el primero de Albaserrada. (De Albaserrada se vuelva.) Es castaño y de aceptable tipo. Huye de su sombra, y llega al último tercio mansote y a la defensiva, aunque sin fuerza. Belmonte lo muletea de pitón a pitón, y lo traspasa de una estocada delantera. Y los "malditos" gritan. Yo espero. Espero al cuarto, y cuando lo veo aparecer, negro, chiquitito y bonito, me preparo a la emoción más o menos intensa, siempre bella, de todo un grandioso curso de toreo... sin toro. El tercio de quites no pasa de "cursillo". Dos o tres lances de la buena escuela trianera y dos medias verónicas deslucidas por irse de la suerte el astadete. He-



Belmonte en un gran pase de pecho, después de la cogida.

mos de esperar un poco más. Y ahora, sí; ahora surge el Belmonte que ha enseñado a torear quién sabe a cuántas generaciones... La muleta en la mano izquierda, flamea llamando al enemigo; lo deja llegar hasta prenderse en ella, y luego, lentamente, describe un medio arco interminable... Revuélvese el enemigo; mas encuentra lejos la mano del diestro, y el grandioso natural no encuentra la soldadura con otro ni la trabazón con el obligado de pecho... Como el hombre se mantiene muy adentro y es por muy adentro por donde el bicho quiere andar, no hay reposo en los pases, y hombre y bicho se tropiezan. Cae el hombre; se levanta, rabioso, a buscar al mermado enemigo; pero los peones le han formado el cuadro, en el que se ofrece en segundo término la más grande figura del arte...

Ahora entra en turno Sancho, y molinetea. Y cuando, tras dos pinchaduras malas, descabella, unos agitan cortésmente los pañuelos, otros aplauden, y muchos reprobamos la escena de dolor que produce el paso del diestro en torno al ruedo... Lleva en la mano, aún crispada, la oreja del enemigo. Está pálido, céreo, y constantemente llévase la mano al costado, en un gesto de fatiga suprema.

Lo peor es que también el público padece del costado. Y, por lo menos, yo experimenté la impresión curiosa, pero deprimente, propia de la contemplación de las ruinas gloriosas. Yo no sé si ello es culpa exclusiva de su estado físico, ni de quién es entonces la iniciativa que le mantiene en los ruedos, esclavo de su afición... Sé, lector, que en Toledo, tesoro de tantas antigüedades, he contemplado las ruinas de Belmonte, en las que se conserva intacto el medio arco del portentoso pase natural...

Así como de las joyas arquitectónicas queda algo siempre en pie—una ojiva, un chapitel, un arco—que resiste al embate de los siglos, aún dió fe de la arquitectura belmontina ese medio arco del natural, que duró siglos también... Ruina venerable, pero ruina al fin...

La actuación de Belmonte en el año 25 la define este adjetivo: vacilante. En el año 26 se reafirma. Es la temporada en que saca partido de todos los toros: en que su muleta de torero "estilista" adquiere las proporciones técnicas del torero "eficaz". Y en la del 27, cuando su obra culmina, de su última corrida en Madrid escribimos la siguiente crónica:

Belmonte se abraza con Belmonte. (1)

... Tras el pase ayudado, en el que la muleta paseó lentamente por la altura, midiendo la distancia de las astas al rabo, al detenerse, desplegada, en la izquierda, el toro, como deslumbrado, se ha ido sobre ella, y, siempre como deslumbrado, ha seguido su viaje sin resolverse por el hombre, cuya presencia ignora, acaso porque no le sintió moverse.

La fe y la duda estremecen a las catorce mil almas del coso. Así tiemblan, a las veces, las hojas de los árboles en las noches de calma. Levanta el diestro su brazo: "¡Esperad!" Y vuelve a enfrentarse con la fiera. Cruza otra vez por encima de su frente astada la muleta, y otra vez, firme y segura de sí misma, detiene el centro de su palo en la mano torera. Y ahora ya el toro no se va. Preso en el mágico engaño, obedece dócilmente, y va y viene con la ciega resignación de un predestinado. Cuando la res, burlada, se crece en un pase y redobra el ímpetu, vuelan un poco las manos hasta el término de la suerte. Si la res vacila y amengua en el empuje, avanza la mano el engaño para encelarla y se distancia poco a poco, cuidando de no quebrar el hilo invisible que guía la embestida. En el remate mismo del pase por bajo, templado, lento, sereno, parsimonioso, inicia su viaje alto, forzado y audaz, el de pecho. Hasta que una vez la mano izquierda se adelanta a traerse por delante del

(1) Última corrida de Belmonte en Madrid, con Gallo y Gitanillo de Triana. 6 de octubre de 1927.

hombre el toro, doblado en la media elipse del pase natural. Va la mano baja, muy baja, para que el diestro contemple y se recree en el paso de la fiera burlada. Y va despacio, muy despacio, con ese ritmo majestuoso y emocionante, del que sólo han sabido estas manos en el toro. Se revuelve la muchedumbre en los tendidos, y la Plaza clama en un alarido:

—¡Belmonte!...

Verdad. Ese pase natural es su rúbrica. La antigua. La de su época heroica. Como él es ahora el Juan aquel de la pareja. Mirad, si no, cómo se satura de emoción el ambiente; cómo se rebullen los espectadores en la localidad, temerosos de turbar con el ruido de sus movimientos el silencio e incapaces a la vez de contenerse... Cae un sombrero al ruedo, saludando un pase. Y otro tras él. Y luego otro. Y otros más... Alguno describe en el aire la misma curva lenta y graciosa de la muleta... No falta el que llega rodando hasta los pies, que acaban de tomar tierra a raíz de un pase de rodillas o de girar en un molinete ceñidísimo. Pincha Belmonte en lo duro. Salta la espada. Y las gentes respiran y aplauden.

—¡Mejor!—se dicen—. ¡Más faena!

Y aciertan. El duelo se reanuda en el mismo sitio, bastante afuera del tercio, en la coyuntura de los tendidos 2 y 3. (Fué también ahí cierta faena modelo de trabazón y de grandeza torera...) (1).

Se hunde la espada hasta la mitad en el toro, y prorrumpe el público en aclamaciones y salen a flote los pañuelos. El sol se marcha ya de la colgadura con que —fiesta del Montepío de sus funcionarios—la Diputación ha engalanado la meseta de toriles. Mis ojos se vuelven a buscar a Gaona. No está. Tampoco Gallito.

Ni es este Montepío el mismo. (El beneficiado aquel día era el de toreros.) Pero Belmonte, sí; es él, el auténtico Juan Belmonte de la corrida del Montepío, el Belmonte genio del toreo...

(1) Alude el crítico a la faena al toro de Concha y Sierra en la corrida del Montepío de junio de 1917.

En el quinto toro, que se ha acobardado a última hora, surge el otro Belmonte: el técnico. El que, en pleno dominio y conocimiento de los secretos del toreo, tantea los terrenos y las querencias para buscarles lidia lucida a las reses. Y así, unas veces al favor de su querencia y otras atravesándosele en ella, y siempre sin separarle la muleta de la cara, logra algunos pases magníficos. Pincha dos veces; le desarma el toro, y el diestro se encorajina y arranca más derecho todavía... Del encuentro sale con la pechera de la camisa destrozada. Y vuelve al ataque con más bríos. Pálido, desgredado, la muleta a rastras, el Belmonte maestro, consagrado y millonario, se da un abrazo con el Belmonte novillero, lleno de hambre, de ambición y de ensueños, que escribió el lema: "El torero al ejecutar una suerte debe olvidarse de la vida..."

Mata al toro con una estocada en la suerte contraria, y, como en el anterior, se le dan las orejas y el rabo.

Completo el doble curso de muleta y brillante su toreo de capa, que culminó en un quite al toro cuarto, el público aclama a Belmonte y le hace salir por cuatro veces a los medios.

¿Qué hiere así de este Belmonte tan en lo hondo de la fibra de los públicos? Unos dicen: "Es un artista." Otros: "Es un valiente." Otros: "Siente la dignidad de su profesión, la responsabilidad de lo que arriesga y lo que exige." Y la Plaza vibra... como nadie la hizo vibrar.

Todo es poco. Del toreo de Belmonte está ya tan llena la historia del arte, como dicen los profetas que están llenos los cielos y la tierra de la bondad de Dios.

V

Mixtificación de la fiesta de toros y agentes que la han producido.

Que "la fiesta de toros decae", que "la fiesta se acaba", son apreciaciones y vaticinios tan antiguos como la fiesta misma, desde que el arte pasó, por decirlo así, de deportivo a industrial. Cuentan un siglo estas palabras (1) y parecen de hoy:

Se ha dicho y repetido en todas partes que en España se perdía la afición a los toros, y que la civilización concluiría por desterrarla; si la civilización llega a hacer esto, tanto peor para ella, pues una corrida de toros es uno de los espectáculos más bellos que el hombre pueda imaginar.

Mucho más reciente, sentido epitafio, que al ex diestro *Guerrita*, herido en su corazón de hombre rudo y bueno, le arranca la tragedia de Talavera, se difunde por toda España su augurio fatal: "¡Se acabaron los toros!", exclama. Y lo grita, a la par que adolorido por la muerte del joven lidiador, consternado por lo que con ella cree ver acercarse la muerte de la fiesta.

Verdaderamente, *Guerrita*, que ha visto mandar a *Gallito* como él mandaba en su época, no se ha percatado bien de una trascendental diferencia. Que él mandaba en la industria y en el arte ("¡Nadie me la ha ganado jamás!"), mientras Joselito sólo manejaba el timón industrial. Los rumbos del arte, los derroteros de las suertes, pendían ya del dedo índice de Belmonte. Y en lo sucesivo la ambición de los toreros podría cifrarse en esta empresa: "Mandar como José y torear como Juan". Para *Guerrita*, inextinto en su memoria el recuerdo de Reverte ("¡Un borracho que se ha "tírao" de una talanquera!"), como para muchos gallistas

(1) *Viajes por España*, de Teófilo Gautier.

de espíritu más cultivado, pero igualmente ciegos y obstinados; para él, como buen lidiador a la antigua, los principios Pepellicos, los "cánones", tenían el carácter de permanencia "de un dogma estético", todas las "condiciones convencionales de una ciencia", y creía, asimismo, que tratar de sustituirlos sería "como tratar de inventar un nuevo sistema planetario". "¡El que no se dé mucha prisa en ver a Belmonte no lo verá!...", predice sentenciosamente el patriarca cordobés. La Vida y la Muerte, que hacen de nosotros su eterno juguete, chasquean este vaticinio. Y con éste, el otro, tantas veces chasqueado por lo demás. Triunfa Belmonte. Se imponen sus normas. Algunas de las virtudes que en *El arte de Birlibirloque* se señalan como virtudes clásicas—ligereza, agilidad, rapidez—, descienden al rango de vicios. Y el apuntado como vicio más nocivo—arquetipo de los vicios castizos—, el de la lentitud, se eleva, por el imperio de la nueva escuela, a la categoría de principio fundamental. Ya, el que no toreé despacio, no será torero. Si el destino hubiese sido menos cruel con *Gallito*, el Súmum birlibirloquesco torearía ahora despacio. En lo más elemental, en la primera asignatura del toreo—el toreo de capa—despacio toreaba ya. Y despacio—¡oh, templadísimos pases en redondo al toro de Santacoloma en Madrid!—, ajustándose al nuevo ritmo, toreaba también, luego, el que, predestinado a suceder a *Gallito*—el diestro valenciano Manolo Granero—, se encontró prematuramente ante aquella exigencia inexorable del tributo a la muerte con que hemos visto contribuir, de antiguo, a los "fenómenos" de la antigua escuela sevillana...

Triunfa el Arte. Y no se acaban los toros. Por el contrario, la fiesta se ensancha. Y una estadística del año 1928 recoge datos de 380 corridas de toros y 210 novilladas...

Lo que sí hace la fiesta, en esa que no es crisis de desaparición, sino de crecimiento, es mixtificarse, desnaturalizarse en todos los sentidos. Y a estudiar los agentes productores del confusionismo y degeneración actual tienden los siguientes apartados:

El temple y su espejismo.

La medida de extensión de la fiesta durante el siglo pasado la daba una pareja: *Lagartijo* y *Frascuelo*. Y después otra: *Maz-zantini* y *Guerrita*. Un torero y un estoqueador; un estoqueador y un torero. De contar con los medios modernos de locomoción, no hubiesen dejado fecha a nadie. A comienzos de este siglo, con el breve intervalo de Fuentes, *Algabeño* y *Conejito* (especie de ministerio-puente), nace otra pareja: la del segundo *Bomba* y *Machaquito*. De nuevo acaparan el mayor número de fechas un torero y un estoqueador. Pero ya la fiesta ofrece margen suficiente para que con las dos figuras principales concuerden otras; si no, del todo, en número, por lo menos en género y caso. A su lado comienza a dar la talla, cuando perece en Méjico Antonio Montes. Por los mismos puntos andaba, hasta su grave percan-ce con el toro de Trespacios en Madrid, Manuel *Bienvenida*, a quien el inolvidable *Don Modesto*, tan dado a los parangones eclesiásticos, nombra *Papa Negro*, para atribuirle una jerarquía en frente de la del *Papa Bombita*. Pues Vicente Pastor y Rafael *el Gallo*, aprovechándose del pleito de la pareja con los Miura y con la plaza de Madrid, adquieren, igualmente, estatura aventajada. Da ya de sí la fiesta fechas bastantes para una baraja de cuatro ases. En esos tiempos sale el sol mejicano. El sol-feo, le llama *Don Modesto*, para no diputarlo el primer astro del firmamento taurino, y no negarle tampoco su categoría de astro de primera magnitud. Es Gaona, a quien el privilegio de sus finas maneras va a permitirle conservar su rango en la nueva época sin violentar su manera de hacer, sin claudicación de su personalidad, a extremo tal, que la nueva pareja (*Joselito-Belmonte*) le dejará a su lado tanto y tanto puesto, que muchas veces habrá de parecer, más que una pareja, un triunvirato. La combinación de cartel interesante que antes era de dos diestros es ya en esa época de tres, como es en la que hoy vivimos de cuatro. Aunque en distinta

proporción—de fechas, de honorarios, de importancia—con las figuras de Joselito, Belmonte y Gaona, conviven, por lo menos, otras tres figuras, episódicas, que cada dos años cambian de nombre, como cambian aquellas modas que no tienen otro fundamento que el de la novedad. Y del año 20 a nuestros días—hasta que surge, cuando más inesperado, Domingo Ortega—, en la fiesta alternan siempre hasta ocho o nueve diestros con la categoría de primera. Todos toreaan mucho. Todos toreaan bien. La fiesta se ha ensanchado. Y, sin embargo, el caudal artístico se ha encogido.

¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido para que en el momento de auge artístico, cuando el toreo, reducido a terrenos inverosímiles, magnificado por la templanza de la ejecución, aparecía en el cénit, se amengüe hasta un raquitismo inconcebible; para que en su momento de más voces resulte monocorde, y eso cuando aun vive y alienta, y alguna vez se asoma a plazas y tentaderos, el renovador?...

Pues ha ocurrido que con la desaparición de *Gallito*, extinguido el partidismo, apagado el entusiasmo con que sus partidarios defendían la escuela del toreo eficaz, quedó como único patrón el patrón Belmonte. Y el patrón Belmonte, sin el contraste de la discusión, que lleva anejos el análisis y el aquilatamiento, monopolizó el toreo, imponiéndose como único y deslumbrando con la apariencia externa a tantos y tantos, que, cegados por el espejismo, no acertaron a escrutar el verdadero tesoro técnico del trianero. Se cegaban con la forma, con lo cóncavo, con la caricatura (como dice en sus especulaciones filosóficotaurinas el Sr. Bergamín), y no se penetraban de su fondo.

¿Recordáis cómo, a poco de la revelación del trianero, todos sus imitadores creían que el torear a lo Belmonte consistía en torcer el cuello, arrastrar la pierna o destacar la cadera, ni más ni menos que los nobles contemporáneos de Alejandro el Magno, por torcer la cabeza como él, se creían Alejandro?... Pues, luego,

otra cuestión, no de espejo, sino de espejismo: la del "temple"—como se llama en la jerga taurina a la templanza en el mando de las suertes—; el falso examen del "temple", la dorada leyenda del "temple", ha consumado la obra. Nadie ha querido ver que *el mérito extraordinario de este torero excepcional no ha sido exclusivamente el torear despacio, sino el de graduar el impulso del enemigo y el de tantear con una intuición privilegiada el terreno y la distancia propicios a la acometividad de la res. Templar no quiere decir torear invariablemente despacio, sino procurarle a cada suerte y en cada momento la mayor lentitud "compatible" con el temperamento del toro. Es buscarle el temple a la suerte en relación con el toro, como a un metal en relación con el fuego. Cabe torear despacio a un toro y no haber templado lo bastante, y torear de prisa a otro habiendo templado demasiado. Como con unos toros, estando cerca, todavía está el torero demasiado lejos. Y con otros, aun estando un poco distanciado, se está demasiado cerca.*

Y así, en las tardes de "quiero", porque Belmonte ha sido uno de los diestros más haraganes, acaso fiado en haber coincidido con el torero más trabajador y aficionado que pisó los ruedos; así, decía, en las tardes de salir a torear, fuese fácil o difícil el enemigo, era de verle *templar la suerte; acomodar la velocidad de la ejecución al impulso del toro; provocar su embestida, pisándole el terreno preciso, unas veces muy adentro y otras muy afuera, que eso lo indica el grado de codicia, de acometividad.—Lo que distingue al toro pronto del toro tardo y al distraído del querencioso—, y acompasar la suerte al ritmo que la fuerza y el celo del toro señalan bien pronto al torero inteligente.*

De eso que Belmonte trajo, cambiando de arriba abajo la faz del toreo, revolucionando todas las normas y preceptos de la escuela antigua, ¿qué queda en pie? Casi nada. Es decir, tan poco, que él, reputado torero corto, por la escasa cantidad de toros de que sacaba partido, comparado con los más aventajados de ahora,

adquiere la largura de un Curro Guillén, de un *Guerrita* o de un *Gallito*.

El fenómeno de espejismo ha deslumbrado también a la crítica y no menos a los públicos, y la desvalorización de las suertes en pocos años ha sido tal, que un lance lento de capa se estima que lava y limpia de toda una jornada de miedo y de desmaña; que el toréo con la izquierda casi se ha desterrado, porque hemos dado en decir que hay pases naturales con la derecha, y que toreando despacio, tanto monta la derecha como la izquierda; que la suerte de matar es innecesaria cuando se ha toreado bien, y ved ahí, ved ahí por dónde de aquella escuela maravillosa belmontina, que llamamos rondeña por darle un nombre clásico, apenas si nos queda en vida del que la dió nombre otra reliquia que su cuello combado, su cadera prominente y el arrastrar la pierna (cuando no se estira para correr, que es lo más frecuente)...

Yo no diré que todos los toreros actuales—de Márquez y Lalandia para acá—sean idénticos. Los hay dotados para ser excelentes artistas, y aun dentro de escuelas diferentes, de la que pudiera llamarse de toréo eficaz, hoy casi desterrada, y de la que denominamos de puro estilo. Pero, por el vicio de que os hablo, si no son todos lo mismo, lo parecen.

Recuerdo de una tarde, en Madrid, tarde de esas irremediablemente siniestras porque habían desfilado por el ruedo cinco toros de los que no se dejan hacer la carambola "a huevo", que, al aparecer en último lugar uno más boyante, torito de "bola a bola", sobrevino un tercio de quites bonito, ya que no variado, y la plaza, aletargada, despertó. Al pasar el torito al último tercio, y cuando el matador de turno se preparaba a actuar, en medio de una gran expectación, un extranjero, vecino de localidad, interesado, por contagio del ambiente, me preguntó:

—¿Quién es ése?

Y yo, que sabía lo que me aguardaba, le dije:

—Cualquiera, señor. ¡Un derechista!

Del toreo eficaz, tan interesante, cuando tiende a mantener la pelea bizarra del buen lidiador, no cuando es la picardía su eje, queda ya muy poco, y a ese poco apenas si le veo probabilidades de continuación. Los contados artistas que, en estas generaciones, se holgaban mucho de que se les comparase con *Gallito* y de que se les adjudicase, un poco caprichosamente, su testamento artístico, sólo son eficaces para quitarse al enemigo de delante; no para ahormarlo, embravecerlo ni sacarle partido.

Vicios de las suertes.—La de varas no fué concebida para vista a través de un abanico real.

Para aumentar la confusión ya producida con exceso por la desaparición de la figura más representativa que el arte tenía y por la falsa interpretación del toreo que trajo la otra figura, se han introducido en estos últimos tiempos algunas modificaciones que quisiera analizar con el tacto suficiente, para que, siendo leve la censura, pueda el lector comprender, sin embargo, las graves consecuencias que para la fiesta han tenido.

Una es la innovación de los petos, que priva a la suerte de varas de su bárbara, pero necesaria crueldad; que ahorra al espectador tímido—que es al que ha protegido eficazmente la Sociedad Protectora de Animales—el espectáculo de las bestias despanzurradas; pero que ha condenado al caballo a un largo calvario por las plazas de toros, en el que el miedo y los golpes contundentes le deben hacer suspirar por la suerte a la antigua, aquella en que, por lo menos, Dios le daba “una hora corta”...

No quiere esto decir que el peto haya sido del todo una ingenuidad caprichosa en la suerte de varas. En buena parte lo han exigido las circunstancias, lo ha traído la vida moderna, y he aquí, antes de pasar adelante, un trabajo nuestro en la hora de sus pruebas:

Petos para los caballos.

Se van a realizar en la Plaza de Toros de Madrid las pruebas de varios sistemas de peto, o de los petos de varios sistemas, con los que se ha de proteger al caballo en la terrible suerte de varas.

Presumiríamos de hipócritas, sin ninguna necesidad, si aprovechásemos esta coyuntura para romper una lanza en defensa—ya que tantas se rompen en ataque sobre sus lomos—del pobre toro. Pues que la Naturaleza, mucho más entendida que nosotros, ha establecido dos castas de animales, protectores y protegidos, ya haremos bastante con acorrer a los que por su dictado han menester protección, sin meternos en mayores averiguaciones clasificadoras.

Atendamos, por tanto, a los caballos. Ese peto, ¿les protegerá en absoluto de las acometidas de la fiera asutada con quien los hombres les enfrentan? Tenemos la seguridad de que en absoluto, no. Ni ello entra en el aire protector de los inventores, ni tampoco preocupa, de fijo, gravemente a los caballos. Bestias de rango inferior, bien que de elevada nobleza, no sienten el anhelo de lo absoluto, y quizá lo desdennan. Es un caso de protección muy relativa y muy "humana"; se trata de proteger su tripa. Por eso decimos que es muy humana, por lo que en la autoprotección de la tripa suele afanarse nuestra especie.

Del golpe, lo que se dice del golpe por vibración de la coraza, ni de la brusca caída en tierra y hasta la cornada feroz en las partes—pescuezo y extremidades—que el peto sacrifique a la libertad de movimientos, de esos accidentes ninguno se atenuará con esta cauta medida. Si acaso se acrecentarán, por las veces que, no habiéndose prendido la fiera en su víctima y "desarmando" en el cabeceo al picador, den bruscamente con sus cuerpos en el suelo bestia y jinete, para doble duelo de la Asociación Protectora de Animales.

Mas si a costa de estos riesgos se ha logrado proteger



Vara sin peto.

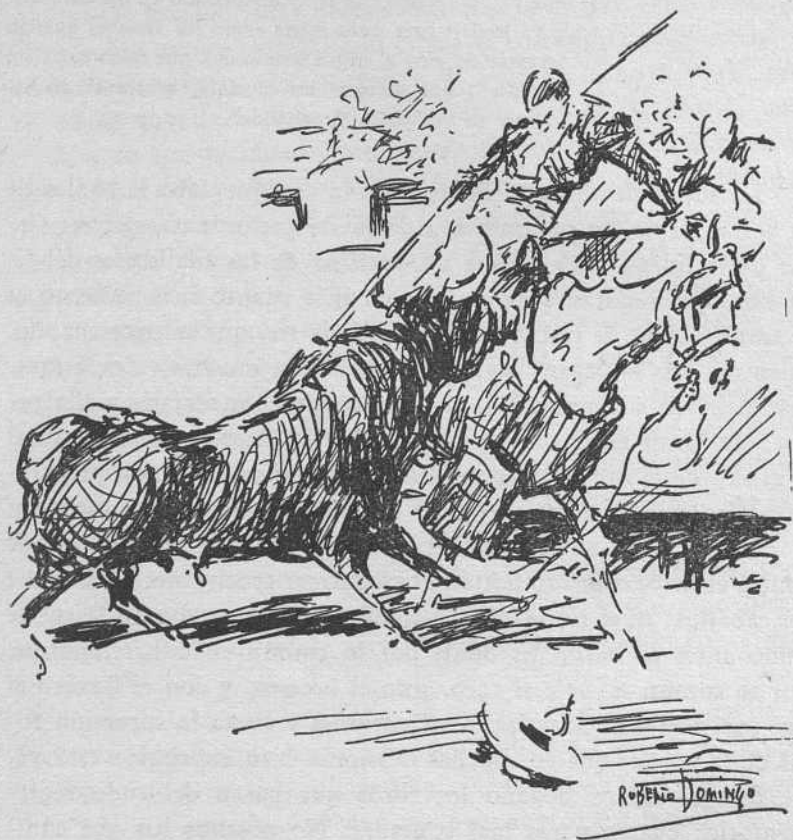
la integridad de tripas del malaventurado equino, o se ha evitado, a lo menos, su indiscreta salida, será men- guado quien murmure de la eficacia "social" del peto protector. Hasta ahora, para acostumbrarnos al espec- táculo horrendo de un jaco despanzurrado, no dispo- níamos de otro recurso que el recurso soberano de la filosofía, ¡bálsamo para tantas laceraciones morales!... Y parafraseando aquel curioso consejo a los maridos poco pagados de la fidelidad conyugal, pensábamos en cada encuentro de toro y caballo: "Si el toro le cornea en el vientre, que no le saque las tripas, y si se las saca, que no se las pise, y si se las pisa..., que no nos im- porte."

Sean, pues, estas líneas testimonio ardoroso de los votos que hacemos por el éxito de los ensayos de ma- ñana en el coso taurino.

Pero... Pero los caballos escasean de un modo alar- mante—alarmante para sus protectores patentados—. Los coches de punto—el más fluido venero de "caballos de toros"—tocan a su término. Hay ciento cincuenta, que no alargarán sus días mucho más allá del verano. El mercado, casi absorbido por el *auto*, desprecia los caballos. Los piensos se encarecen de día en día más, a punto de ser tema nacional el auge de la cebada. Circuns- tancias todas que nos inducen a creer que antes de poco, no solamente resultaría imposible la provisión de caba- llos para ejecutar la suerte sin petos, sino que quizá los petos se vean en el doloroso trance de no encontrar ca- ballos a que "proteger".

Pero que la introducción del peto en la suerte de va- ras haya sido obra de la necesidad, y no del capricho, no basta a evitar el aire de "mojiganga a la francesa" que hogaño nos ofrece. No es ya únicamente su tono, el viril que la suerte daba a la lidia en ese fantástico *introito* del primer tercio, sino también que la técnica iba ligada a su bárbara belleza.

Bárbara y bella. Yo no niego la brutalidad de alguno de sus momentos. Por ejemplo, ¿a quién no le ha remo- vido el ver ese grupo de monosabios cerriles, empeñados



Vara con peto.

en alzar en vilo a un caballo moribundo? Pero, ¡bah!, de ese espectáculo no nos libraríamos en todo caso, porque ya los hombres lo han reemplazado cumplidamente, y ya leeríais hace unos meses cómo los árbitros querían levantar del *ring* al negro Sotolongo, que caído casi "sin puntilla", que decimos los taurinos, moría al día siguiente en "su patio de caballos".

La suerte de varas, al desnudo, a la vez que daba la tónica de la fiesta, servía, en su condición de suerte preliminar—primer tercio de la lidia—para ofrecer un anticipo de las cualidades del lidiador, que resaltan y se embellecen más cuanto más violento es el trance; como se realza la bravura de la res, que se crece cuando, mientras más la pegan, pega, pero que ahora muchas veces se marcha distraída o desengañada de que la pegan sin dejarle a ella pegar; sin sentir en el cuerno, que es, de fijo, su parte más táctil, el contacto de la sangre caliente. La suerte respondía a una preparación técnica que el uso del peto desvirtúa y malogra a menudo.

Ni los toros se rompen ni ahorman en el incruento choque contra el peto, como lo hacían al zamarrear cruel y necesariamente los caballos; ni el jinete, por lo común, se desenvuelve en la suerte como antes lo hacía. Es decir, por lo común sí lo hace, porque por lo común no sale el toro, sino el becerro, y con el becerro sí que son posibles todas las modificaciones y hasta la supresión total de la suerte, que en muchas ocasiones bien suprimida está ya.

Son rarísimos hogaño los toros que pasan del cupo reglamentario: cuatro varas mal contadas. No muchos los que cumplen. E infinidad aquellos a quienes se da por cumplidos con un par de puyazos de refilón y un solo y buen golpe de lanza.

Como el toro se va reduciendo, y como, por otra parte, se ha desterrado el toreo eficaz y nadie se compromete a sacar partido del toro que no está, de por sí, pintiparado para pasar por bajo la muleta—por lo que lo mismo da ahormarlos o romperlos que dejarlos levantados de cabeza y crudos, que al cabo la puñalada

aleve cae desde cualquier parte que se tire el estoque—, nos encontramos con que la suerte se hace de un modo formulario. Unas veces—las más—resulta demasiado lanza para tan poco enemigo. Otras—las menos—demasiado escasa la costumbre presidencial de contar tres puyazos para enemigos de empuje. Y no hay que pensar ya en aquella antigua y briosa suerte que en su pristina concepción no era, realmente, como para ser contemplada a través de las varillas de un abanico real, y que en esas varillas encontró el antecedente de su modificación, la premisa de su conversión en “mojiganga”. De todas maneras, la reforma que nació de un gesto de repulsión de la ex reina inglesa, se hubiera impuesto ahora, como recogida del ambiente de los públicos, en quienes lejos, casi a diario, la sensación de peligro que ofrecía el toro, hasta arrancarles su grito feroz: “¡Caballos! ¡Caballos!”, y cerca, en cambio, el sentimiento de ternura que despiertan todos los animalejos en la lactancia, se ha despertado ya el odio al lancero que destroza al “menor”, y no el aplauso al piquero que quebranta a la fiera con que ha de pelear el jefe de cuadrilla. Como demostraremos al estudiar el empobrecimiento físico y temperamental de las reses, si la innovación del peto y otras disposiciones oficiales no hubiesen adulterado la suerte de varas, los públicos hubiesen consumado la obra.

Recordad, si no—y es cosa de ayer—, el rasgo de aquella señorita indignada que lanza una almohadilla a *Gallito* en Madrid la víspera de su muerte, diciéndole: “Con eso se atreverás tú”—y “eso” era un murube con veintisiete arrobas, pero blando de manos—, y comparadlo con estos rasgos de los hombres de ahora gritándole al picador, aun cuando esté agarrado al palo y clavándolo “por arriba”, que no le pegue más al pobre “peque”. Eso, cuando no chillándole al presidente para que cambie la suerte en el segundo encuentro, porque el “pobre becerro” se agota...

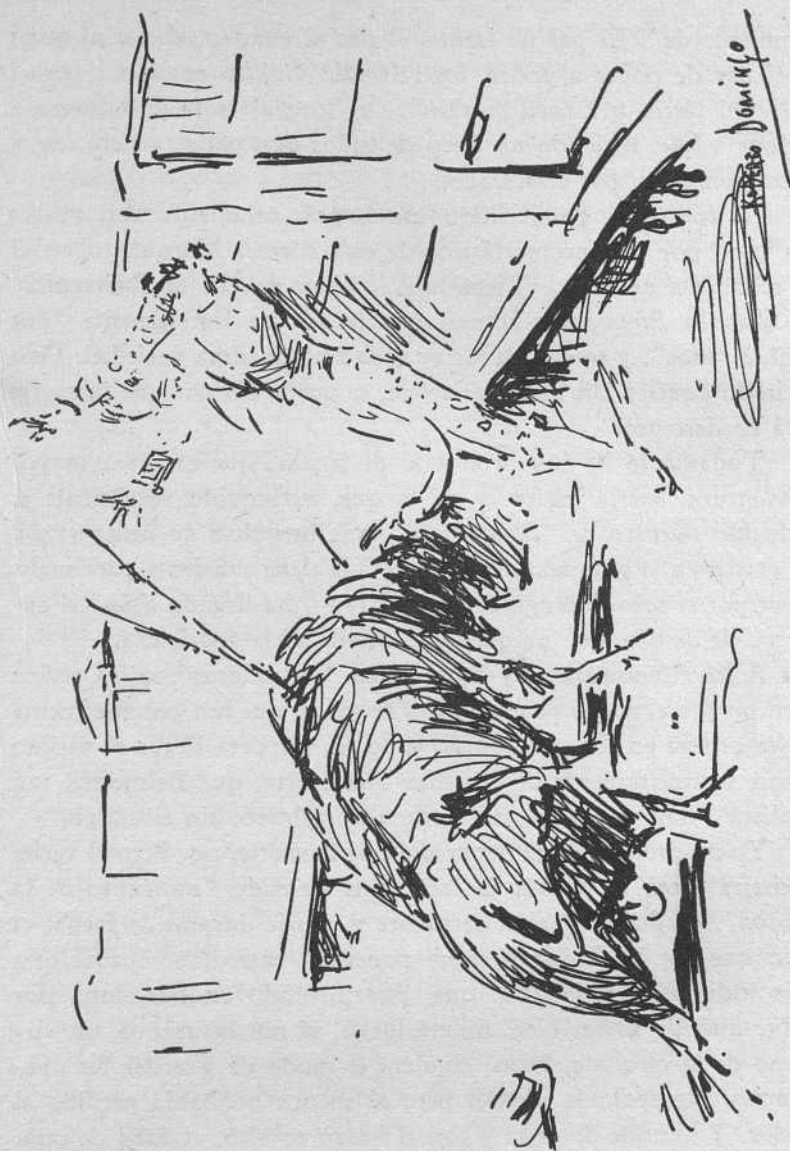
Otras dos suertes en descenso: La de banderillas y la de matar.

Sé que es accesoria, pero tiene grande abolengo taurino, la suerte de banderillas. Si supiese que no se achacaba a falta de memoria, ni hablaría de ella. No hay momento del toreo contemporáneo que deprima más mi ánimo de aficionado que ese momento estúpido en que veo a los públicos enderezarse en los asientos y “alargar la gaita” para descubrir a un torero pegado a las tablas con unos palos en la mano—de más de medio pie de largos que los antiguos—, citando a un toro a que se dé por “cambiado” en un estrecho rincón, en donde lo único que se cambian son impresiones con los toreros que desde la barrera distraen al bicho, o con el guardia de Seguridad, el caramelero y personal de callejón, que se distribuyen para detener al toro a la salida de la suerte.

Vaya aparte, y ya es apartar, que la suerte del quiebro o del cambio, que no quiero discusiones filológicas, ha sido siempre, de por sí, la más fácil del toreo, al alcance de aquellos espadas que no sabían banderillar. Ahí está vivo, y lo esté por muchos años, *Machaquito*. Pero es que nada vulnera tanto los preceptos del arte—que por algo se establecieron, buscando la mayor brillantez y la mayor eficacia, y, por ende, la mayor emoción—como la moda (1) de llevar a los sombríos terrenos de las tablas una suerte en la que el cuerpo del torero, descubierto y sin engaño, está pregonando que su fuerte es la visualidad. ¡Grandioso par de frente, bien andado, bien vestido, desterrado por... peligroso, señores!...

Y todo esto sin contar con que desde los tiempos de Joselito la suerte se ha hecho “unilateral”. Él como todos, o, mejor dicho, todos como él, sólo banderillean por el lado derecho. Además de “hemipléjica”, esta suerte, en tiempos tan variada, se ha hecho

(1) Corren los años de éxito de Sánchez Mejías con sus pares en las tablas.



Sánchez Mejías.

"monocorde". El par de frente, el par al cuarteo, el par al sesgo y el par de poder a poder, los refundió *Gallito* en uno, "por el hilo del tercio y a toro corrido", "el toro al trote y el torero a galope", que, teniendo un poco de todos esos pares, no era, específicamente, un par clasificado.

De todos los banderilleros modernos, solamente uno vuelve un poco por los fueros clásicos de esta suerte: Márquez. Con él se rehabilita un tanto. Viene luego el hijo mayor de *Bienvenida*, el Manolo *Bienvenida* actual, que la ejecuta limpiamente "por ambos lados", y que la devuelve toda su riquísima variedad. Pero retirado aquél y sin imitadores éste, se puede afirmar que la suerte está en descenso.

Todavía le ha ido peor a la de matar, que es, para mayor desventura, suerte básica, y de la que, extinguido totalmente el reducido número de "especialistas" que buscaban su única razón de existir en la grandeza del volapié—la tiene suficiente para mantener por sí solo el rango de un artista—, ha llegado a un tal extremo de desuso, que no queda ya de ella ni la apariencia.

A los "fenómenos" y hasta a los "segundones" se les olvida bien pronto el título de matadores de toros, que tan generosamente se les otorga en los programas, y no les importa llegar al último trance completamente de espaldas a la suerte, que Belmonte, tan estilista y tan muletero como ellos, no rehuyó, sin embargo.

Yo no pretendo una depuración de la suerte, no. Pero el verles "echarse fuera" y volver la cara en el llamado "momento de la verdad", después de tanto desplante y alarde durante la faena, es algo que me ha hecho siempre poner en entredicho los valores más indiscutibles. *Gallito*, que, escarmentado en Barcelona por haber querido matar bien, no era luego, ni mucho menos, un virtuoso de la estocada, buscó siquiera el modo de guardar las apariencias. No tenía la virtud, pero al menos no había perdido el pudor. Y aunque de prisa y con el brazo en alto, atacaba de cara, y muchas, muchas veces, hería derecho y "arriba". Yo no sé si

soy poco congruente, perdonando que toree poco al que mata bien y no perdonando, en cambio, que se rehuya la suerte hasta en los contados días en que se desborda el "estilismo". Pero es algo superior a mis fuerzas. Cuando después de una bonita faena veo engendrar el viaje a torcidas y rehuir con descaro el momento sublime, verdadero fin de la faena, me acuerdo, sin saber por qué, de esos magníficos cortejadores que, después de seducir el alma de la amada, se dan a la fuga la víspera de la noche de bodas...

Capotes, capotes, capotes.

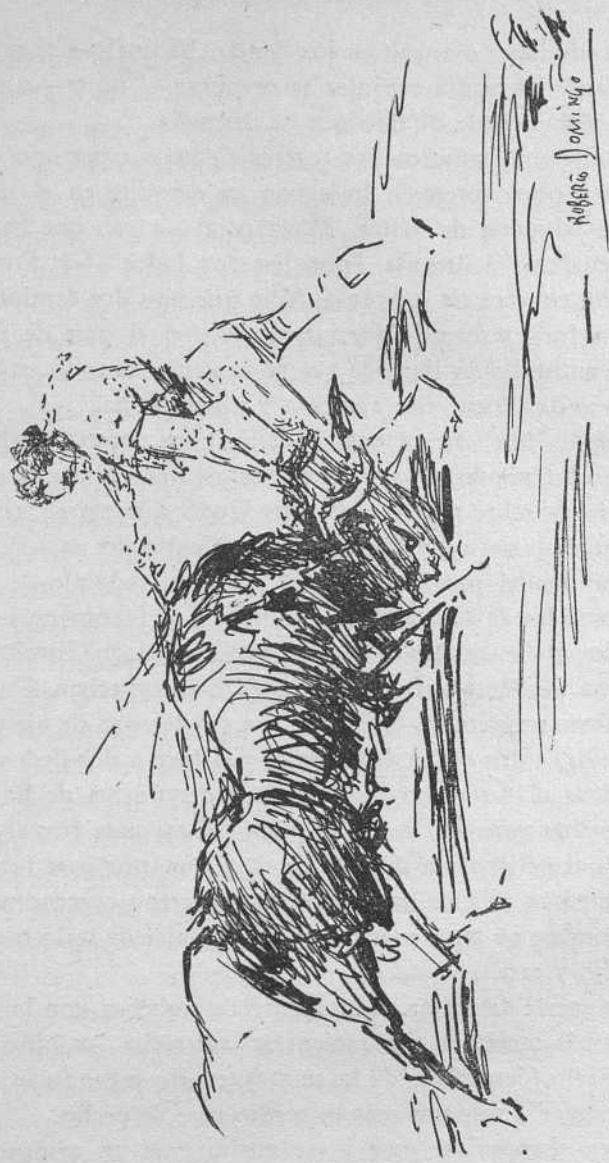
El abuso del capote en la lidia moderna ofrece dos aspectos: el de los peones y el de los maestros. Los subalternos torear de capa a una mano y a dos. A una—salvo excepciones singularísimas—, no para conducir las reses de un tercio a otro, guiándolas suavemente con la punta del capote, sino para, cortándoles—recortándoles, mejor dicho—el viaje, deszocarlas. Y a dos manos, tampoco para ofrecer la capa y tirar "por delante" o hacia arriba, al efecto de corregir vicios, enmendar la posición de los toros en una suerte o ahormarles la cabeza, sino para quitársela, para quitarles la poca cabeza que suelen tener, y romperles el cuello, la espina dorsal y los tendones. Es rara la corrida, aun aquella en que alternan los contados maestros del día que saben lidiar, en que no se cuentan por millares los capotazos del peonaje. Y en cuanto a la brega del "enterramiento"—la mareante tarea de esos dos cómplices que completan a capotazos la deficiencia de las medias estocadas—, un enorme número de toros son "enterrados vivos". En vez de rodar con las entrañas caladas, se acuestan aburridos, o se sientan para alivio de un mareo, que sirve al puntillero para terminar la obra del matador cuando ésta no iba por la mitad.

También los matadores abusan del capote. Estos de otra manera. Pues ven en él un magnífico instrumento de la lidia para,



30770 1834/1946

I.—La olvidada suerte de matar, que encontró su auge en tiempos de Frascuelo y Mazzantini.



II.—La olvidada suerte de matar cuando, en época reciente, tres o cuatro especializados (*Varehito, Fortuna, Agüero*) competían en el perfeccionamiento del «volapié».

so pretexto de hacer un quite a los demás, hacérselo a sí mismos. Con dos lances y media verónica se procuran el quite—o el desquite—de una jornada de miedo y de desmaña.

En tiempos no remotos, los toreros de poco repertorio con la muleta, los “poco toreros”, buscaban su desquite en el pase de pecho y en la suerte de matar. Mazzantini—y eso que banderilleaba al cuarteo fácilmente “por los dos lados”—y *Frascuelo* mantuvieron con eso su jerarquía. Y es que hay dos caminos que desembocan forzosamente—forzadamente—en el pase de pecho: el toreo al natural y la llamada suerte suprema, cuando estos dos caminos se andan bien: con apretura y a conciencia.

La simple “ida” de un pase natural, tiene como “vuelta” el pase de pecho. Cuando, en vez de volver, de desdoblarse la suerte, el cuerpo del hombre gira y sigue ofreciendo a la res el frente, o sea la palma de la mano, y surgen los pases naturales en serie—artística coyunda del pase natural y el pase en redondo—, a los semicírculos se les va acortando el radio. Son el fenómeno inverso a los círculos que engendra la piedra lanzada al lago. Estos se ensanchan, van de dentro afuera. Y aquéllos se estrechan. Por eso, el mejor, el más apretado, el último, ya sin terreno de ejecución, la muleta baja, a dos dedos del cuerpo, y el toro a dos dedos de la muleta, coloca al torero en la angustiosa disyuntiva de huir del peligro o pechar con él. De dar el pecho en ese pase forzado con que se vacía al peligro por delante de sí, y que, por pase forzado, acaso encontró su pila de bautismo en ese terreno comprometido, en que el hombre no tiene más remedio que dejar de serlo o dar al peligro pecho y cara...

Y en la suerte de matar, el momento de embeber, con la mano izquierda, en la muleta al toro, mientras la derecha “va hiriendo”, y el de vaciarlo (despedirlo de la suerte) en ese segundo interminable de “cruzar”, vale por más de medio pase de pecho.

Imponen siempre ese pase y ese medio pase un compromiso que los “muy toreros” no aceptan: el de perder de vista la cara del

toro por un cuarto de segundo... Si en ese cuarto de segundo el toro duda o se arrepiente de su viaje, no hay salvación, porque, perdido de vista, no cabe la enmienda. Y es cosa rara que un diestro que manda en todos los instantes de la lidia, resigne el mando en el albur ni siquiera por un cuarto de segundo. Por eso, muchas ces—siempre que no esté clarísimo—el término de las series de veces—siempre que no esté clarísimo—al término de las series de final, nacen ya zafados. La muleta, alta, vuela a taparles los ojos a los toros—porque no es capaz de tapárselos también a los espectadores—y no hay necesidad de cruzar, porque el matador corre por distinto camino que su víctima.

Pero, por lo mismo que, sin la desenvoltura de hogaño, los antiguos toreros se “aliviaban” siempre en estos trances, los “poco toreros” hallaban en ellos el desquite mejor, la única coyuntura de hacer lo que los “ases” de la muleta no hacían. De ayer, suenan aún como “estoqueadores” el pobre Malla—modelo de limpieza en el volapié—, Martín Vázquez (Curro y Manolo), Carranza el de La Algaba, Paco Madrid... De la desmaña torera se desquitaban con la espada. Valía la pena verlos perfilarse en línea recta con la frente del enemigo y, mirándole a lo alto, enderezar hacia allí la punta del estoque. Iniciar luego su viaje, tan corto, pero tan largo, sin torcer el perfil del cuerpo ni de la espalda, mientras la muleta se le ofrece abajo al toro, en los mismos hocicos. Y en seguida el dramático trance de la reunión de la fiera y el hombre, en que, mientras el lidiador hiende lentamente la espada al bruto, éste busca con furor al adversario. Hasta que la angustia se trueca en entusiasmo, al ver salir al hombre triunfante del encuentro, rozando los costillares de la res, como para dar la sensación de la justeza con que salvó el peligro del asta, que pasó, rozándole, por el ángulo providencial del sobaco...

Hoy, no. Hasta los segundones—mozos a veces de estatura pintiparada, de tipo de “matador de toros”—, que ven malograrse en la muleta toretes recortados y boyantes, tiran la espada y cuar-

tean, cuando no corren a la desesperada, atentos al adagio de "más vale que digan aquí huyó, que aquí murió".

El desquite lo buscan con el capote.

—¿Qué tal?—se les pregunta.

—Poca suerte—dicen—. ¡Pero he hecho un quite!...

Cualquiera diría oyéndoles—a ellos y a los públicos—que el toreo de capa, del que tantas modalidades se han borrado, y entre ellas el cambio de rodillas a lo *Bombita*, es decir, a "lo verdad"; que el capote, es la piedra angular del toreo...

Y es lo de menos en el arte. Mirando a los valores artísticos del cante jondo—escribía yo recientemente—, en el toreo se puede decir que el capote es el fandanguillo; la muleta, la soleá, y la espada, la seguriya. Es decir, lo que canta todo el mundo, lo que no canta casi nadie, y lo que nadie canta ya...

En aquellas borracheras de toreo a que asistíamos ha muy poco, cuando salía por los chiqueros una "perita en dulce"—los suavísimos guadalets (hoy de Manolo Camacho), los manejables de Carvajal, hoy villamartas—, el toreo de capa, con ser excelente, cual en aquel histórico tercio de quites de Gaona, *Gallito* y Belmonte al conchaisierra, no se consideraba más que como un *vermouth*. Los vinos de solera y el *champagne* venían luego.

En los banquetes de toro bravo y boyante, el toreo de capa venía a ser como un *entremés*: poco más que las aceitunas, mejor o peor aliñadas...

Ahora, después de una de esas corridas ideales, bravas y sin fuerza, con toros apañados de cuerna y de cuerpo a medio llenar, que ni encargados para oír soleares y seguriyas a racimos, para emborracharse de *champagne* y para atracarse de platos sustanciosos, hemos de resignarnos a llenar la tripa—tripa exhausta por tanta dieta de toreo—con *vermouth*, aceitunas y fandanguillos.

Porque ya no es aquello de esperar al toro de carril, sino que de entre varios "carrileros" se elige el más inofensivo. Y para torear solamente con el capote. Y con el capote siempre con el mis-

mo son. Va el primer espada, y primero verónicas, luego verónicas y después media verónica. Entra al quite el segundo, y primero verónicas, luego verónicas y después media verónica. Turna el tercero, y verónicas y medias verónicas. *Vermouth* y aceitunas, y aceitunas y *vermouth*.

Como no alterne alguno de los tres o cuatro muleteros en ejercicio, aunque la corrida resulte manejable, salimos de la plaza con hambre de toreo y ahitos de *entremés*. En el equipaje moderno no se echan más que capotes. Hamlet lo diría. ¡Capotes, capotes, capotes! Se revuelve la maletería, y se halla encima el capote de lujo, pero la muleta... de trapillo.

La vida de los toreros.—Reforma de su uniforme de plaza y supresión de su uniforme de calle.

Con las "averías" sufridas en suertes de tanto carácter cuales la de varas y la de matar, se inicia la mixtificación del arte. Veremos luego cómo la elaboración del torete "artificial" consuma la deplorable metamorfosis de una fiesta antaño trágica y hoy casi cómica ya...

Pero, entre tanto, aunque no sea más que por lo que puedan ofrecer de amenidad, vamos a subrayar algunos detalles externos, reveladores del cambio de ambiente y de sentido de la fiesta; cambio tan profundo y extraordinario, que se concreta en esta observación fidelísima: antes se decía: "Fulanito torea muy bien. ¡Ah, pero es muy cobarde!" Ahora se dice: "Fulanito es muy cobarde. ¡Ah, pero torea muy bien!"... Juego de conceptos que da idea de lo que en la estimación de los públicos se ha desvalorizado el valor.

No se puede negar que la vida confortable de estos tiempos—el automóvil, los grandes hoteles, el *cabaret*—han modificado la naturaleza del torero. Física y moralmente. Los placeres de la vida

moderna, que hoy paladean apenas nacen a la profesión, intensifican, seguramente, el instinto conservador, el apego a este mundo y al mundillo sugestivo de las relaciones..., que se enfrían mucho con un mes de médicos y de cama. Por otra parte, la ciudad, ahora más muelle que nunca, está siempre al alcance de la mano, y frente a ella resultan cada día menos hospitalarios y más indeseables los antiguos centros de operaciones: las plazas de tentar y el campo. A ello, quizá, se debe que haya desaparecido el tipo del profesional, que llevaba la fiesta al dedillo—cuyo último ejemplar se fué con *Gallito*—, y que apenas se dé tampoco el tipo del torero valiente, que, sin ser mi ideal, aunque yo tengo en la fiesta siempre mi preferencia para el valor, que es su principio básico, encontró su último y genuino representante de estas generaciones en el malaventurado *Litri*.

Han mermado el valor, y la afición y la llamada vergüenza torera. No se espere ya que los toreros se recluyan púdicamente en la fonda o en la intimidad de los escasos amigos que les acompañan en los días de desgracia. Ahora, en la misma noche del día de una corrida aciaga y a riesgo de encontrarse vivo aún por la calle uno de los toros que le tocaron, el torero, impertérito, después de su fracaso, se muestra en público en los lugares de esparcimiento y diversión. No lo critico yo desde el punto de vista de carácter, que ello a la cuenta implica buen humor, ni en orden a la filosofía, pues que se ajusta a la de la vieja conseja: "Los dueños, con pan son menos". Pero esta pérdida de la que pudiera llamarse vergüenza torera "de calle" ha completado la pérdida de la vergüenza torera "de plaza", que desapareció desde que a principios de siglo, con el arte churrigueresco de Rafael *el Gallo*, se entronizó el miedo en la llamada fiesta del valor, y so capa de gracia pajolera, de salsa gitana y de no sé qué otras zarandajas, que ya hacían presagiar el triste fin de la vida artística de este pobre juglar taurino, las cobardes "espantás" se consintieron y hasta se celebraron. ¿En dónde estaba lo artístico de las huídas

de aquella figurilla desmedrada, que vestida de negro y con las medias blancas—como el semblante, cubierto de los livores del pánico—, abandonaba la espada para la mayor desenvoltura de las piernas en su pirueta salvadora? Pues de aquellas huídas, que tenían al cabo el encanto cómicotrágico de su naturalidad, han nacido estas otras huídas, unas veces sin disimulo, como aquéllas, y las más, solapadas, encubiertas en la mecánica de la lidia rati-maguera, en la llamada “facilidad”, que no lo es, no, para torear, sino para despachar los toros sin torearlos.

No hay ya rivalidad, ni estímulo, ni amor propio. El torero que llega a ocupar un primer puesto no tiene más que una ilusión: la suma de honorarios en razón de la suma de fechas comprometidas. Y un solo norte: el almanaque. “¡Aun me quedan tantas!”, se dice para consolarse del descalabro casi cotidiano. Y solamente escucha una voz, la del corifeo, que le adula: “¡Bah, en cuanto te salga el tuyo, el amo, tú!” Y no admite más que una prueba: la del fotógrafo, que, buen buzo en el mar proceloso, capturó el único pase de muleta o el único lance de la tarde... Recuerdo que a raíz de una novillada en que le encerraron los dos toros en Madrid al novillero *Paquiro*, apareció en la cubierta de un semanario con una media verónica de esa misma tarde que no la hubiera dado su glorioso antecesor en el apodo...

¡Ah, pequeños síntomas delatores de los grandes males!... En el uniforme de plaza, en ese traje que “se enciende de luces inmortales”, los sastres modernos han suprimido los “golpes”. Liso el chaleco y rapada la chupa, se le han podado al vestuario una porción de adornos; un puñado de receptores de la luz inmortal. Si se han suprimido muchos golpes de la suerte de varas y de la última suerte, ¿qué hacían ya—¡ironía de los sastres!— tantos “golpes” en el uniforme de plaza?...

Pero más resonante, de más honda repercusión aún en la entrada de la fiesta, la supresión total del uniforme de calle. Con el título de “las tres novedades de la actualidad” circuló no hace mucho

entre las gentes de toros una postal, conteniendo la vera efigie de un apoderado, un matador de alternativa y un novillero. La conservo y alguna vez la contemplo. Por la traza, embutidos en sus gabardinas y echado a la frente el fieltro, parecen tres viajeros de comercio. O tres alumnos de una Facultad. Cosa nimia, al parecer; pero cosa grave. Porque con la pérdida del vestuario típico ha coincidido la pérdida del orgullo profesional. Como ha dicho Pérez de Ayala, el uniforme tiene alguna virtud. Un militar y un sacerdote no se comportan en público con el mismo desembarazo cuando les obliga su ropa que cuando se confunden con el anónimo paisano. Después del desastre de Annual se veían por las calles menos militares que después de la toma de Alhucemas. Del mismo modo, como los toreros ya no van diciendo con su indumentaria que lo son—lejos el sombrero ancho y la camisa de cuatro botones de Joselito—, encubiertos por el fieltro corriente de “esas tres novedades de la actualidad”, se echan tranquilamente a la calle mientras dicen: “¡Bah, cualquiera adivina ahora que yo soy el que huía tanto ayer...!”.

De concesión en concesión, se ha ido formando un ambiente tan poco en consonancia con el que debe rodear a una fiesta que se tuvo siempre por terrible y magnífica, que nadie sabría ya decir por dónde ésta resulta más pobre o más ridícula, si por dentro o por fuera; si en la plaza o en la calle. Recientemente, en un cartel de corrida en que los espadas eran empresarios se anunciaron con la misma frase que vimos anunciarse, durante el efímero reinado del género de varietés, las parejas de baile: “Fulano y Fulano”, decía el cartel. Y añadía: “La pareja de moda”. No sé por qué, al leerlo, se me vino a las mientes uno de los últimos *affiches* de aquella famosa Emilia Benito, en los que se la llamaba “la valiente cancionista”, sin duda por el esfuerzo extraordinario a que sometía su vozarrón de timbre masculino.

Recordad también, por ejemplo, la angustiosa sobriedad del espada que salía a matar un toro, brindándolo, como decía Ale-

jandro Dumas, "debajo de su amante, mientras palpitaba de angustia el corazón de los hombres y las mujeres ocultaban el rostro entre las manos", y comparadlo con este brindis de la época actual, oído a uno de los primeros, si no el primer diestro de nuestros días: "Brindo por esa simpática pandilla; por ese conjunto policrómico, que, por su alegría, representa la fisonomía de la ciudad". A lo que unas señoritas que, pensando, por anticipado, en el conjunto policrómico de los pinchazos, permanecían tranquilas y sin el menor deseo de taparse la cara con las manos, replicaron, encarándose con el matador: "¡Anda, rico, dínoslo a nosotras otra vez!"...

La crítica y el público.

Pues que los ganaderos y sus toros han de ser objeto de capítulo aparte, cerramos el presente tratando de otros factores más o menos directamente culpables del rumbo, cuesta abajo, de la fiesta: la crítica y los públicos.

Nadie ignora que en estos últimos años se aumentó considerablemente el número de periódicos, y que, por virtud de la competencia, se han mejorado mucho los que ya existían, a punto que no hay ya en ellos una sola sección que no tenga su especialista o su redactor titular. Quiere decirse que es ya muy crecido el número de críticos en relación con el muy menguado de los tres o cuatro que hasta el principio de este siglo monopolizaban esta labor; y que, siendo muchos, no ha de esperarse de todos lo que no pudo conseguir Cristo de doce amigos elegidos.

Se nos ha atacado, sin embargo, con tal furia, que en algunos momentos llegué a temer que se nos pidiesen cuentas de la pérdida de las colonias. Hace dos o tres años, hasta se nos hizo protagonistas, o poco menos, de una obreja de teatro. En principio, la sátira se enderezaba contra los políticos y contra los críticos teatrales. La fiebre atacadora de los autores remitió en seguida y las armas bajaron el alza y aun el punto de mira, enfilandó no

más que el pequeño blanco de los críticos de toros. Lo chusco fué que de los dos cómplices de *El Clamor* (1), el gracioso, se pasó todo el año desagráviando críticos y mendigando abrazos de conciliación, sin abrocharse la americana, y en cuanto al otro, al ultratriste o triste de vanguardia, ¿qué diablos le podrá importar a él de una fiesta que seguramente aborrece, con todo su rencor sentimental de intelectual encasillado?...

Pero despiertan tanta pasión todas las cosas de este mundillo del toreo, en el que, sin embargo, no es oro todo lo que reluce, que solivianta bastante más que se corrompa el juicio crítico de una estocada o de un pase que no el jugar a la pelota con las ideas trascendentales de la vida; de modo que un filósofo, aunque pequeño, pueda saltar, impunemente y hasta con aplauso, desde las páginas revolucionarias de *Charivari* hasta el seno de una taifa política, cual la ciervista, considerada como la más zafia y contrahecha de las que sostenían nuestro viejo régimen, y viceversa. El hombre que vendió su alma a Cierva, ¿cuántas estocadas no hubiese enderezado por una Subsecretaría de Instrucción pública?

Bien. Volvamos al tema; a nuestra participación en el desastre taurino. ¿Se dice o no se dice verdad en las críticas de toros? A veces, no. La conveniencia, o la venalidad, si queréis, y también la amistad bien sentida y los mil compromisos que plantea la vida de relación y que no se pagan con todo el dinero del mundo, se interponen, en ocasiones, en el camino de la verdad. Pero sea por obra de estas campañas, sea por lo que quiera, cuando nos decidimos a disimular los fracasos, lo hacemos con tal serie de apartes, reservas y pesiamis; mentimos, en fin, con un miedo tan semejante al de los toreros, que el lector menos lince adivina entre líneas la terrible verdad.

—No veía, no veía—decía un crítico, refiriéndose a un toro que, invicto por su matador, volvió al corral.

(1) Bufonada con pretensiones de sátira, de Muñoz Seca y Azorín, estrenada en la Comedia.

Y el lector pensaba: "Sí; no veía, no veía... la hora de morir...".

No es, pues, por este lado por el que los críticos contribuimos a la desorientación del festejo. Ni lo es tampoco nuestra ineptitud desde el punto de vista literario. Es un tópico en boga lamentar, por insustituída, la desaparición de los críticos del siglo pasado. Y es verdad que yo, que vivo al lado del archivo de las mejores crónicas de *Sobaquillo* y *Don Modesto*, cuando escribo las mías lo hago vuelto de espaldas a la colección de *El Liberal*, y no por desdén, sino por rubor. Pero eso no quiere decir que no contemos con críticos que pudieran mirarnos cara a cara, considerado, como es natural, a cada autor en su época.

Nuestra falta más grave, en orden a la fiesta, es la falta de unidad de criterio, hija del escaso conocimiento técnico para cualificar las suertes y conocer los toros. Luego, la desigualdad de las armas, según la importancia de la tribuna. Pueden a lo mejor el capricho o la ignorancia triunfar fácilmente de lo atinado. Y otra falta peor: el miedo a los públicos, la adaptación de la vieja sentencia: "Vale más equivocarse con el público que acertar contra él".

Desde que el descanso dominical abrió las puertas de los cosos no a un público ignorante, que el ignorante puede aprender, sino al pretencioso público de una fiesta, de la que se ha dicho, con ingenio, pero sin verdad, "que nadie entiende mucho y que todos entendemos un poquito", comenzó este estado de confusiónismo, que la crítica ha aumentado por su falta de valor para atajar la corriente.

Así, se ha consagrado "pase cumbre" o "lance cumbre" el pase con los pies juntos, negación del arte de torear, porque el torero no concibe la suerte mandando en el viaje del toro, sino que, calculando cuál va a ser el viaje, se supedita y ajusta a él, con lo que, si acaso va alguien toreando en la suerte, es el torero. Así, vemos que antes de dar el segundo puyazo a lo que luego llamamos en nuestros juicios "un toro bravo", el público se levanta a pedir

que cambien la suerte, que no le hagan daño al pobrecito, que se va a acabar. Y como nosotros no tenemos el valor de repetir incansablemente que el picador mate el becerro con el palo y que echen un toro de verdad, porque los honorarios que hoy permiten a un hombre hacerse rico en tres años, sin pasar por ninguna disciplina, exigen algún riesgo, y porque lo que cobran los criadores permite con creces criar bien, nos sumamos al temido "monstruo" y cantamos después, yo creo que por contagio más que por la propia e íntima convicción.

¡Nuestro señor el público! ¡El "respetable" público! Y aquí no preguntéis, como Larra, que ¿en dónde está? Os dirán que en la taquilla. Que es el "amo". Que para eso paga... ¡Y yo, que desde mi niñez me he resistido siempre a seguir la corriente de las muchedumbres! Figuraos si en Madrid, en donde, por la afabilidad de las gentes todo el mundo se conoce y se trata casi como en un pueblo, si tendré yo en los tendidos y en las gradas personas a quienes quiero y admiro. Pues bien; por más esfuerzos que hago, cuando veo la muchedumbre, cuando ya no hay personas, sino masa colectiva, público, no sólo no siento temor, pero—y esto me duele—ni respeto. Es algo innato en mí, como una tara orgánica. De chico, hijo de familia muy religiosa, recuerdo que ante una caricatura de *Gedeón* pudo en mí más que el respeto de chico religioso la sátira contra la muchedumbre, y reí, viendo que unas gentes preguntaban a un hombre que salía corriendo desahogado por una bocacalle:

—¿Qué? ¿Se ha escapado algún novillo?

A lo que él contestaba:

—¡Quíá; mucho peor: una procesión!...

Comprendo que en el fondo es cierto lo de que las muchedumbres tienen alma de niño. Pero pregunto—yo, que tengo niños y que los quiero apasionadamente—: ¿acaso hay nada más egoísta ni más arbitrario que un niño?

"Proteste usted—me escriben todos los años—contra estos

abusos de la Empresa, que ha achicado las localidades; que ha subido los precios." Y luego firman: Fulano, abonado de tantos años a tal fila; Mengano, a tal otra". Y todos los años protestan. Y todos los años siguen abonados. Y siguen pagando. Y quieren que proteste yo, que no pago la entrada, porque me la da el periódico; aunque pague a veces, por compromiso, alguna para los pedigüeños que luego gritan a los toreros y a los críticos.

¡Oh, yo os lo juro! Tampoco los públicos ayudan nada a la fiesta. Cuando a raíz de esas tardes de gritos injustos, como aquellos contra los que estimábamos que el ser de Ronda y llamarse Cayetano no bastaba, porque el toreo se lleva en la muleta y no en la partida de bautismo; o después de esas otras jornadas en que "el muy señor nuestro" distrae su tedio puerilmente echando a volar un sombrero de paja, termino mi crónica y me recluyo en casa, o pienso en mi profesión con la amargura de encontrarme ya en la edad en que no cabe emprender nuevos rumbos, o leo, por vía de consuelo, el *Quijote*, abriéndolo por la página en que el sublime cuerdo ataca a los rebaños...



Guerrita, la ciencia, al lado de su rival, Reverte, o la inconsciencia.

VI

DE LOS TOROS

Los estragos del «torete artificial» en la fiesta
de toros.

Se dice que toda la vida fué asunto temático de críticos y aficionados la cantidad de toro; que, desde que existe el toreo como espectáculo, ha sido constante la lamentación y constante el achaque de si los toros iban jugándose o no cada vez más chicos. Desde *el Guerra*—primero a quien se acusa de controlar las vacadas y de “recortar” la cabeza de las reses—hasta *Gallito* y Belmonte, que al lado de sus apoderados Manuel Pineda y Juan Manuel Rodríguez, erigen en los cargos de “inspectores de sus corridas” a Juan Soto y Domingo Ruíz, se oyen y se leen airadas y frecuentes quejas contra el ganado. Pero eso no quiere decir sino una cosa: que siendo en la cantidad de enemigo, en su presencia tanto como en su sangre, en lo que está el toque de este llamado peligroso arte de torear, ha sido a su alrededor en donde han tenido que nacer las dudas, las desconfianzas y las querellas. La cantidad de toro en la fiesta es algo tan manejable como el doble fondo del presdigitador. Una vez escamoteada, queda escamoteada toda la fiesta.

Gallito y Belmonte, no obstante su cacicazgo y su tutela sobre algunas vacadas, guardaban extraordinarios respetos a las plazas de primera categoría. ¿Quién no recuerda, de los de ese tiempo, el gesto de *Gallito*, echando atrás la corrida que la Empresa de Madrid le había “preparado” para su *debut*, y yéndose a elegir “personalmente” otra de mayor tamaño a los prados del Sr. García de la Lama?...

—¡Como era la primera!—parece que le dijo la Empresa por vía de disculpa.

Y que él replicó:

—¡Estamos en Madrid!...

En la época de su mando, *Gallito* y Belmonte matan ya bece-

rradas en los cosos de tercer orden, por las ferias lugareñas. Sientan el funesto precedente—que luego ha de extenderse como la mancha de aceite—de incorporar la res de tres años a las corridas de toros. Matan ya buen número de utreros. Pero, en compensación, en las plazas de primera se encierran con toros que, por el nuevo régimen de piensos—habas, garbanzos y algarrobas—, superan en pujanza a los que antiguamente sólo se alimentaban con hierba (1). Tampoco le ponen reparos a la casta. Muestran su preferencia por la que viene de Vistahermosa a nutrir la de Ibarra. Los hoy tan temidos Santacolomas y Parladés son su bocado predilecto; pero no rehuyen aquellas otras corridas, de más alzada, que la taquilla exige en las combinaciones de las ferias importantes. Y tolean todos los años diez o doce corridas de Pablo Romero y diez o doce de Miura—a cuya divisa a comienzos de este siglo habían puesto el veto *Bombita* y *Machaquito*.

Después—años del 24 al 27—, los toretes de las ferias de tercer orden hacen su “penetración pacífica” en las de segunda y hasta asoman su hociquito a ciertas de primera. Y del 27 al 31 se apoderan de la fiesta: sitian Bilbao—plaza considerada inexpugnable, en la que mantenía sus fueros el toro “hecho”—, y rinden Madrid. Por otra parte, el trasiego de sangres—cruzas y más cruzas—y la selección a la inversa en los tentaderos, al grito de ¡fuera el nervio!, que implica el de ¡abajo la casta!, y ¡fuera la bravura!, redondean la elaboración del “torete artificial”: de este raro producto de la alquimia ganaderil, que, en pleno desacuerdo con la Zoología, del primer atributo que priva al toro—redu-

(1) Esta aseveración no encierra un valor absoluto. Antigüamente se “beneficiaba” a los toros alguna vez. Y el teniente de la Maestranza de Sevilla decía en 1798, según el archivo exhumado por el marqués de Tablantes: “El prior de Santo Domingo me asegura proporcionar y tener *beneficiados* para mayo veinte toros de a cinco años cumplidos. También en la Cartuja hay de seis años.” Asimismo, mucho más recientemente, *Bombita* y *Machaquito* han estoqueado los toros de más cabeza y de más poder de este siglo. Pero el valor relativo—y, sin embargo, grandioso—de *Gallito* y Belmonte es haberse desenvuelto con el “toro hecho” en terrenos que nadie hasta ellos pisó.

ciéndolo en ocasiones a extremos infinitesimales—es de su atributo más característico: de los cuernos.

La absurda moda gana tanto terreno en todas las regiones—bien que principalmente en el campo salmantino por nacer en él—, que así como quedó el refrán “de casta le viene al galgo el ser rabilargo”, acaso quede para las generaciones futuras este otro: “de la media casta le viene al toro el ser cornimocho”.

De todo esto emana la descomposición actual, a la que vamos a dedicar algunos trabajos. Esto trae este caos, en el que casi todo el mundo es torero y casi nadie lo es. Y son buenos todos los toretes y no lo es ninguno. Y lo mismo está el cetro del toreo a merced de un caballero rejoneador—Cañero ha mandado tres años en la fiesta desde lo alto de su caballo—, que de un torero bufo—Llapisera ganó el año 1930 más dinero que nadie—, que de las bandas de música o que, en último término, del triunvirato Barrera-Bienvenida-Ortega, que son, a la hora de cerrar este libro, de los únicos que por su rango y afición podía esperarse un reajuste, un encauzamiento de la fiesta.

Para ello tendrían que volver por el imperio del toro. Y del toro de casta. Y proclamar, con nosotros, que no se puede creer más que como obra de la superchería negociante ese mito, mitad ridículo, mitad inmoral, de que siempre hayan sido los toros pequeños, ni de que para torear a la alta escuela y en el terreno moderno sea necesario el becerro. Para el toreo actual sirve y es necesario el toro de respeto, porque sin toro no hay toreo. Lo que se querrá decir es que para los toreros actuales solamente es aprovechable el becerro; que no es lo mismo, precisamente.

Si los citados diestros lo harán o no, a su afición, a su conciencia del arte a que deben nombre y fortuna, y a su responsabilidad queda. Al alcance de nuestra mano se ofrece un único recurso: insistir en la puesta al desnudo de estas confabulaciones de ganaderos y diestros, que empiezan en las fiestas camperas del invierno—alboroque anticipado de las ventas para la tempora-

da—y terminan con las trampas en la báscula del desolladero; de estas confabulaciones que, en pocos años, han puesto a los criadores, “polisárcicos” como Ossorio y Gallardo, mientras las vacas y la tropa menuda se ven, muchos días del invierno, sometidas a la misma disciplina estomacal a que vivían sujetos los caballos de Carlos II.

Los señores ganaderos y los ganaderos señores.

En cosa de pocos años la cría de reses bravas, que era algo de capricho caro, de afición de lujo, semejante al de las cuadras de carreras, se hizo económicamente tolerable para el criador.

En otros pocos años—los de la guerra europea—, la ganadería de toros vino a ser ya un buen negocio, como otros muchos negocios del campo; con sus quiebras, pero negocio. Es la época en que los ganaderos de Salamanca, que son terratenientes considerables y, por tanto, agricultores importantes, se parten para Andalucía, con la bolsa repleta, a comprarles sementales y vacas de desecho a dos aristócratas, a quienes, por ser de los que no ven su hacienda—cuando el refrán dice: “hacienda, tu amo te vea”—, les van bastante peor sus asuntos camperos y no se aprovechan del alza de la agricultura. Esos aristócratas son el marqués del Saltillo y el conde de Santa Coloma. Aquél, sin perjuicio de vender algo más que sus desechos de tienta, vive con un tal descuido y una falta de afición tal, que se tiene por cosa cierta que un vaquero—combinado con un ganadero de mala vacada—, les cambiaba la cría a las madres, a poco de parir, y que en más de una ocasión, toros mansos del cerrado vecino saltaban la cerca y cubrían vacas herradas del marqués. Pero, sobre todo, Santacoloma, con el nombre de becerros sementales y de vacas de desecho, enajena, durante la postguerra, camadas enteras.

Los salmantinos se las llevan a su región, y las reparten allí entre amigos y deudos. Y en obra de menos de un lustro se arma

en aquel y en otros varios campos un lío de sangres, medias sangres y cuarterones de sangres, y un amasijo de apellidos y procedencias, que, como se verá en el apartado correspondiente a "las castas", no hay ya torete castellano que sepa de qué árbol genealógico colgarse.

Paralelamente a la "democratización" de la sangre de las reses, como un agricultor tiene siempre más de industrial que de deportivo, más de negociante que de señor, los criadores de Salamanca construyen en seguida un tipo de torete—de torete sin tipo—y lo lanzan al mercado taurino. La catequesis de críticos, empresarios y, principalmente de toreros, contribuye también poderosamente a la colocación de la mercancía. Castilla se ensancha debajo de los caballos del tratante salmantino más que bajo los cascos del caballo del romance. Bien que, romance por romance—como diría Federico Alcázar—, el cuento romanceado de los ganaderos no va resultando menor en mentida fantasía. En un instante, la mutación es tal, que mientras Salamanca vende hasta "el último pitón", desaparece de Sevilla la vacada de Parladé—la más pura sangre de estos tiempos—, y a Santacoloma le sobran los toros a docenas. Y mientras cualquier currinche de Salamanca reúne a los primates del toreo en torno a su llar, y viste de corto y acosa con ellos a caballo, más en aire de francachela que de tienta, los hijos de D. Eduardo Miura se calan un *jipi* y cazan codornices...

¡Los hijos de Miura!... Jamás he sido partidario de sus reses. Me han parecido siempre mansas las reses de Miura—mansas, salvo la que ha salido a confirmar el adagio de que una golondrina no hace verano—. Sea porque los toreros desconfían del toro que sale bueno o porque temen excesivamente al malo, jamás resulta entretenida una corrida de Miura. Y cuando yo he visto llenarse una y otra vez la plaza al conjuro de la ex trágica divisa, paseando la vista por los miles y miles de espectadores, he pensado: "¡Dios mío de mi vida, qué tontos son!..."

El aliciente de los toros de Miura en un cartel ha sido su leyenda negra. ¡La muerte de *Pepete*, de *Espartero*, de Posada, de tantos otros, caídos entre sus astas!...

—Muchacho—le aconsejaba a un vaquero, en los corrales, el antiguo empresario de Cádiz D. Pedro Manjón—: cuando le acerque el municipal el farolillo al toro 87, “pégale un *tempujón ar munisipá...*”.

—¿*Pa* qué, don Pedro?

—*Pa* que lo mate *er* toro...

—Pero ¿*pa* qué?

—*Pa* que mañana venga *too Cai* a la corrida, a ver *ar* toro que ha *matao ar munisipá...*

Eso es, y nada más, el toro de Miura; el toro que ha matado al municipal. Y desde que los “municipales” ponen exquisito cuidado en evitar el *empujón...*

Sin embargo, en previsión de que el ambiente gane también a los pocos ganaderos señores que por “allá abajo” quedan y los trueque en señores ganaderos al estilo de los que por aquí arriba sobran, me apresuro a descubrirme con respeto delante de los poseedores de la divisa miureña, tras los cuales se dibuja la silueta señorial de sus últimos ascendientes, criadores de una vacada poco selecta; pero a los que ni alcanzan las salpicaduras de los cambalaches y chalaneos al uso, ni de los que todavía puede decirse que, parafraseando el timito chulesco de “verse el plumero”, se les vean, como a muchos de sus congéneres de la meseta, las tijeras de esquila... Dan los Miura rara vez el toro de buena sangre; rara vez apartan una corrida que, pareja de tipo y de pelo, acredite el buen gusto de un seleccionador de razas; pero presentan las corridas honradamente, haciendo honor a su firma en el contrato y a lo que, con arreglo a sus precios de venta, debe exigirles el público. Cuando solamente tenían cotización en el mercado los Saltillos, los Murubes, los Parladés, los Santacolomas, sus hijastros los Albaserra-

das, o sus buenos parientes ibarreños de Martínez, de Colmenar, ¡ah!, entonces valía la pena de ser detractor del Miura, zancudo y destartalado, y avisado y reservón.

Hoy, no. Hoy es de los toros de allá abajo, y quizá con Miura a la cabeza—también crían bien Murube, Saltillo y Pablo Romero—, de los únicos que puede esperarse una pelea completa de toro bravo.

Los “fabricantes” de Salamanca ni crían el toro bravo y duro ni sus amigos y huéspedes los toreros se los torearían. Prefieren este otro animalejo que, elaborado *ad hoc* por los señores ganaderos, en vez de “crecer” en la pelea, va arrepintiéndose de su condición y llega a última hora tocado de la suave melancolía del asno.

Para asegurar el monopolio de sus abusos, los ganaderos de toda España tienen montados dos Ku-Klux-Klan. Uno en la zona Sur. Otro en la Norte. Si vieseis, aunque no es fácil—porque, como verdaderos Ku-Klux-Klan, deliberan siempre muy a secretas—, el espectáculo de una de sus Juntas, acaso os ocurriese lo que a un criador de nuevo ingreso, que, oyendo a un señor que intervenía en todas las discusiones, preguntó:

—¿Qué ganadería tiene ése?

Y le contestaron:

—Ninguna. Es el abogado.

Alimentan sus toros con el Código. Y así les luce el pelo...

La actitud de los ganaderos contra la fiesta, de la que tan pingües ganancias obtienen, es tan dolorosa y censurable cuanto que si ellos quisieran, frente a todas las combinaciones y concupiscencias, podrían higienizar el ambiente y encauzar la afición. Si críasen el toro, ni los diestros, ni la crítica, ni los públicos, supondrían nada.

Con el toro decorosamente criado, todo el actual castillo de naipes del toreo se derrumbaría. No el toreo: el castillo. ¡Ah, no! Con el toro en puerta no podrían nacer los “fenómenos” a docenas. Ni se tomarían las alternativas con la misma despreocupación

con que se toma un *whisky* o un *vermouth* (1). Ni nos saldrían los hijos toreros con la misma facilidad y con menos preocupaciones que aviadores. Ni todos los ganaderos serían de primera fila. Ni se aumentarían todos los años las aranzadas de tierra, a la vez que el número de caballos para las francachelas del campo. Ni se podría decir en todas las revistas que el primer recién llegado es un discípulo, cuando no un maestro de Belmonte. Ni que todos los pases son archimonumentales y todos los presidentes inteligentísimos y todos los públicos encantadores... Sin remontarnos a elegir "modelos" en la época del Mammoth, repetimos que bastaría la cantidad de toro que Joselito y Belmonte lidiaban en las plazas de primera y en las corridas de responsabilidad. El toro es, con sus cuernos y con su sangre, el más atinado y "elocuente" clasificador. Al que no es torero, no le deja creerse que lo es. Al que no es ganadero, no le consiente presumir de tal. Por encima de todas las iniciativas modernistas—el peto, la reforma de la puya, la salida tardía de los picadores—están las necesidades técnicas que nacen del respeto de un toro bravo; de la conveniencia de quebrantarle (con "el toro", no hay bromas). Y hasta a los críticos nos pone en grande apuro cuando queremos ayudar lo inayudable, sirviendo de freno a nuestra pasión y a nuestra conveniencia.

Para encauzar este gran río del toreo—con rumores de arroyo—, salido de madre, no tendrían los señores ganaderos sino reconquistar su denominación antigua: ganaderos señores.

Pero eso cuesta desvelos, desazones... y dinero.

(1) Once años de torero llevaba *Guerrita*, y decía: "En mi sitio me estoy hasta que *Lagartijo* disponga." Y cuando éste lo dispuso, en 1887, tomó la alternativa.

El peso de los toros y el peso de los toreros.

Para un aficionado de verdad, y en un ambiente de buena fe, la primera, por no decir que la única condición, a exigir en el toro de lidia debiera ser la casta; la pureza de sangre. Para un aficionado de los tiempos que corremos hay, no obstante, otra condición, que, debiendo ser secundaria, se convierte en primordial: el peso. ¿Por qué? Porque el toro de casta, ello mismo lo dice, antes que nada ha de ser toro, y la casta se aquilata después. Primero el sustantivo, y el adjetivo luego. ¿De qué puede servirle la casta si no es toro? ¿De qué la bravura, si le falta potencialidad física para resistir la lanza moderna y la descoyuntante avalancha de capotazos que constituyen la lidia de hoy? ¿Ni de qué aprovecha el riesgo "oculto" que su lidia pueda encerrar para el lidiador, si su apariéncia es nimia, si su "sensación de peligro" es nula, aunque, a lo mejor, surja inopinado el percance y se nos venga a los labios el "¡quién lo dijera!" que acompaña a las cornadas de los becerros? Se ha empequeñecido tanto la presencia del enemigo al reducir sus astas y disminuir su corpulencia y su edad, que lo primero que se impone como garantía equitativa es el peso. Bien sé que el peso no es el único dato a garantizar la presencia de una res; que no es el único elemento de juicio. Cuentan también sus proporciones, sus astas y su cara—a menudo, espejo de la edad—. Pero, por lo pronto, en la res que da el peso exigible hay ya una cierta base de "respeto".

Todos los reglamentos en que se determinan, para uso de la autoridad, las condiciones que ha de reunir, a la hora del reconocimiento, el toro de lidia, hablan del peso. Sin embargo, jamás se había preocupado la autoridad de la instalación de una báscula, que es, hasta la fecha, el mejor aparato inventado para pesar. Se tenía por tan "de ene", o de clavo pasado, que a quien

más había de interesar la buena presencia de sus reses era el criador—a su afición, a su fama, a su cartel—, como interesa al corredor presentar en forma sus galgos y al montero sus perros, que no se pudo sospechar el advenimiento de unos tiempos en los que el criador, por su codicia y por su servilismo—por ahorrarse dinero en la cría y por tener contentos a los toreros—, resultase el primer encubridor de su falsa mercancía.

Y ha sido necesario, no ya señalar un peso mínimo en las reses y conminar con multas proporcionales a las faltas, sino, además, instalar básculas en las plazas de toros. No se ha llegado a una y otra cosa sin algunas batallas. Ha tenido que intervenir nada menos que el Poder público en su más alta representación—del ministro de la Gobernación para arriba—y dictar disposiciones prohibitivas en el sentido de que los señores ganaderos no podrán endosar el pago de sus multas a los empresarios. En éste, como en otros aspectos, el contrato de un ganadero es, dentro de lo oneroso y de lo leonino, tan ejemplar, que por barrenar todos los fundamentos del Derecho, no respeta ni el derecho canónico, ese que una de nuestras modernas lumbreras parlamentarias quería desterrar del plan de estudios.

Y ha tenido, asimismo, que imponerse—por lo menos en Madrid—el director general de Seguridad para que los toros se pesen antes y después de la corrida. Lo malo es que, ni antes ni después, se pesa bien. Y por una de las constantes paradojas con que nos asombra la vida, es ello que desde que se han adoptado estas medidas de garantía salen los toros más pequeños que nunca. ¡Hasta este venturoso año de 1932 no se habían jugado en Madrid corridas completas de toretes con menos de veintidós arrobas de canal! ¡Lo que el señorito Leopoldo Maza, y el señorito Julián Cañedo han matado, vestidos de paisano, en festivales y encerronas!...

La última disposición—por ahora—fija a los toros un peso mínimo de 24 arrobas en canal, para las plazas de primera cate-

goría. No pesaba menos un toro de los que, hasta hace poco, llamábamos despectivamente "terciados". Y eso que tenían cuernos y... sangre. Ahora, muchos días, con poca de ésta y menos de aquéllos, alguien se permite, de contera, apoyar la mano en el fiel... para que se "llene" la tasa mínima.

Al peso en canal corresponde un peso en vivo, cuyo cálculo no deja de estar sujeto a errores, que una estadística ha podido evitar, en parte, anotando la proporción que dan las reses según la región en que pastan y la vacada a que pertenecen.

El ganado del centro de España—Madrid, Toledo, Colmenar—rinde de peso en canal el 64 y medio por 100 de su peso en vivo. El de la zona Sur, el 62 y medio. El de la región Norte (campo de Salamanca), el 62. Este es el promedio, de unas ganaderías con otras, según el clima y la alimentación; según el lugar en que pastan.

Cabe también otro cálculo, con arreglo a las características de su raza. El ganado encastado, procedente de vacadas selectas, fino de piel, de "poca badana"—bien musculado—, de poca tripa—bien hecho, bien buscada su línea en la selección—, rinde más peso en canal que el ganado basto. Esto lo saben a maravilla los criadores de ganado manso, los abastecedores de carne, que cruzan sus pjaras con sementales bravos—por lo menos "mestizos", o "moruchos"—, buscando la disminución de los despojos. Y lo ignoran, en cambio, cuantos se meten a hablar a bulto del problema de la tierra y de la ganadería, y sin conocer lo que las reses bravas la enriquecen, se lanzan a escribir desatinos como este que el conde de Campomanes redactaba, suprimiendo las corridas de toros en 1805, por agradar a Godoy, en estos términos: "... son poco favorables a la humanidad que caracteriza a los españoles y causan enorme perjuicio a la agricultura por el escollo que ponen al fomento de la ganadería vacuna y caballar..."

El toro de Veragua, por ejemplo, cabezón y barrigudo, abulta mucho y pesa poco. Y a la "decepción" que se sufre en la bás-

cula, porque el peso en vivo es menor del que se le calcula a "ojo", acompaña luego la decepción en el rendimiento de peso en canal. Por el contrario, el de Miura, por poco que abulte, pesa mucho. Y después rinde más. Alguno ha llegado al 70 por 100. Es decir, que casi todo él era hueso, carne apretada y sebo. Y la piel y el mondongo, el despojo en suma, tan sólo el 30 por 100 de su peso en vida. De ahí su poder.

De las ganaderías modernas, las que vienen "claramente" de Ibarra—las bien encastadas—son las de menor despojo. Santa-coloma rinde el 65. Su bastarda, la de Albaserrada, el 64,2; la de Parladé, el 64..., para llegar a cuyo promedio muchos toros han debido rendir hasta el 68 y el 70.

Da un poco de sonrojo, por lo menos a los que no somos ganaderos, que haya sido preciso llegar a estas medidas fiscales, y todavía más, que, una vez adoptadas, se incumplan... De fijo que a un Cimera no hay que redactarle reglamentos para que presente sus cuadras. Ni a un Domecq, un Miura o un Guerrero para que cuide la presencia de sus caballos, o perfeccione la línea de sus galgos. Como tampoco era menester antes esta humillante e ineficaz vigilancia para los propios criadores de toros, cuando en lugar de decirse de ellos "el acreditado ganadero", sabiendo lo alambicado que es el "crédito", se decía "el escrupuloso ganadero", a sabiendas de lo que hay de inflexible en la palabra "escrúpulo".

Ya que la comprobación de la edad *a priori*, antes de la corrida, implicaría operaciones peligrosas y manoseos, que contribuirían a agravar aquellos con que los veterinarios hacen de sus reconocimientos verdaderas corridas en los corrales—Madrid cuenta con un profesor que llama, desde un burladero, a las reses con pañuelos de varios colores—; ya que quede para "después del parto" la inspección dentaria de los toros, por la que se colige su edad, cuando menos, en el pesaje de las reses en vivo debiera la autoridad ser inexorable. Y más principalmente en las corridas de

lucro particular y a precios extraordinarios. Porque lo cierto es que las reses no se lidian en canal, sino en vivo. Báscula, pues, en el apartado; no en el desolladero. Antes de que el criador se ría del público; antes que su cómplice, el empresario, se lleve el dinero de la taquilla, y antes que el torero, que es, casi siempre, quien ha exigido el ganado, se haga el infeliz en el ruedo, diciendo que qué culpa tiene él de que los toros sean chicos... Báscula, señores; porque estamos ante el caso de unos comerciantes caballerosos y honradísimos, pero que le tienen miedo al peso. Recuerdo de los días de mi infancia, a un conterráneo que se quedaba siempre con el remate de la alcabala de pesas y medidas. "No es—decía—para pesar lo de los demás, sino para que nadie me pese lo mío..."

Pero queda aún una razón esencial para exigir el peso de los toros. Y es la de que de él depende el peso de los toreros. Porque con tanto hablar de la báscula para las reses, nos hemos ido olvidando de cómo funciona, o, mejor dicho, de cómo tampoco funciona, la báscula artística. Porque falta peso a muchos toros de los que se juegan en plazas de categoría; pero ¿no van también demasiadas veces a esas plazas de categoría toreros que no son de peso? Hay una estrecha relación entre el peso del toro y el peso del torero. Para el torero chico, casi todos los toros son grandes; para el torero grande, casi todos los toros son chicos.

Esta relación se apreciaba más claramente en cuanto se descende al detalle. Si se juega el toro de verdad, lo probable es que al refrescarse en el tercio de banderillas, vuelva a empujar en el último tercio, y que el muletero, acostumbrado a las bizcotelas del día, se encuentre desvaída e ingrávida—falta de peso—su muleta. Pues la estocada, cuando no se ha dominado con la muleta, suele ser mal trago. Y pensar en los dos pinchacitos atravesados o tendenciosos con que se acuesta el becerro, viene a ser, delante de un toro, como pensar en lo imposible. Por donde entonces se echa de ver otra frecuente falta de peso: la de la espada...

Ellos, los toreros, dicen que no; que no les importa el peso de los toros. Que eso a las mulillas, que son las que tienen que arrastrar. Que lo mismo les da también el cornalón que el cornicorto. Que igual o mejor hiere el toro grande que el chico. Pero mientras lo afirman, a lo mejor en aquel mismo momento, se halla su peón de confianza poco menos que jugándose la vida en el sorteo, en la disputa, al acoplar los lotes, de a cuál le sobra un milímetro de pitón o cuál aparece recargado con kilo y medio de peso.

Cuando sale a la plaza un toro—mayor de edad y con nombre y apellido—la sensación de peligro es tal, arriba y abajo, en el ruedo y en la grada, que toda la lidia cambia de fisonomía. El torero que pisa fuerte, adquiere la estatura de un gigante. El que pierde la serenidad, rueda, inane, de un lado para otro, como los papeles en día de vendaval; como ruedan, por lo demás, tantos figurones de feria en feria, casi todos sin peso específico y a merced del viento empresario, sin que nadie se explique a ciencia cierta por qué van unos ni por qué se prescinde de los otros. Frente a un “toro” el artista toma proporciones divinas. El maestro llega a la cumbre del dominio. Su figura se eleva a la categoría de domador de leones, tan distinta de la del domador de perros...

No creo sentar con estas consideraciones plaza de “gargantúa” de toreros. Es que sin sensación de peligro no concibo la emoción estética de este arte, que desde el punto de vista de habilidad manual está al alcance de la servilleta de un camarero, o, como desgraciadamente se está viendo, al alcance de un *jazz-band*, en el que “para, temple y manda”—preceptos del arte moderno—soberbiamente... el del *saxofon*.

Pues que no pesa la conciencia de los criadores, se hace preciso pesar los toros. Aunque quizá resultase más práctico el pesaje de los toreros, colgándoles en la balanza por el lugar simbólico en que la taleguilla ciñe y ajusta los atributos de la virilidad...

Las castas.

Si los toros, cuya edad de reglamento se rebajó de cinco años a cuatro, no se jugasen tan a menudo cuando apenas han cumplido tres, con exigirles procedencia acreditada de buena casta, quedaría obviada la ridícula y deprimente operación del peso. Un toro de casta y con edad es siempre un "toro de peso", cualquiera que sea su número de kilos.

En el "argot" profesional, en la jerga de la gente de toros, se llama "casta", por antonomasia, a la condición temperamental; a lo que es en la res, mejor que el antecedente histórico de su divisa, su grado de acometividad. No se dice ya "toro de buena o de mala casta, sino toro de "mucha" o de "poca" casta. Que equivale a mucha o poca "sangre"; a mucho o poco "genio"; a mucho o poco "nervio". Y ya algunos toreros modernistas lo disciernen con mayor elegancia, y dicen: "de mucho o poco *temperamento*".

Ciertamente, estas condiciones no son sino la característica de cada raza, de cada casta. Y la experiencia ha ido demostrando que es más admirable la casta de los toros que se encelan en la pelea y crecen en bravura—rasgo típico de los saltillos—que la de los que, en sentido inverso, merman y se agotan prematuramente; verbi gracia, los antiguos veraguas.

Este mérito de ir "para arriba" no es exclusivo de su especie. Salvando en el parangón todos los respetos, el toro que se acaba en el primer tercio no es más ni menos que el diestro que solamente sabe torear con el capote, o que el que se agosta en el año de alternativa, o que el cantaor que no pasa de "romper" la copla. Y al revés: el toro que termina encelado, embravecido, "alto de genio", es que ha escrito bien un tercer acto, que ha rematado la copla, que ha ligado una faena, mucho después de su bautismo de sangre.

De lo que se infiere que para formar idea aproximada de "cuán-

ta" puede ser la casta de un toro, en la acepción que los toreros emplean esa palabra, se hace preciso conocer "cuál" es la casta del tal toro, en la otra acepción: en la de raza, linaje o procedencia. Cosa grave, como podrá verse.

* * *

Hay por ahí, entre la bibliografía taurina, algunos volúmenes consagrados a la clasificación de las ganaderías bravas más en boga durante el siglo pasado y comienzos de éste. Se especifican en ellos las características raciales del ganado, su origen, sus cruzamientos y ramificaciones. Pero han bastado dos lustros mal contados para que todos esos árboles genealógicos se hayan enmarañado al extremo que ni se columbran los troncos.

Hemos insinuado en otro lugar que el cuadro de toreros ofrece, al primer golpe de vista, el conjunto desordenado y multiforme—dentro de su escandalosa uniformidad—de un baile de máscaras; pero, anda, que este de los toros, es otro baile mucho más difícil de entender.

Ya en el siglo XVIII entra por mucho la casta en la cotización del ganado de lidia. En uno de los carteles de la Maestranza de Sevilla (1796) se consigna este aviso al público: "Todos los toros serán *pintos berrendos* de las mejores castas, los que se picarán con caballos blancos."

He ahí a la uniformidad del pelo—indicio de un cuidado, de una selección—cotizándose como un mérito. "Todos los toros berrendos; todos los caballos blancos." Por lo visto, los criadores de las reses de ese día "perseguían" el logro de la capa berrenda con el abinco que se procura hoy el pelo negro y, en segundo término, el cárdeno. A nadie se le ocurre en estos tiempos, salvo caso de necesidad—cual el del becerro "Bolíche", de Vicente Martínez—, echar a las vacas un semental berrendo. Y los toros "coloraos" que sobreviven en la raza de Parladé y Santacoloma, se de-

ben a que las madres, castañas, han debido realizar tan magnífica pelea en el tentadero, que los dueños, pese a su obsesión por lo negro y lo cárdeno, se han resistido a desecharlas.

La tiente—lo mismo la tiente a acoso, o en campo abierto, que el tentadero en plaza cerrada, menos artístico y más eficaz, porque se compulsan mejor las querencias y contraquerencias de los becerros—, era la garantía de la perpetuación de la especie y de la purificación de la casta, cuando se hacían en “sentido directo”; cuando el criador, decidido por lo más fino, lo mejor encornado y lo más bravo, y pendiente no sólo del éxito del momento, sino del libro de familia, o sea de la reata de ascendientes de cada cría, probaba las de ambos sexos de la camada anual, para buscar la cantera. Las becerras buenas serían luego madres. Y padres, los becerros superiores. Los buenos, toros. Los medianos, novillos. Y todo lo malo, macho o hembra, carne: provisión de matadero...

Y ahora, la tiente, ¿qué es? ¿Cómo se busca el semental? ¿De qué condición las futuras madres? Los que tienen pocos cuernos. (Con lo que se han ido reduciendo las cabezas de toro—el frontal por delante de las astas—, al mismo absurdo fisiológico que el de las mujeres cuyo esternón sobresale de los senos, o el de las cigüeñas con pico de perdiz...) Eso, en cuanto al tipo. Y en cuanto a su “genio”, los que se humillan resignadamente bajo la garrocha del tentador, sin recargar la suerte ni cabecear bajo la estribera... ¡Nada de cuernos! ¡Nada de cornadas! ¡Poca cabeza y mucho sosiego, mucha linfa! Poca tiente y mucha diversión para diestros, revisteros y contertulios. Y esto, en todas partes: en Salamanca, en Andalucía, en el Colmenar...

Inocentes y ridículos, por tanto, la investigación y el análisis retrospectivo. Pues que se han quebrado las líneas, al diablo el trabajo de retroceder a los puntos de origen. Chacón, Acuaviva, Gregorio Vázquez, Ibarburu, Conde del Aguila, Gerena, Maestre, Céspedes, Marqués de Gelo, Convento de la Trinidad... Bucarelli, Tablantes, la Cartuja, la Rinconada, Bécquer de Utre-

ra, etc... ¡Ciento nueve ganaderías bullen por allá abajo en el siglo XVIII!... Pues entre Salamanca, el Colmenar, Navarra y Aragón se acercan también a la centena: la viuda de Mercadillo, Juzgado, Sanz (el de Chozas de la Sierra), Diego Niño, Bañuelos (el del Colmenar), Peña, Balbuena, la viuda de Lecumberri, de Tudela, de cuyas reses arrancan los Guendulaín, luego Carriquiri, y más tarde Espoz y Mina..., etc., etc. En el siglo XIX, otra larga retahila con nombres que sonaban tanto: los Picavea, Lesaca (Saltillo), los de Freire (Anastasio Martín), Hidalgo Barquero (luego Laffitte y Cámara), Vázquez, Saavedra, Núñez de Prado, Barbero de Utrera, Conde de Vistahermosa, Mazpule, Carreros y tantas otras de allá y de acá.... Fundidas, refundidas, confundidas, remezcladas. Y hoy ya, ¿qué?...

De los toros navarros, a quienes muchos adjudican el título de "repobladores" de los cerrados andaluces, de haber ido a reavivar el genio de aquellas vacadas—menudos manojillos de nervios, encendidos de pelo y de sangre, guindillas rojas de la ribera del Ebro—, no queda ni el recuerdo. Nada de los Jiménez de Cascante y Funes, ni de los Salvatierra de Egea. Y el recuerdo únicamente de los Carriquiris, Lizaso y Zalduendo. Viven, sí, unos bisnietos de todos éstos—los Alaiza, de Tudela—; pero relegados al término insignificante y paupérrimo de las novilladas "económicas" (sin suerte de varas).

Por cierto que aún conservan vestigios de su antigua casta. Y, precisamente, en una de las últimas ferias de Pamplona, a la que concurrieron, por casualidad, para llenar el hueco de la llamada corrida de la prueba, les dedicamos el siguiente comentario:

Nada tan curioso como el ejemplo de estas dos corridas: una de Alaiza y otra de Saltillo. La una, la navarra, es una vacada conservada a las orillas del Ebro, sin guía, sin selección, sin otro cuidado que el del pastoreo; cuidado no despreciable si se sabe lo que los pastos influyen en las condiciones temperamentales del

ganado. La otra, la andaluza, la de Saltillo, es una ganadería que quizá descuidada en los últimos años del marqués, o acaso mal guiada en las operaciones de tanteo y selección, se ha empobrecido. Y éste es el caso: que, por tratarse de vacadas de buena sangre, de verdadera casta, aun llevadas por tan dispares vías y en tan distante terreno, las dos, al cabo del tiempo, jugadas en días consecutivos y en la misma Plaza, se han distinguido por la misma característica: la sangre brava.

Juzgadas en conjunto, no ha sido brava ninguna de las dos. Ambas han tenido, sin embargo, detalles de bravura. De aquellos seis alaizas, pequeños, "coloraos" y rabiosillos, como las guindillas de la vega del Ebro, como la tierra de las Bardenas, cuna suya y cuna de las antiguas castas, solamente uno—el sexto—fué el toro bravo y alegre en todos los tercios. Pero los otros, ¿cuántas veces no darían fe de su genio y de su sangre? La primera vez que vieron de cerca un caballo acaso fué en la Plaza. Si lo vieron, fué desde luego cargado con el serón de acarreo, de que encontraron probablemente un fiel trasunto en el antiestético peto. Y, de todos modos, jamás supieron de una garrocha sobre los lomos, ni ellos, ni sus padres, ni sus madres, hechas a corretear años antes por las capeas pueblerinas. Y, sin embargo, cumplieron en la suerte de varas. Y se arrancaron en la de banderillas. Y aun estiraron su pequeño cuerpo—hecho de nervio o de acero—hasta el último tercio, en traza de defensa muchas veces y otras muchas de ataque, cuando los diestros aflojaban un poco en el asedio o cuando el cuadro de toreros que los mareaba daba un poco de reposo a la tela bregadora. ¿Pues y aquel que con sus buenas veinte arrobas, traspasadas por un estoque que se le hundió; contrario, hasta la mano, y al cabo de cincuenta o sesenta vueltas y revueltas de los enterradores, sacó fuerzas de flaqueza para arrancarse por siete veces consecutivas desde fuera del tercio hasta las tablas, encerrando siempre en ellas al matador, en el frustrado intento de descabello? Son el producto casi perdido y descuidado de una riqueza natural, todavía

susceptible de aprovecharse. No son la obra industrial y artificiosa de las ganaderías, en que la gota de sangre brava de un semental se diluye en la linfa de una larga piara de ganado manso, sin dejar más huella que la de un vaso de solera derramado en el mar.

Otro tanto de los seis saltillos mansos. El más manso supo, no obstante, recargar en la suerte al sentirse herido, y cornear a los caballos, y recoger con furia el capote cuando se le dejaba enganchar, y crecer en el último tercio. Se cumple también en ellos lo de que "tiene más el rico cuando empobrece que el pobre cuando enriquece". Como esos señoritos que después de arruinados conservan siempre un traje, un sombrero, una corbata, de sus días de esplendor, así en estos toros empobrecidos sobreviven vestigios de su abolengo.

Son los toros de raza, los toros de cuerpo entero, hechos para diestros de cuerpo entero también; mejor que para el medio torero, que, con la excepción escasa de media docena, ha ido confeccionando el tiempo moderno a la medida del medio toro.

Tampoco queda huella de las aragonesas: de las de "la campanilla", de Pina de Ebro, y de Ripamillán.

Pero de las mismas andaluzas, no ha dejado el tiempo una divisa en pie, ni casi un nombre en la memoria, si no es el de Miura. Los de Vázquez, Arias de Saavedra, el Barbero de Utrera, Vistahermosa, etc., suenan a antediluvianos. Mucho más reciente es el de Ibarra, que recogió sangre de esas vacadas, y ni se hablaría de él si no fuese porque de su ganadería han arrancado las que, mal administradas luego, han servido para desparramar sus vacas y sementales por toda España, haciendo como en la mezcla de agua y vino, de pocas cosas buenas, muchas malas.

Partiendo, como de punto de vista moderno, de la época de Gallito y Belmonte—un historiador la llamaría del renacimiento—, en los años 1915 a 1920 las ganaderías de primera divisa estaban consideradas a este tenor:

Por su sangre: las andaluzas de Santacoloma y Parladé (sangre ibarreña); Murube (hermana mayor), y Saltillo, de cuyos toros, bravos y durillos de genio, decía *Bombita* que "tenían su *intrínquis...*", y la vacada colmenareña de D. Vicente Martínez, lograda por la maravillosa liga del semental "Diano", de Ibarra, con sus vacas de la tierra—de las muy antiguas de Julián José Fuentes y de Lucas Pinto—.

Por su poder y su mayor alzada: las andaluzas de Miura y Pablo Romero. Y la castellana—y muy añeja—del Duque de Veragua.

Y como de término medio, en la que el tamaño y la casta se reunen, ganadería singularísima, pero descuidada: la andaluza de la Viuda de Concha y Sierra.

Ya en tiempos de Mazzantini era muy manejable este ganado de doña Celsa Fontfrede, que no ha necesitado, para seguir en candelero, hacer concesiones de astas ni de tamaño en favor de las actuales generaciones.

Quería, en cierta ocasión, un empresario "colocarle" a Mazzantini una corrida de Pérez de la Concha, y manejaba en su telegrama únicamente la palabra "Concha", para mantener el equívoco con "Concha y Sierra".

—Dígame si quiere torear seis "Conchas"...

—Pero ¿son Concha y Sierra?—preguntaba D. Luis.

Y el empresario repetía:

—Seis Conchas.

Hasta que el torero concluyó:

—Conforme, si son "fontfredes"...

Trazado así, en líneas generales, el cuadro de ganaderías importantes—pues la de Salas y Contreras, Benjumea y Nandín se jugaban mucho, como flojas o de alivio, y también por conveniencias económicas de los "ases"—, sobrevino, de repente, el trasego de sangres a que hemos aludido en otro capítulo. Saltillo, Santacoloma y Parladé vienen a ser un amuleto mágico, del que

todos los ganaderos de la Península se prometen lo que los antiguos sabios de la piedra filosofal. Hasta ese instante, de quienes más sangre se tomaba era de Veragua, Miura y Murube. (Bien entendido que Veragua y Miura, por haber comprado en la antigüedad a la Iglesia el ganado que ésta recibía de todos por sus diezmos y primicias, se han conceptuado siempre "ganaderías de aluvión", o, más propiamente, ganaderías dezmeras). Y de los nuevos tres nombres, Santacoloma es el que priva. Y más que ha refundido en su vacada la sangre de Ibarra—por la que los criadores suspiran, después del éxito de Martínez en el Colmenar—con sangre de Saltillo.

Priva, a los efectos de adquirir sangre, que no para las corridas, pues precisamente por haber hecho las tientas "a oído"—dejando los machos y hembras que cornean bajo el palo y hacen "música en los estribos"—; por haber, en una palabra, dado preferencia en la selección al Saltillo nervioso sobre el "pastueño" Ibarra, los toreros dicen que no... Que prefieren los nietecillos castellanos a sus abuelos andaluces, magüer la mixtificación de su sangre, y justamente a causa de la mixtificación...

La de Parladé se rompe—con la ruina del formidable aficionado D. Fernando—en varios pedazos. Por un lado, cae en las manos poco escrupulosas de los hermanos Gamero Cívico, que terminarán por vender cabezas a América, a Juan Belmonte y a ganaderos de Castilla: los Blanco, de Salamanca, y los Flores, de Albacete. Por otro lado, habíase desgajado una parte a Tamarón, de quien la toma el Conde de la Corte (hoy el más acreditado de los tenedores de esta raza).

La de Saltillo se adocena y embastece al pasar a dominio de un labrador: D. Félix Moreno.

De la de Santacoloma se descuelgan primero dos bastardas—sementales y vacas de desecho suyos—: las de Albaserrada y Félix Suárez, que una tarde han de tomar el camino de Madrid, a su más triste destino: los herederos de un tratante en ganado y los

de un duque tacaño. Y después, en plan de "enajenación", vale la pena de jugar el vocablo y decir que el conde se vuelve loco vendiendo hembras a porrillo y machos a granel. Mirando a la ganadería brava, podrá ya decirse que "toda España es Santacoloma".

El Duque de Veragua, antes que cruzar, vende su nunta de ganado (una de las más largas). De Pablo Romero se murmura que cruzó con Saltillo. Los criadores lo niegan. Sus toros, los de capa cárdena clara y levantados de pitones, lo pregonan... Y en cuanto a los Miura, un tipo de toro negro, dominando ya por encima de las capas tradicionales—los berrendos, chorreaos en verdugo y coloraos—, exhala un cierto tufillo "íbarreño"...

Y he aquí, esbozado a grandes rasgos, el proceso determinante de esta conclusión: cuando todos los toreros dicen ser Belmonte y ninguno lo es, todos los ganaderos se dicen Santocoloma, y ya no lo es ni él propio. En este mismo año ha vendido los restos de su vacada. ¿A quién? Ni sé el nombre. A uno más...

* * *

Cuando comienzan los ganaderos de Salamanca a ejercer la hegemonía en el mercado taurino, se excusan de la pequeñez de su ganado—a la que deben el apoyo de los toreros—diciendo que la climatología de su país no permite el desarrollo de sus reses. No es verdad. De las 93 ganaderías castellanas que aparecen en los carteles de Madrid durante la segunda mitad del siglo XVIII hay ya toros de Salamanca que alternan con el ganado de entonces, sin merecer el calificativo de "terciado", que es patrimonio, por excepción, de los toros navarros, en los que se compensa la falta de tamaño con su exceso de nervio.

Al contrario, viene de allí el ganado voluminoso y de poder, de modo que en un cartel de septiembre de 1778 anuncia: "Que D. Antonio Enríquez, de Salamanca, presentará toros por pri-

mera vez. *Con la condición que dará gratis los que tomen menos de seis varas y de cobrar 1.500 reales por los que pasen de seis*".

Pues más tarde, en el siglo XIX, cuando suenan ya nombres conocidos de hoy—los Sánchez-Tabernero, Sánchez-Carreros, el cura La Morena, etc., y a fines de siglo, el grupo de ganaderos que debuta en 1895, y a su cabeza D. Fernando Pérez Tabernero, padre de la dinastía contemporánea—si de algo gozan fama los toros de Salamanca es de ¡¡grandes!!... Aun después de sus primeras cruza andaluzas, en los años 1920 a 1926, juegan en Madrid corridas en que el buen resultado no está reñido con el buen tamaño, Antonio Pérez Tabernero, Angoso y algún otro de ese campo. Y de esos años acá, cambia, por lo visto, de tal manera la climatología salmantina—y en cierto aspecto sí que cambia—, que los ganaderos del país proclaman nada menos que la imposibilidad de criar un toro. El clima, a lo que parece, no les permite a los toros vivir mucho más de tres años, ni les deja crecer los cuernos, ni acercarse a los 300 kilos de canal. Y así, mientras las primeras divisas andaluzas cuentan sus pesos de canal con arreglo al 3—de 301 a 340, por lo general—, las primeras divisas salmantinas cuentan con el 2—del 200 en adelante—.

Para equilibrar, teóricamente, este desnivel, proclaman los ganaderos y sus turiferarios las excelencias de las "nuevas" castas, procuradas, por lo común, con desechos de las viejas. "Su tipo es chico; pero su casta, grande—suelen decir de sus toretes." Y lo verdaderamente grande es eso: que no recuerden cuál era el tipo de ganadería de que fueron desechadas las madres o "extraídos" los padres de sus casi astados retoños. Dicen los criadores de Salamanca, y con ellos los de otros campos de Castilla (porque "han hecho escuela"), que sus vacadas tienen la mejor sangre, porque la compraron a los andaluces. El ganadero castellano que no se alaba de poseer toros de buena casta por dos líneas es que los tiene por tres..., incluída la de Medina del Campo. Si se oye a los an-

daluces, lo que vendieron a los salmantinos fué el desecho de sus vacadas; lo peor, lo que, en cuanto pasan cuatro o cinco años, degenera, porque ese es el triste porvenir de las cruas...

Y en lo que se esclarece éste, ¿quién me compra un lío?, la afición y el escrúpulo de todos ha hecho *crack*. Hay entre todos una cierta rivalidad, un cierto empeño por lo que cada cual cría; pero no es la afición, es la competencia industrial.

Antes, el día que se jugaban toros de D. Emilio Campos Varela, los dos altarcillos de su casa del Priorato eran encendidos desde bien temprano, para que Dios y la Virgen ayudasen al ganado. Para que embistiesen mucho los toros.

Hoy, más adelantada la industria, el ganadero del día enciende el altar... para que no embistan los del ganadero de al lado.

* * *

¡Las castas!... La sangre!... Ya resulta cosa divertida en el primer rango zoológico, en el humano, la averiguación de las castas, la pesquisición retrospectiva por el espléndido ramaje de la genealogía, a la caza de la arteriola, de la venilla, del vaso capilar de donde pueda alumbrarse para nuestra sangre plebeya una gota de sangre azul. ¿Quién que disponga de unas pesetas y de buen humor no se procura en la raza humana su buen escudillo de armas de "desecho"?

Me vienen a las mientes las desazones que dió a la heráldica uno de mis antepasados hasta adquirir la certidumbre, si no de que el Cid existió, ni de que alanceó toros para que rabiasen el Aliménon enamorado, por lo menos de que, si llegó a ser un hombre de carne y hueso, los Jalones descendemos de él... De esa época datan acaso mis armas, de las que, por tenerlas en tan poco como si fuesen la espada de un matador a la moda, no recuerdo bien el latín de su divisa. Creo que reza así—y, en todo caso, *El Debate* me lo arreglará—: *Beatificamus eos qui sustinuerunt*.

A un procedimiento de investigación semejante, o a este mismo, transportado con el debido respeto a la escala animal, deben, sin duda, su descendencia del *Bravío* santacolomeño, los bueyes y ternerillos que pastan, en pacífica promiscuidad, en casi todas las dehesas castellanas y en no pocas andaluzas.

Desde luego, que en unas han prendido mejor que en otras la ligazón de la sangre. El *Diano*, de Ibarra, por ejemplo, llevó a la vacada colmenareña de Martínez lo que otros sementales no han podido llevar de bravura a las de sus vecinos. Ni tampoco son iguales las ganaderías salmantinas, logradas casi todas—el 98 por 100—con semental ibarreño sobre vacas de desecho de ganaderías, puras y cruzadas, de Andalucía.

No cabe negar que se ha incorporado gran cantidad de ganado andaluz a los campos de Castilla, y ya en cierta ocasión apuntaba yo el caso de esta transfusión de la sangre. Pero proceder de desechos, y en época en que ya en Andalucía, ante la abundante solicitud del mercado, se desechaba lo verdaderamente inadmisibile, obligaba a los nuevos criadores a todo género de sacrificios. Y los ganaderos de allá y de acá ¿qué han hecho? Creerse de verdad que todos eran santacolomas—no, por cierto, en la presentación—y multiplicar en vez de dividir, que es la regla torturante de toda selección concienzuda. Luego, los pastos han consumado lo demás. La tragedia de la mansedumbre se insinúa ya en aquellas vacadas castellanas que no han vuelto a comprar sementales y que se procuran simiente dentro de lo cruzado; de manera que, hoy mismo, les quiebra la bravura en cuanto se las obliga algún día—*rara avis*—a prescindir del torete joven y descargado de grasa, y a jugar el toro con cuajo y con edad.

El cuadro de ganaderías en la actualidad—andaluzas y castellanas—no está para clasificaciones. Es un *totum revolutum*. Pasa por pura, gracias al escrúpulo de sus herederos, la de Pablo Romero. No lo es. Tampoco, por no haberlo sido en su formación, la de Miura. La de Parladé, pura y purificada por D. Fernando,

se ha hecho trizas. La de Saltillo es un despojo... Y, en fin, si a los toreros los encerrábamos, severamente, bajo el lema "Derechistas y más derechos", a las ganaderías puede encerrárselas en este otro: "Desechos y más desechos".

Dejémonos, pues, por ahora, de la pureza de sangre y exijamos la verdadera edad en el "registro civil" de las crías y la fidelidad de la báscula.

Puesto que cada ganadero puede procurarse su buen escudito de desecho para su piara, analicemos otra suerte de purezas: el trapío, el peso, la edad...

—¿Por qué—preguntaba uno de los más aventajados mercaderes del utrerismo, a Santacoloma—; por qué no se desengaña usted, conde? De utrereros dejan más utilidad. ¡Un año menos de riesgo y de crianza! Y cumplen con un par de puyazos. Y los toreros, que ya no se los quieren a usted, se los rifarían...

—Porque he pensado siempre en ser un ganadero señor. Si algún día no puedo, lo dejaré. Pero nunca me convertiré en un tratante.

Y ya lo ha dejado. Porque, eso sí, para averiguar cuáles de las vacadas contemporáneas conservan aún el genio y figura de su casta, bastan pocas líneas. Los toreros, antes, solamente le hacían ascos al ganado de zanca larga y de patas duras—pablorromeros, miuras y palhas—; ahora rehuyen descaradamente el toro bien enrazado en cuanto tiene un asomo de buena presencia. Sin necesidad de los trabajos de la "heráldica taurina", con saber qué toros rehusan los ases en Madrid, se saca en consecuencia cuáles son las ganaderías que todavía pueden presumir de alguna "casta".

En la torería ha tomado carta de naturaleza—¡quién lo dijera!—la siguiente maldición:

—¡Permita Dios que torees y te toque un toro y bravo!



—«Es un vaquero osado» —decían de Reverte sus compañeros—. Pero con esos recortes capote al brazo electrizaba a los públicos. Era el torero de corazón, enfrente del que «toreaba con la cabeza», como decía, de sí mismo, el Guerra.

VII

DEL TOREO A CABALLO

**Rejoneadores, varilargueros y
sacrificadores de caballos. Es-
cuela andaluza y escuela por-
tuguesa.**

Si yo rindiese culto a la tradición, principalmente en aquel punto en que la tradición se confunde con la rutina, tomando como norte de este capítulo el título del libro, diría que fué grande el toreo de a caballo y que es mezquino o miserable el toreo de a pie. Si no en términos tan rotundos, a vuelta de eufemismos y circunloquios, esa es la tesis que sostienen críticos de altura, bibliógrafos de firma, ensayistas folklóricos y, en fin, no pocos rebuscadores de archivos y de libros incunables. A mi juicio, entre el toreo de a caballo y el de a pie, engendrado en los empeños de auxilio a los pajes y servidores de los caballeros, hay una técnica común. El hombre a caballo, como el hombre a pie, apelan a principios técnicos—conocimiento de las reses, de su empuje, de sus querencias, de sus terrenos—y a medios naturales (agilidad, destreza, vista, valor sereno) para lograr el mismo fin: vencer a la fiera, después de burlada. Y como podría decir un Horacio moderno: "Pelear deleitando." Pero si su técnica es semejante, no lo son ni su dinámica ni su plástica. Y desde que el hombre desciende del plano superior en que avizoraba el peligro, y, pie en tierra, se yergue y lo desafía a su misma altura y en su mismo plano, el toreo a caballo pasa, forzosamente, a un segundo lugar, que pronto se convierte en secundario. Un torneo a la usanza mora puede inspirar un romance. En una fiesta de toros y cañas, en la plaza Mayor de Madrid o en la de San Francisco de Sevilla, es posible componer las octavas reales de José Felipe de Matos y las descripcio-

nes líricas de Nicolás de Quesada. Pero hasta la culminación del toreo de a pie, con su impresionante grandeza, nadie, en prosa ni en verso, ha podido expresar la emoción de estas líneas de Gautier (1): "La curiosidad, el entusiasmo, la atención frenético que excita ver al hombre frente al toro, vale por todos los dramas de Shakespeare. Uno de los dos ha de morir. El hombre no tiene ninguna defensa; está vestido de satín, como para un baile; zapato bajo y media de seda, un pedazo de tela y una espada. He ahí todo." Ni tampoco nadie, hasta ese instante de poner el hombre su planta, a piso llano, ante el peligro; de sentir a flor de piel el soplo helado de la muerte y el sublime placer de coquetear con ella; nadie, por muy bien que haya cabalgado, a la brida o a la jineta, hubiera podido definir el arte del bien torear, con estas palabras "horacianas" de Belmonte:

—Torear bien es torear con "sentimiento".

En el frontispicio de la Plaza de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla, a un escultor de 1790 le es dado grabar, en los ángulos, las figuras ecuestres que representan "la corveta" y "el paso sostenido". Se hace necesario que el hombre entre a pie, valerosamente, a hundir su acero en la fiera, asomándose por entre sus astas al abismo sin fin, para que el cincel privilegiado de Benlliure, transfundiendo al bronce su emoción, pueda esculpir ese patético grupo de "La estocada de la tarde"...

Desde aquel día de 1793 en que *Costillares* protesta "contra el hecho injusto de que los picadores de vara larga ostenten por distintivo el galón de plata y los matadores cinta blanca nada más", y se pone él su galón plateado, queda ya discernido el primer rango al toreo de a pie. Y el galón de plata será pronto el vestido recamado de oro.

No es, pues, que el toreo de a caballo sea más grande. Sino que—acaso por el predominio del toreo de a pie, al que los pú-

(1) *Viajes por España.*

blicos convirtieron bien presto sus miradas—el de a caballo, de grande que era, ha parado en mezquino. Y aún constituye una de las más deplorables miserias del toreo actual.

* * *

Sobrevive el toreo a caballo a la dominación árabe. A Isabel la Católica no le place. El susto por la muerte de un caballero, la mueve a ordenar que “les pongan algo en las astas a los toros”. Y el futuro embolamiento de las reses halla en ese siglo una anticipación. La reina se aviene a que se les superpongan unas astas romas. “Mejor fuera suprimirlos—le dice su confesor; pero—añade el muy ladino—bien que a disgusto con el espectáculo, pienso que él no se hace sólo para mí...” Y Felipe II—a quien “le sale” taurinísimo su tristemente célebre sobrino Don Sebastián de Portugal—se niega a ejecutar la bula de suspensión, de Sixto V, porque “ciertamente, a él no le gustan las fiestas de toros” (1); pero “los españoles la llevan en la sangre”... Y la fiesta avanza al compás de los siglos, sin experimentar otras alteraciones que el cambio del toreo “a la jineta”, netamente morisco, por el de “a la brida”, en que se van adiestrando los modernos caballeros castellanos.

En 1680, una novedad: el rejón. Otra a los pocos años: la iniciación del toreo de a pie y el entronizamiento de la “vara larga”. Con lo que de 1700 en adelante el toreo de a caballo se bifurca. Y el deporte, que la Casa de Borbón—siempre tan sagaz—ha de industrializar bien pronto, ofrece ya un doble cuadro de caballistas a sueldo: rejoneadores y varilargueros. Estos han de forjar la suerte del toreo que es, por más de medio siglo, la primera en méritos, y que no será, más tarde, sino la primera en orden: la suerte de varas.

Mientras se celebran corridas de toros de “vara larga”, la suerte

(1) El eminente polígrafo Rodríguez Marín sostiene, sin embargo, que Felipe II era taurófilo.

conserva íntegramente, ya que no su rango, su principio fundamental: "defensa del caballo". Es varia, gallarda, alegre, entretenida y útil. Por el contrario, desde que, invirtiendo su verdadero principio, la suerte se planea sobre la "entrega del caballo", resulta monótona, triste, inútil, cobarde y repugnante. Y así como en el varilarguero Daza—que pierde su tiempo en aleccionar al futuro con su *Arte de torear a caballo*—se adivina la prestancia señorial del caballero en plaza, de quien es su más cercano trasunto, así el sacrificador de caballos de hogaño rara vez disimula su extracción de entre las zafias "gentes de garrocha". Con la misma despreocupación y desgana que, aprovechando la complicidad de la noche, guía la punta de vacas viejas a que vea en el matadero su último amanecer, lleva también, en complicidad con su espolique el monosabio, al pobre caballo matalón, atormentado y ciego, para que sirva de carnaza al toro, mientras él le tunde los lomos, de través...

Todas las suertes de picar—la de "picar sin perder tierra", tenida por la más típica y más general; la "de Zahonero", la de "a toro levantado" o "a caballo levantado"; "a toro atravesado" o "en su rectitud"—, todas, se resumen hoy en una. No haría falta nombrarla. ¿Quién no la adivina? ¡A toro atravesado!... Cuarteada la cabalgadura infelice, obstruyéndole con ella al bruto su natural salida, el jinete se desentiende de su pencho, cuya suerte no pende del giro a que le llamen las riendas, sino del que el toro, a su placer, determine darle a sus astas. Ni la boca del caballo, en la mayoría de las veces, desdentada y vieja, es ya sensible a las "llamadas"; ni su falta de doma le permite responder a las insinuaciones de las piernas del jinete; ni el propio jinete posee casi nunca el don de "llamar", ni menos la serena sabiduría de decidir un camino hacia el que señalarle al caballo, en el trance apurado, su giro salvador. En las fórmulas preceptivas del piquero moderno, nada de todo eso cuenta. Su "arte" se ha simplificado notablemente. Y el manual del picador podría resumirse en estas

disposiciones: "Subir"—que no es lo mismo que "montar"—a caballo. Colocarlo en la cercanía del toro, por sí, a ser posible, y si no, con la ayuda del monosabio, que—¡manes del toreo "a la brida"!—tira del ronزال y lleva al caballo a la horca, mientras, arriba, su caballero ofrece el más desairado e innoble papel que haya podido atribuirse a un hombre que calza espuelas... Y una vez arrancado el toro, tirarle la garrocha adonde caiga—y si cae en el agujero señalado por otro puyazo, mejor—, e improvisar la manera de caer, cerca de las tablas o al callejón, si está a su alcance, y si no, detrás del caballo, al que se dejará, deliberadamente, de "tapia" y "en las astas del toro". Ni para "hacer de tapia" viene a qué la exigencia de un caballo de buena doma y bien embocado; ni para soltar la garrocha y caer por escotillón se hacen menester grandes prácticas de la alta escuela. Sirve lo mismo un asno que un capón andaluz o que un *poney*. E igual un gañán de la cortijada que el Conde de Buelna o el Duque de Medina-Sidonia—aquel que no necesitaba para sujetar la montura otras cinchas que sus piernas—, o que Riaño o Bonifaz, o que el mayoral o el acosador. Tanto monta Sancho como Don Quijote...

Desde luego, no siempre han sido en el mundo del toreo a caballo el maestro Daza, que, por cuidar de todo, ordena la colocación de la maroma en la contrabarrera—¿para preservar de una garrocha escapada?—, o el José Trigo, que marca la suerte con el regatón de la garrocha a un toro de seis años, o el Corchado, que, calzando media de seda—sin malla ni espinillera—, con el mismo caballo pica seis toros, sin dejarles rozar ni el caballo ni su seda. No. Estos son lo excepcional. Personifican el tránsito del caballero en plaza al picador. El primitivo varilarguero tiene de los dos. Porque es picador, pica. Conoce los toros y la suerte. Porque es caballero, monta. Salvando al caballo se salva a sí mismo. Y exige un buen caballo, porque es un buen jinete.

A medida que acrece el entusiasmo por los matadores se acentúa la degeneración de la suerte a caballo. Sobrevienen los años



Rodolfo Barrios

... ciego y desesperado galope, a estrellarse con la dureza de las tablas, que, más blandas que los hombres, solían estremecerse al chocar.

turbios. Esos de los que se escribe, en flagrante contradicción, por un lado, que "el picador salía de la corrida con el mismo caballo que entró a ella y después de picar con él", y por otro, que "los toros mataban caballos a docenas". En su *Manual de Tauromaquia* (1882) se lamenta Sánchez Lozano. "... ha llegado—escribe—la suerte de picar a un estado repugnantísimo." Y Sánchez Neira, en *El toreo* (1879) exclama asimismo: "¡Los picadores de antaño no dejaban sacrificar sus caballos!"

Pero, mala y todo ya, no podían suponer los escritores de esos días que la suerte de varas llegase a la ficción zafia y grosera que hoy es. Quizá el peto, cubriéndola en la plaza, hace un gran bien. Ahorra, al menos, la horrenda visión del caballo, que, abandonado por su amigo el hombre, salía de la suerte deshecho y malherido, el vientre colgante enredado entre las patas, la cabeza alzada y la boca entreabierta en un siniestro rictus de dolor, y emprendía su última carrera—¡ciego y desesperado galope!—a estrellarse con la dureza de las tablas, que, más blandas que los hombres, solían estremecerse al chocar.

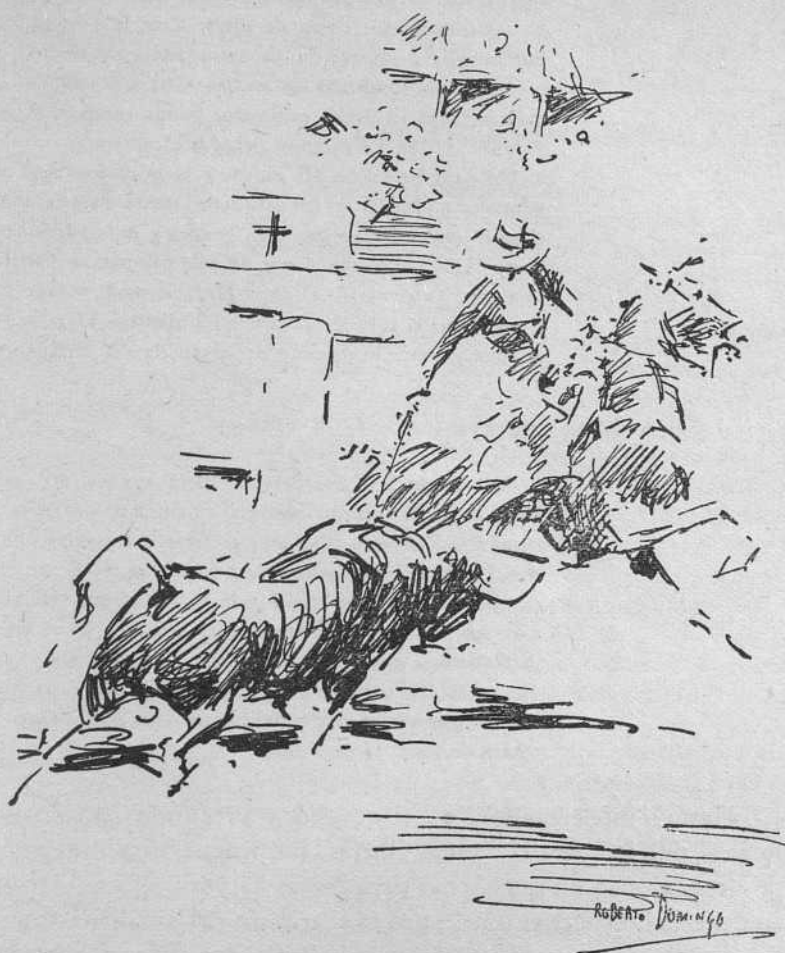
También se ha hurtado la trágica suerte a las indiscretas miradas de la calle. Los picadores no acuden ya a la plaza caballeros en una de sus víctimas escogidas, llevando a la grupa al inquieto "mono" que le ha de ayudar en su feroz menester. Se ha suprimido esa típica nota de la ida y del desfile, que era a modo de despedida triunfal del pobre penco; paseo apoteósico y postrero por entre la gente que se divierte... a sus expensas. Y ahora, los varilargueros, humildemente embutidos en el "taxi-landolet", forman en la caravana a la plaza con no mucho más alegre semblante que si se encaminasen a un entierro. ¡Manes de *Badila*, de *Zurito* el viejo, de *Agujetas*, de *Camero*, de los que, antes que picadores, caballistas, se pagaban, más que de elegir sus jacas de combate para la tarde, de escoger la que trotase con más "salero" calle de Alcalá arriba, y arrancase a los profanos el "ahí va un picador", y a los devotos de la equitación, el "¡vaya un tío a caballo!"

Perdida casi la equitación en la plaza, no había para qué realizarla en la calle. ¡Y quién sabe si en un mañana próximo sustituirán en el ruedo a los caballos "parapetados" los caballos del Citroën...

* * *

En tan dolorosa decadencia el toreo a caballo y en crisis aguda el de a pie, a raíz de la muerte de *Gallito* y de la retirada de Belmonte—cuyo vacío se obstina Sánchez Megías desesperadamente en llenar, en perpetua batalla a sangre y fuego—, salta a la arena el caballista Cañero y, gracias a él, revive la fiesta de toros un vibrante período de toreo a caballo. Más castizo que clásico, el profesor de equitación se ha descalzado la bota alta y despojado del uniforme militar para cambiarlos por el medio zapato y el traje campero del caballista andaluz. El frustrado torero de a pie se encarama en el albardón, para ejecutar, desde arriba, con el brío y apretura que intentara hacerlo desde abajo. Enjuto, apuesto, varonil, D. Antonio Cañero saca a la fiesta de su atonía y sorprende y entusiasma a los públicos. Y por dos o tres años—1923, 24 y 25—, con las riendas de sus jacas dilectas, empuña también las del toreo. Cobra, manda y hasta impone más que nadie. Decae porque en el arte moderno de los toros solamente conservan la inmanencia de una ley física—por acción o por omisión, para realizarlas o para echarlas de menos—las suertes fundamentales: el pase natural y la estocada. Fugaz y episódico, no por eso el triunfo de Cañero deja de impresionar a cuantos elementos son en la fiesta asequibles a la impresión.

No es el antiguo caballero en plaza, espontáneo y alígero; tampoco su afectado sucedáneo el rejoneador a la portuguesa; ni menos el picador, pesado y torpe... Es un algo entreverado de lo bueno de todos tres. En un momento, su toreo, transplantado del campo andaluz, evoca en la plaza las escenas paganas de esas faenas de acoso y derribo, que, al decir de un bibliófilo, "aventajan a todos los deportes y la propia Grecia las envidiara".



Antonio Cañero.

"Viene—dice al saludarle por vez primera la pluma galana de Federico Alcázar—de una faena de campo y va caminando por tierra de toros. Ciñe la calzona; al hombro lleva chaquetón de recio paño castellano; se toca con un sombrero de anchas alas; un pañuelo de malvas cruza su pecho como una banda campera, y los zajones sujetan las piernas, pegadas al albardón.

Un toro ha salida del rodeo, y le mira con ojos espantados. ¿Qué hacer? El caballero intenta alejarse; pero el toro mueve las orejas, agita la cola y hace ademán de partir. Duda el jinete, y por fin sale galopando. El toro lo sigue. Ya está a su alcance. Hay un momento de peligro; pero el caballero, valeroso y diestro, lo salva. Y se aleja galopando, camino de la cancela del cortijo."

Y Corrochano subraya:

"Ni marlotas sobre lana de plata acerada, ni cape-lares de grana, ni capa con rizo de plumas, penachos ni encajes... Viste sencillamente el traje del campo andaluz. No es el rejoneador a la portuguesa, ni el antiguo caballero maestrante, todo gala y visualidad. Es algo más sencillo, más moderno y más campero; es el señor de Andalucía que vigila la sementera, no se recata de andar entre los toros bravos, gusta de acosar una vaca huida, y mientras fuma un cigarro con el cortijero, se entería de cómo viene el año."

Hasta "intelectuales", en el amplio y profundo sentido que lo es el pulcro literato Tomás Borrás, tan limpio de pluma como de alma, acuden un día al coso para cantar después "el noble triunfo del caballo sobre el toro", que es el triunfo del caballista-torero. En este elegante y noble toreo de caballeros, tan diferente del despanzurramiento de caballos viejos, advierte Borrás "el triunfo de la gracia sobre la brutalidad inconsciente; de la agilidad sobre la masa; de la disciplina y la educación, sobre el instinto en libertad...".

Cuanto a mí, de la aparición del caballero y "su" caballo, del caballo y "su" caballero, guardo en el archivo de mi espíritu, mejor que en el de mis papeles, sus rasgos y sus hechos.

El caballero del caballo

... Tocado con sombrero de ala ancha, corto y ceñido el traje de campo, flotando por sobre las piernas—pegadas a la silla—los airosos delanteros de cuero, llevó su jaca Cañero hasta la puerta de Madrid; levantó su cara—la suya y la de la jaca—hacia el palco regio, y en seguida, en cumplida reverencia, tornó a inclinar la testa. La jaca, "compenetrada" con el jinete, pronta a la mano del artífice de la equitación, se humilló, casi hasta arrodillarse, también.

Desvió luego la vista el jinete hacia la "Asamblea de la Cruz Roja", en homenaje a las bellas asambleístas que se veían, esparcidas a puñados, como las flores, por los tendidos y el graderío. Animó levemente, con imperceptible movimiento, a la jaca, y ésta, sin doblar, para no perder el frente, siempre identificada con su profesor, anduvo de costado por los tercios y cara al público... Y de nuevo hicieron explosión las palmas, en tributo a la bizarra apostura del hombre y a los trazos ágiles y vigorosos de la bestia.

Fué ésta la iniciación del típico espectáculo. En seguida rompió plaza un magnífico toro de Sotomayor, negro, negrísimo, y brillante como el charol, del pelo de los toros bravos, gordo, bien encornado, fino, bonito..., ¡guapo!... Miró, sin fijeza, en derredor. Advirtió, sin inmutarse, la presencia del jinete. Y sin conmovirse apenas, le sintió llegar hasta casi permitirle que le besase la jaca. Tenía la figura tanto de campo y tan poco de circo, tanto de faena campera y tan poco de espectáculo coreográfico, que el noble bruto confundía al jinete con el mayoral o los vaqueros, y el rejón, con una elegante garrocha de acoso...

Pero de nuevo avanzó a galope la cabalgadura, y

cuando, para castigar tamaña terquedad, el bruto inició el derrote, la mano izquierda del hombre desvió hábilmente la bestia, y la diestra—es decir, la derecha, porque en Cañero son diestras las dos—hundió el rejón. Fué la señal de aviso para la pelea. El de Sotomayor, bravo y codicioso, se arrancó con furia, y dióse a la persecución del caballero. Y la pelea rebosó arte y habilidad, emoción y belleza... Era unas veces la suerte preparada, la reunión, la salida del grupo montado, seguro el hombre de lo que "llevaba debajo" y como orgulloso el corcel de a "quien llevaba encima". Y otras, el momento de peligro, el instante en que, en la denodada persecución, les iba el toro a los alcances, y cuando las gentes casi veían llegar el asta de la fiera al anca del caballo, éste "quebraba" graciosamente y rompía el "hilo", y salía, travieso y ufano, galopando, en tanto el toro quedaba zafado y "sin objeto"... Y todavía otras—¡soberano alarde del perdido y reconquistado arte de torear a caballo!— en que, colocado ya el número discrecional de rejones, el caballero, reunido el par de banderillas en la mano, tanteaba los terrenos, fijaba y cuadraba a la res, llegaba hasta ella, y con la sencillez y finura que pudiera un artista hacerlo a pie, iba clavando uno, dos, tres pares de banderillas en lo más alto del morrillo y en menor superficie que la de una moneda corriente.

Y las ovaciones se sucedían clamorosas ante el conjunto sin igual de la bravura de la fiera, de la gallardía del jinete y de la impresionante hermosura del caballo. ¡aquel "caballo a galope" de la frase de Balzac!...

A sol y a mujeres; a toros y a cañas. Aquello sabía a la fiesta española. Cañero descendió del caballo; requirió espada y muleta, y valerosamente toreó y mató al cornúpeto, que antes, en un pase, le había destrozado todas las chorreras de la camiseta.

La «Bordó», o el caballo del caballero.

De las jacas de D. Antonio, la "Bordó" se ha hecho popular. Se la sabe de memoria el público, y hasta el espectador menos avezado al trato de caballos, a esa afición netamente "andaluza", y que D. Antonio Cañero va a convertir, por la gracia de sus manos y de sus piernas, en afición "española"; hasta el más lego y peor fisonomista de caballos sabe que "Bordó"—Bordeaux, para decirlo al pie de la letra—es esa jaca castaña, airosa, como las de la copla del fandanguillo, elástica, poderosa y valiente, de patas de hierro y de manos de goma...

Con la "Bordó" no reza el sufrimiento del patio de caballos, que el diestro insuficiente atraviesa temblando, camino de la capilla, y en donde el caballo "se pone nervioso y rompe a sudar". Al revés, "Bordó" es una buena jaca torera, que hace el paseillo, engallada, como los toreros presumidos y jaquetones, como los diestros conscientes de su poder, que marchan, sin acordarse del toro, atentos al compás del pasodoble, y que luego, en tanto cambian el capote de paseo por el de brega, coquetean pasando revista a sus amigos de los tendidos y guiñan el ojo a las damiselas bonitas...

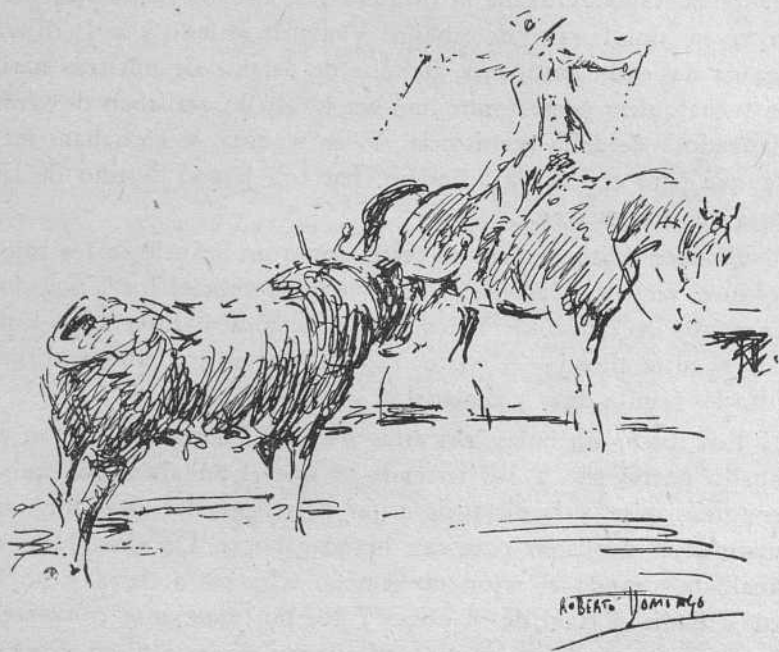
También "Bordó" marcha altiva, orgullosa de las largas piernas—piernas de jinete—que, pegadas al albardón, la ciñen; marcha, a la cabeza de las cuadrillas, sacudiendo el mosquero—péndulo desmesurado sobre su frente—, braceando, con la marcialidad del cabo de gastadores, y acortándose o alargándose, en despreocupada burla de los jacos de los alguacilillos, que tan pronto la preceden como quedan, humillados, a la zaga. Otras veces—y siempre sin romper el cuadro—inicia, con muy tenue insinuación, el paso de costado, tal que advirtiéndole a su apuesto dueño que está pronta a la faena. Y todavía la queda tiempo para cojear alguna vez, lo mismo que esos diestros que se hacen los resentidos al hacer el paseo, no para justificar las huídas, sino para que se sepa que han estado heridos y se cotice más alto su valor.

Y también, al romperse el cuadro de la cómitiva, la "Bordó", sabiéndose blanco de las miradas, entretiene el ocio de esos terribles instantes de la espera, paseándose, bizarra y jarifa, por los tercios, de cara al público, dándole velocidad de medio galope al "paso de costado", para, al final, emplazarse en la boca de riego, y allí, metiendo los riñones en las corvas mismas, las manos al aire, "lanzarse" gallardamente una, dos, tres veces...

Y cuando suena el clarín, "Bordó" avanza hacia el chiquero, llega hasta la puerta, vuelve la grupa, y espera impávida la salida del enemigo astado. Lo barrunta, lo presiente, lo siente alentar cerca de sí, y en seguida enarca sus patas de bronce, mete los ijares, lanza al aire sus flexibilísimas manos, y deja atrás, como cosa remota, un peligro que sintió a flor de piel. Las armas del toro son sus astas; las de la "Bordó", sus patas. Pero éstas, no para acometer, sino para desafiar, burlándola en un momento—en una especie de juego infantil—la fiera de otro animal también ágil y mucho más fuerte.

Lo que va de un caballista andaluz a un caballero portugués.

Dos factores, uno superficial, externo, y otro de índole interna han contribuido a que los caballeros portugueses sean los únicos depositarios del toreo tradicional a caballo; los únicos cultivadores de la suerte de rejonear. En lo externo, los penachos y atavíos del caballero en plaza—para nosotros anacrónicos—encajan a maravilla en la incorregible, bien que simpática, *finchadura* portuguesa. Cada portugués puede pasar por un caballero en plaza... de paisano. Y viceversa, en cada paisano hay en potencia un arqueológico caballero portugués. Y respecto de lo que estimamos factor interno de clásico espectáculo se encuentra en la suave costumbre de embolar los toros que ha permitido invertir años en la preparación y doma de caballos, que no iban a morir



Simao da Veiga.

en una tarde, y dedicarse al arte a jinetes especializados, aunque en su complejo de artistas no entrase, ni en proporción atómica, el espíritu heroico del gladiador.

De tarde en tarde, más espaciadamente cada vez, en tal que otra corrida regia o función de beneficencia, la figura del rejoneador portugués cruzaba la frontera y se situaba en nuestra plaza, en un simple salto de caballo. Venía de al lado y se la dijera llegada del otro continente. Saltaba de delante de nuestras narices y cualquiera pensara que hombre y caballo acababan de venir "lanzados" desde la prehistoria. Y, en seguida, se tornaban, mejor que para el Portugal lindero, hacia el lejano destino de las cosas que no vuelven...

El buen éxito de Cañero atrae, como un señuelo, a los rejoneadores vecinos. Vuelven a sonar viejos nombres: los Veiga, los Casimiro, los Nuncio... Y los de sus discípulos eminentes—Luis Lopes, entre ellos—. A todos, la competencia con nuestro cabalista les resulta dura y desigual.

Los toros, sin bolas, sus astas buidas al desnudo, asustan al caballo portugués. Y los terrenos en que el andaluz, que quiso ser torero, pisa, y la distancia a que deja llegar las astas limpias, son manjar durísimo para tan blandas bocas. De añadidura, el cabalista, cuando el rejón no remata, echa pie a tierra y no le cede a nadie el final de su obra. Y los portugueses se convencen pronto de que su dura pelea no admite, en el jinete ni en el caballo, las melosas cortesías de la alta escuela.

Uno, tan sólo, con la precaución de reservar su jaca predilecta para el toro embolado, le hace frente a Cañero y presenta, en contraposición a su personalísima escuela, la clásica que él aprendió de sus mayores, y que osa, por unas tardes, acoplar a la fiesta "a la española", alternando la lidia del toro embolado con el de puntas. Es el hijo de Da Veiga el viejo. El Simao, ídolo de los portugueses. Jinete consumado, rejoneador habilísimo y va-

liente hasta un poco más allá de las limitaciones, que le impone al valor una escuela que no tiene otro lema que la destreza.

Y un día, en memorable espectáculo de la Plaza de Madrid, chocan, mano a mano, por obra y gracia del caballero y del cabalista, las dos escuelas...

Juntos, desfilando a caballo al frente de las cuadrillas que hacen con ellos el paseo, ofrecen ya Cañero y Da Veiga, a los ojos del menos iniciado, en su porte y en sus cabalgaduras, el rudo contraste de su escuela de toreo a caballo.

La jaca torda de D. Antonio—¡quién le suprime el "don" a raíz de esta tarde!—es recia, "espesa", como todas nuestras "cajonas" cruzadas, y tiene las manos derechas, un poco "de estaca". Está "hecha" para avanzar "mar adentro".

El traje de su jinete, prieta la calzona y sujeto el chaquetón, dice bien claramente que ha sido dispuesto así para realizar algo también muy corto y muy ceñido. La apretura debe ser tal, que a la jaca le estorbe la cola. Y la lleva cortada.

El caballo del portugués, ágil y ligero, tiene las extremidades "quebradas", conformadas para revolverse sin interrumpir el galope. Como "construido" para volar por la costa. También vuelan las sedas y encajes de la ropa de Da Veiga. Y la misma cola larga del caballo—divino capote en los trances difíciles—está preparada para esos vuelos, como pueda estarlo para los suyos la de las aves...

Por eso, en seguida Cañero, que advierte a su primer toro en el ruedo, endereza su jaca hacia él, le llega decididamente hasta la cara, y allí cuarteo con prontitud, y pasa casi rozándole con la pierna las astas a la fiera.

El encuentro, brusco, peligroso, pone en el público un punto de emoción, que se resuelve en aplausos cuando la cabalgadura y el jinete salen airosos e ilesos. Esa pasada ha sido la señal de la batalla. En los viajes sucesivos el jinete mide con la vista el terreno, enfrenta

la jaca, se "hace presente" al toro y avanza, y poco antes de llegar se "atraviesa" para que por el costado de la mano armada le apriete el enemigo, casi hasta besarle el estribo, y se hunda, tanto por su empuje como por el de su mano, el rejón... Es porque el caballista andaluz clava para herir fuerte, para quebrantar, por si luego echa pie a tierra, o para matar, porque en su escuela no se confía a nadie esa peligrosa misión. Y de ese modo hunde primero tres rejones y luego dos pares de banderillas. Del segundo rejón de muerte cae rodando el toro.

El que corresponde a Da Veiga es tardo. Su "tardanza" aumenta después que el caballero le clava dos rejones. Y en este instante se "define" el caballero portugués, habilísimo jinete, que vuela de un tercio a otro y recorta y revuelve el caballo, para que, sin pisarle al toro un ápice de su terreno, venga éste a la suerte. Unas veces, la cola del caballo, despegada en el vuelo, burla a la res. Y otras, el brazo derecho, un poco a la zaga, se descuelga y clava el rejoncillo. Clava sin brusquedad, como el que prende un adorno. Pero el lance es bonito...

* * *

Y con el tercer toro alternan Da Veiga y Cañero. Es la culminación del "desafío".

Manso el toro, se ve a Cañero decidirse desde el primer momento a pisarle el terreno. Y a Da Veiga, tantear con su jaca el mejor lugar para que el toro se le arranque de largo. Así le clavan dos rejones cada uno. Piden banderillas. Sale por delante Cañero; llama al bruto, y va paso a paso con su jaca, como pudiera hacerlo a pie, y, tal que si fuese a pie también, mientras le "pega" valerosamente la jaca al cuello, quiebra la cintura en la silla vaquera, avanza hacia fuera el busto, y clava con una mano el par de banderillas. Queda bajo el par. No obstante, el encuentro ha sido de tan intensa emoción, que al hurtar la jaca al toro y salir galo-

pando de la suerte, se oye un "¡olé!" clamoroso. ¡Es la nota más aguda del "duelo"!...

Da Veiga, en su turno, banderillea con las dos manos. Mejor que dos banderillas, son dos rejones, por la largura, los que clava. Pero los reúne en lo alto y se aplaude la habilidad del jinete, que deja por completo abandonado a las piernas el mando de la cabalgadura.

En Cañero, lo mismo cuando corre los toros por derecho que cuando ataca, la suerte es apretada, corta y ceñida... En Da Veiga el caballo camina siempre más al sesgo; la suerte es desahogada y ligera.

Aún clavan uno y otro dos rejones de muerte, y dejan el ruedo después de haber dado juntos, como salieron, la vuelta al ruedo. Juntos se la han dado también al triunfo. Es de creer que habrán de ir también juntos sus nombres en los comentarios y discusiones.

Entre el elemento taurino, Cañero, por la emoción con que ejecuta y por el fin que persigue—torear y matar—, ha de encontrar más amplia fe de vida. Se ha metido en el corazón de la fiesta, y ha metido por los ojos a todos los espectadores la gran verdad de ese toreo rudo, en el que el caballista español enzarza al toro y al caballo, y en el que, en algunos trances, se defienden y se atacan el toro y el caballo, el caballo y el jinete, y el jinete y el toro...

Da Veiga, en cambio, hallará sus mejores partidarios en los que saben de la alta escuela de equitación. Él, ni pega con la vaquera, ni manda con los nudillos cara arriba, buscando el temple de la boca y ayudando los mandos con la derecha. Ni tampoco se permitiría abrigarse en la espuela izquierda, fijar la defensa en el cuarto trasero y, buscando la salida en la corveta, librar la grupa con el cambio de mano del galope. ¡Maniobras bruscas del campo abierto, prohibidas en su fina y brillante y alta escuela de equitación!...

Cañero hace frente a su arte con jacas de cinco años de edad y tres meses de doma. Da Veiga necesitará, de fijo, caballos de doce

años, con cinco de una educación notabilísima. Para esos caballos bastan a veces las piernas. Para pelear con otros, y en ciertos terrenos, todos los brazos y piernas son pocos...

Por desgracia, con estos dos jinetes se marcha de los ruedos este pasatiempo, hartó más artístico y más gallardo que el irritante toreo bufo, la sangrienta parodia taurina amenizada por músicos escapados de un *jazz-band*, y otros *entremeses* por el estilo, con que los paladares estragados se consuelan de la crisis de la fiesta.

VIII

DEL TOREO DE A PIE CONTEMPORANEO

Toreros de «buena media».—
Los del margen.—El triunvirato Barrera-«Bienvenida»-Ortega.—La plagas.

Desde la fecha en que se trunca la pareja Joselito-Belmonte a ésta, en que el toreo aparece dominado por el triunvirato Barrera-Bienvenida-Ortega, han transcurrido doce años. Poco más o menos, el lapso de tiempo que separa el ocaso de Mazzantini y Guerrita de la revelación de Joselito y Belmonte. Sino que este paréntesis lo llenan los dos toreros más pundonorosos que haya conocido el siglo: *Bombita* y *Machaquito*. Cuanto son se lo deben, más que a las circunstancias y mucho más que a sus facultades, a su afición y a su voluntad: a sí mismos. Valen más de lo que pueden. Física y artísticamente. *Bombita*, muletero por excelencia, no sabe matar. Pero en las tardes críticas ataca derecho y va a parar... a la cama. No logra imprimirle a la suerte de capa la finura que, sin llegar a la de hoy, tiene ya en Fuentes, Rafael *el Gallo* y, especialmente, en Antonio Montes, que comienza a levantar contra él a los "montistas" de Triana—¿quién les dijera que luego habrían de llamarse "bel-montistas", arrebatados (¡caprichoso sino del apellido!) por un Montes más bello?—. Pero, en compensación, Ricardo Torres se sale, en los quites, con los toros de poder, "abanicándolos", por las afueras, o los saluda con su sorprendente y personal e intransferible cambio de rodillas. Lo que no tiene por disposición lo adquiere por su voluntad. Y alterna la reeducación física, a que le obliga su deseo de enmendarle la plana a la Naturaleza—de transformarse en tan fuerte, cuando ella lo engendró tan débil—, con sus batallas taurinas, de

que dan evidente testimonio en su cuerpo ¡treinta y dos cicatrices!! Pues *Machaquito* tampoco se aviene a que los públicos "le esperen" hasta su típica suerte de matar, concebida, a falta de otras virtudes técnicas, con una rectitud emocionante. Su amor propio—el amor propio y la espera se llevaron siempre mal—le pone, antes de llegar a la estocada, en los difíciles aprietos de los pares al cambio, y alguna vez cambia a un mismo toro seis veces, hasta consumir la suerte a satisfacción.

También su muleta, que es muleta de corto vuelo, provoca el trance angustioso de sus célebres pases de pecho—único, pero eminente, relieve de sus faenas—, o de pases "de rodillas", como aquellos que, a raíz de serle concedida a Pastor la primera oreja que se cortaba en Madrid, valieron a *Machaquito* la segunda. Madrid se había resistido siempre a esos premios de las orejas y rabos, reminiscencia, seguramente, de la costumbre iniciada por aquel teniente de la Maestranza de Sevilla que, en 1750, regalaba el toro al espada de mejor éxito de cada espectáculo.

Por amor propio—en lucha constante contra todo y contra todos—se sostienen *Bombita* y *Machaquito* a la cabeza del toreo en ese largo período. Y por amor propio se van.

Un día, a raíz de la alternativa de Joselito, torea Ricardo con él en Valencia. Él "queda bien"—todo lo bien que podía estar *Bombita*—. Y Joselito, mal—todo lo mal que podía estar *Gallito*—. Al terminar el paseíllo al día siguiente, suena una ovación. *Bombita* se descubre y saluda. Y el público le grita:

—¡No! No es a ti. ¡Es al "pollastre"!

Bombita baja la cabeza. La sonrisa infantil que no le ha abandonado ni en sus percances sangrientos, se apaga para siempre. En ese momento concibe la fiesta, a beneficio de sus compañeros, con que se despedirá en Madrid (otoño de 1913). Y *Machaquito* marcha tras él, sin despedirse.

En cambio, los otros dos toreros que, muerto *Gallito* y retirados Belmonte y Sánchez Megías, ocupan con mayor permanen-

cía el lugar visible hasta que nace al arte la generación actual; estos otros dos grandes toreros—uno de estilo deficiente y otro de estilo depurado—han vivido siempre, más que en pugna con las circunstancias, a merced de ellas; sin gran lucha, y administrando con tal tacañería sus méritos, que si de *Bombita* y *Machaquito* decimos que era más lo que querían que lo que valían, de éstos cabe decir que no han querido ser la mitad de lo que valen. Nos referimos, claro, a Marcial Lalanda y Antonio Márquez. A aquél lo toman los públicos por “artista fino y cobarde”. A éste, por “torero enterado y valiente”. Y al término de la carrera, Lalanda, más “científico” que “estilista”, es el diestro de recursos y de arranques, que en un momento no le importa recurrir hasta a su corazón, y Márquez,—que toreaba, banderilleaba y ¡mataba!—se “estiliza”, y reduce su papel al de guardasellos, que únicamente en ciertas “solemnidades”, o con toros privilegiados, rubrica una suerte o escancia de un frasco diminuto las más ricas esencias del arte.

Esta desorientación en el juicio crítico, este aparente trastruque de la personalidad torera, débese principalmente a la indolencia de los dos toreros, que, conocedores de su valer—y del de los demás—, han vivido refugiados en el cómodo margen de sesenta o setenta corridas de toros, cuando se daban trescientas. Y unos años han sentado plaza de toreros largos. Y otros, de “estilistas”. Cambiando la denominación genérica por la específica, según convenía, dado el aspecto del mercado en cada temporada, a la conservación de su habitual número de corridas. Han sido los galgos de “aguante” dejando correr a los de “alcance”. Algo así como los que viajan en esos coches que sacan “buena media”. Y ven que otro los pasa, y dicen: “¡Ya cederás!” O predicen: “¡Ya caerás!”

Y hasta que, por ley de vida, han surgido los sucesores, Lalanda y Márquez—hoy semirretirados, pero todavía en la plenitud de su vigor físico y artístico—vieron “caerse” o “ceder” a cuantos les pasaban.



ROBERTO DOMÍNGUEZ

El sello de oro de la media verónica de Márquez.

Cayeron—al año siguiente de José—Manuel Granero y *Varelito*. Aquél, en quien la afición vislumbraba el torero del porvenir; y éste, que le había dado a la suerte de matar un interesante “estilo propio”. Murieron *Maera* y *Nacional II*—por causas extrañas a la profesión—; pero el uno había “cedido” en la marcha, y el otro no podía ya con la que llevaba. Pues la pareja *Litri-Niño de la Palma* se rompió antes de formarse. A *Litri* lo mató el toro, cuando comenzaba a flaquearle su principal fundamento: el valor. El *Niño* no pudo con el plan de corridas—cerca de la centena—a que le había encumbrado la novedad. Con distinta personalidad torera, su caso ha sido el del hijo de *Algabeño*, aquel buen “señorito Pepe”, que un año sumó el primer número de la estadística... Y después se eclipsó.

“¡Ya caerán!” “¡Ya cederán!”...

Márquez y Lalanda, en sus diez u once años, han dejado correr a todo el mundo. Y ellos, a su paso, con su “buena media”, se han sostenido, realizando de tarde en tarde, con un ademán de “¡ahí queda eso!”, verdaderos “hechos de armas” taurinos—los justos para mantener el cartel—, cual estos que transcribimos para la mejor definición de su respectiva personalidad:

El sello de oro de su toreo de capa.

Va el toro—¡ah, toro enrazado de Ibarra, legítimo Parladé, que ha sentido, antes de emigrar a Castilla, caldeársele la sangre en el cerrado antiguo del campo andaluz!—; va el toro hundida la testa en el capote de Márquez. Va y vuelve, obediente, a merced del capote que las manos del maestro traen y llevan a muy poca altura... Porque el diestro, que conoce el precepto de la mano baja, quiere, lleno el requisito de la maestría, erigir la figura y difuminar sus curvas y acortar la velocidad, para que, uniéndose el arte al saber como la forma al fondo, se destaque al lado del maestro el agudo perfil del artista.

Luego se planta la vívida estatua en el tercio, y las piernas entreabiertas, un poco al frente la del lado de iniciación de la suerte, va despegando los brazos del cuerpo lentamente, como si el mero ademán de despegar el capote y citar estuviese ya impregnado del aire de solemnidad y sujeto también al ritmo parsimonioso de todo el toreo de este artifice. Hunde el parlade sus astas en la seda—¿de qué, sino de seda, podría ser este capotillo de tan suaves andares?—, y el artista parece que lo atrae hacia sí, hacia su pecho, hasta sentir el calor de su piel, para despedirlo después, sin prisa y sin daño... Y el peligroso juego se repite cambiando de costado. Y después se cierra en el círculo espantable de la media verónica, allí en donde fundidos el hombre y la fiera se intensifica la emoción, y el arte supera su luz como las bengalas en su agonía. Preceden ahora los murmullos a los aplausos. Y luego se alarga la ovación en largas cataratas. ¿Cuánto duró cada uno de estos tres lances? Para muchos, no acabaron aún, y todavía empujan, empujan con el cuerpo, como si el capote tirase aún hacia el remate del lance. Otros advierten vagamente que mientras torea Márquez algo se ha detenido o parado en la Naturaleza. Y miran a hurtadillas el reloj...

El Belmonte rubio ha vuelto morenísimo.

Lo han tostado las playas—o las plazas—del Norte. El aire, que de cuando en cuando es también en ellas, como hoy aquí, aire de fronda, le ha azotado más de un día en plena faz. Y la cara, que no en balde es el espejo del alma, se ha ido entreverando en la lucha. Y ahora, al reaparecer en Madrid Antonio Márquez revestido de un simbólico terno negro, es en vano que la emoción del retorno y la impresión ante la hostile acogida quieran empalidecer el sano color de la veteranía...

Y pisa firme, como los hombres de corazón. Y mira altivo, como dicen que solamente son capaces de mirar los ojos negros...

Me alegro, me alegro, me alegro del coro de denuestos o invectivas con que se hace coro a esa tanda de lances al toro terciado que ha roto plaza, porque esta plaza se ha dejado romper de unos años acá por toros más terciados. Me alegro de que por el escenario del tedio y de la risa cruce una ráfaga de pasión. Y me alegro y me conmueve este fantástico espectáculo del torero, que, entreabiertas las piernas, sereno, imperturbable, magnífico, mantiene preso al enemigo en los vuelos del capotillo, y lo lleva y lo trae, casi sin despegárselo del cuerpo, en un palmo de terreno. Ni cede el griterío, ni él cede en la suerte. Y parece que mientras las astas le puntean la taleguilla en cada lance, los denuestos ni le rozan...

Luego, en una parte de la faena, la muleta se ofrece por bajo, tanteando al natural y resolviéndose a la busca del pase de pecho. La pierna avanza, cargando la suerte, y luego se cruza, cerrándole el camino a la bestia, como aguijón a su codicia. Es el toreo clásico, el toreo de buena cepa, el que se ha moldeado en la escuela de los que, rigurosos guardadores de la estética, no por eso prescindían del concepto de lucha en que se inspira la lidia de reses bravas, y proclamaban un precepto técnico que parecía la leyenda de su escudo taurino: "la pierna adelante"...

En la segunda parte de la faena, la muleta adelanta su pico al modernismo. Los pies se reúnen. Y el artista se recrea en el fruto de su vista, que ha sabido calcular la trayectoria del enemigo como traza un ingeniero la que ha de llevar un ferrocarril, pero sirviéndose del teodolito. Es el toreo de relumbrón, el toreo de juguete. Y en el que la mano de Márquez, hecha a más duras hazañas, juega, por lo mismo, a su placer...

Me alegro, me alegro, me alegro de los gritos con que se ha saturado el ambiente belicoso. Me alegro de estos golpetazos, de esta división, que confirma que también los grandes toreros se paren con dolores.

La importancia de llamarse Antonio.

¡Lidiar!... Hay quien confunde la lidia con la brega, que no es sino una parte de ella, y no la más brillante. Bien es cierto—y de ahí acaso el equívoco—que son muchos los días en que la lidia toma el aspecto de brega continua, y pocos los que la brega, por caer en manos privilegiadas, adquiere categoría de lidia. Pero no. Yo hablo de la primorosa labor torera—labor de bordado—de Antonio Márquez desde el momento en que se ha hecho presente en el tercio y ha desplegado el capote con el empaque del que inaugura un acto solemne, como si dijese: "Señores: comienza la lidia", hasta la hora de perfilarse para ponerle con la espada el bizarro remate que la lidia encontró siempre en manos de sus grandes intérpretes, su verdadero fin, y sin el cual el arte de lidiar no es nada, o es, a lo sumo, a lo largo de las grandes faenas estériles, una especie de magnífico y luminoso camino que no va a ninguna parte.

Está Márquez en plena sazón. Iba a decir que pasa por el momento culminante en que un escritor logra su prosa sin retoques ni tachaduras, o un pintor la línea y el colorido sin rectificaciones; pero pienso que quizá a unos y otros les ocurre todo lo contrario, y que es en su madurez cuando, más exigentes de sí mismos, consiguen y perfeccionan como él enmienda, "estilizándolas", las suertes. Aquel torero a quien ya en sus comienzos concedía yo la importancia de llamarse Antonio—en fiesta en que también se lo llamaron Fuentes y Montes y Reverte—, se llama ya Antonio Márquez.

Así como las suertes logran vida entera en sus manos, vida entera y vida larga, porque torea muy despacio, y los lances y los pases se inician, se desarrollan y se rematan, así, conseguida la faena, no sabe ya irse sin matar; mejor dicho, no sabe ya, al matar, irse.

Ordenada, serena y magnífica la lidia de este primer toro. Un lance de capa trae otro mejor en pos. Del mismo modo se engarzan los pases. Cuando la izquier-

da, que no ha encontrado codicia en el enemigo para más que ligar por dos veces el natural con el de pecho, cede la acción a la diestra, y ésta se va a las afueras para alejar a la res de toda querencia y distracción, también es el último pase el que, por lo lento y ceñido, parece que resume en sí todos los matices de la faena: la templanza, el mando, el valor y, sobre todo, la extraordinaria naturalidad, que es su nota dominante.

Hasta al matar, también un pinchazo en lo duro, sirviendo de preludio a la estocada corta y alta, da la idea de un último escalón para llegar a la cima, a punto que ahora se diría qué la estocada ha sido lo mejor...

Un gesto del viejo joven maestro. (Novena corrida del abono de 1932).

... Ha roto plaza un toro negro, nada pobre de cuer-
na, y tan bravo y alegre, que sus primeras muestras le-
vantán en la muchedumbre murmullos de expectación.
Es de Salamanca. Aclaremos: es del ganadero de Sala-
manca de quien aprendieron allí algunos, muy pocos, a
ser ganaderos, y los más, a servir como tratantes y
cobrar como ganaderos... Es de D. Antonio Pérez, se-
ñor de San Fernando en el Villar de los Alamos. Se
planta el toro en el tercio, engallado y retador. Los mur-
mullos se acrecientan. Quieren decir: "¡Ahí está el
toro!"

Y el protagonista, el primer espada de la terna, avan-
za, y extiende su capote con un ademán de decisión in-
confundible. Bien sentadas en el suelo las plantas de los
pies, los brazos se adelantan, y traen y llevan al bravo
despaciosamente—que ya no puede torear quien no to-
ree despacio—. Con los lances va y viene también,
como prendido en ellos, el coro de los "¡olé!"... Y en
el remate, al cerrarse el abanico de la media verónica,
los murmullos se truecan en aplausos atronadores. Qui-
eren decir: "¡Ahí está el torero!..."

Y el torero es...—no busques, lector aficionado, por

lo moderno del escalafón, que no acertarás—; el torero es... ¡Marcial Lalanda! Mejor dicho, Marcial a secas. Porque en estos toreros de casta, o de gesto, el nombre expresa más que el apellido. Nombre propio, de cosa personal, de lo que no se transmite ni se hereda. Al contrario que el apellido, que puede generar una escuela y titularla en el transcurso de varias generaciones... Por eso el patrón del toreo moderno que en el 2 de mayo y en la corrida de Beneficencia, a la hora de señalarle más nuevos y más peligrosos derroteros al pase natural, se llama Belmonte, para que nazca con su apellido la era belmontina, sólo se llama Juan cuando en la tarde de su despedida se echa a la espalda tres lustros de toreo y más millones de pesetas que lustros, y ataca, por el honor del nombre, hasta dejarse en las astas del toro el corbatín... Entonces ya no es Belmonte, sino Juan. Porque estos gestos son los que no se aprenden ni se enseñan.

Transcurre en una viva ovación todo el tercio de quites. ¡No hay mariposa, no! Volará más tarde. Allá cuando en el espectáculo, ya triste y amohinado, sus alillas doradas pretendan recordar que hubo primavera, que hubo un tan brillante comienzo... Ahora, el torero, atento al honor del nombre, mirando de reojo a Ortega, sin rencor, pero con la ligera hostilidad con que mira siempre el que se va al que viene, quien cierra una época a quien pretende abrir otra; ahora Marcial no está para mariposas... Antes al contrario, se ha metido airadamente en el coto del toreo nuevo, acaso para decirle adiós desde adentro, y en los dos últimos pases naturales de la serie de cinco que encabeza la faena, el terreno, el rumbo de la muleta y la serena articulación de la figura, venciendo a sus usos y costumbres tradicionales, arrancan a los aficionados exclamaciones de sorpresa y a la multitud en masa gritos y palmas resonantes.

Pases con los pies juntos y las manos metidas hasta los codos en el campo del estilismo. ¡Pases enteros arrancados a una muleta curtida en los medios pases! ¡Largas frases pronunciadas de corrido por una lengua hecha a



Roberto Domínguez

... las alillas del quite de «la mariposa», de Lalanda.

balbucir!... En uno, rodilla en tierra, los jaleadores pierden el aliento. ¡Tanto tiempo media entre la iniciación y el remate!... Y para que todo sea gesto, al término de la larga faena también el viejo joven maestro, con sus tres lustros de toreo y más millones de pesetas que lustros a la espalda, también por el honor del nombre... ataca. Ataca denodadamente. La mano va hasta la llaga que le abrieron las picas a la bestia por lo alto del morrillo. Desde arriba, la impresión es que se ha embutido por ella hasta perderse de vista la empuñadura. Pero el arma erró el golpe—debió resbalar en una banderilla—, y brilla, intacta, de la punta a la cruz, en la mano del diestro.

Baldío tan difícil viaje, hay que andar de nuevo ese áspero camino de la espada, más largo cuanto más corto es, porque en la geometría taurina la recta es muchas veces un trazo que tiene un punto en el ruedo y el otro en la eternidad. La muchedumbre duda un instante, temerosa de que se empañe el triunfo. El diestro no. Lía la muleta, y un poco alta la espada, mucho más alto el corazón, vuelve sobre sus huellas. Por la misma trayectoria hiende la espada el aire. Sino que esta vez toca en la llaga que marcó el picador, señero, en lo alto, y se adentra hasta dejar su cruz en la del toro, que rueda a los pies del torero... La plaza vibra estremecida. El entusiasmo, mal contenido durante toda la interesante lidia de este toro, aflora en diversas manifestaciones. Millares de pañuelos, que obtienen para el diestro las dos orejas de la res. Saludo alborozado de los que, no contentos con descubrirse a su paso, lanzan al ruedo los sombreros. Y ovaciones frenéticas...

—¡Es Marcial! ¡Marcial Lalanda! ¡No le conoce usted?—me grita un lalandista implacable.

Y es verdad que por su estilo de hoy le hubiera desconocido. Pero yo lo conozco bien. Quizá lo que menos admiran de él sus partidarios es lo que más le alabo yo, que no lo soy... Seguro que ellos lo ven ahora, reajustando sus maneras, suavizando el palo de la muleta, buscando para vestir las suertes el terciopelo de los

vestidos de moda. Y yo le miro—y le admiro—a las chorreras de la camisa, que el pitón desrizó... Los ojos serenos, la color quebrada y su sonrisa magníficamente hipócrita, porque para que el arte resalte disimula el valor. Yo he visto en esta misma cara este mismo gesto en otra ocasión. Fué en Aranjuez. Belmonte le preguntó:

—¿De dónde vienes?—como aquel que dice: “¿De qué escuela? ¿Con qué ambiciones?”

Y la cara pálida contestó sonriendo:

—¡Vengo de la cama!...

Los toreros del margen.

Yerran quienes, como el conde del Sacro Imperio, comparan a Rafael *el Gallo* con *Lagartijo*, aunque únicamente lo hagan para señalar que el calvo “vino a ocupar el lugar que dejó *Lagartijo* en la benevolencia del público”. Verdaderamente, los públicos se inclinaban más por la figura envejecida y simpática—de trazo fino—de *Lagartijo* que por la prepotente y soberbia—de trazo tosco—de *Guerrita*. Como habían de otorgarle, más tarde, un mayor margen de amabilidad a Rafael *el Gallo* que a Ricardo *Bomba* y que al mismo Joselito. Pero ese paralelismo, meramente circunstancial, no se funda en afinidades artísticas ni temperamentales. Un Plutarco taurófilo ni hubiera reparado en él. *Lagartijo* no tiene en toda su carrera otro desenfado que el de hacerse demasiado viejo. Frente al peligro no hay nada feo. Se puede torear con todo... menos con canas. Por lo demás, *Lagartijo* hace, en su mocedad, un aprendizaje tan concienzudo y arriesgado que, al principio, se lamentaba de “que los toros lo tenían más tiempo en el aire que en el suelo”. Y luego torea, “sin trampa ni cartón”, mucho y bien “al natural”. Y sobre banderillear—“con sólo verle tomar los palos y ponerse en jarras, las plazas crujían...” —, aprende a herir los toros por la yema. ¡Da nombre a la “media estocada lagartijera”!...



ROBERTO DOMÍNGUEZ

Larga, del toreo «marginal» de el Gallo.

El Gallo, por el contrario, aprovecha el margen de confianza que los públicos le conceden, para elaborarse, a su medida, un toreo "marginal". La serpentina—que tiene nombre carnavalesco—, el par de trapezio—que trasciende a circo—y la "espantá" (tragicomedia gitana). Todo lo que ha trabajado el hombre para no trabajar lo ha toreado *el Gallo* para no torear. En sus improvisaciones, calificadas de geniales, la muleta entró por todos los movimientos menos por el de la lentitud, y los toros, a su orden, pasaron por todas partes y de todos modos, menos cerca y por delante del pecho del torero.

Al lado del toreo marginal se hace también una conciencia al margen. Mientras *el Espartero* decía "¡más "cornás" da el hambre!", Rafael proclama que "la bronca más grande dura menos que la cornada más pequeña".

Y cuando un aficionado le pregunta cómo es que a él no le importan los Veraguas ni los Miuras, contesta:

—¡Lo mismo da! Cuando salen malos y "viene la de correr", jamás se me ocurre volverme a preguntarle a un toro de quién es...

En tanto se desnuda, de vuelta de una corrida en que le han echado un toro al corral, sus íntimos creen del caso consolarle:

—¡Era un marrajo!

—¡El condenado se acostaba por el lado derecho!

—¡Se iba al bulto!...

—Además—resume uno—, se llamaba *Verdugo*.

A lo que *el Gallo* replica serenamente:

—Y por mí, todavía se llama...

Ni para en la plaza ni para en la calle. Su toreo es tan inquieto como él mismo. O él es tan nómada como su toreo. Con idéntica facilidad que baja de uno de los primeros puestos del toreo a uno de los últimos, o sube de éstos a los primeros, va desde la barrera a la boca de riego, o desde el centro del ruedo al callejón. Y tanto le importa el crucero Madrid-Sevilla como Sevilla-Perú...

Un amigo mío—alma viajera, caracol que tiene por concha



Rosendo Domínguez

«... la Naturaleza ha dotado físicamente a Cagancho de las proporciones de Lagartijo.»

el trasatlántico—caminaba, hace dos años, por el Pacífico. A las altas horas de la noche, alarmado por la inopinada detención del barco, abrió la luciérnaga de su camarote. Vió lanzar un bote al agua. Y a poco, descender por la escalerilla a un hombre menudo. La luna le hacía más blanco el crema de su traje de seda de Panamá. Un impermeable pluma, un saco de mano, y una cañita anudada—débil punto de apoyo para pasar al bote—se partieron con él. El trasatlántico reanudó la marcha. Y un marinero, satisfaciendo la curiosidad de mi amigo, murmuró:

—¡*Monsieur Gallo!*...

No se ha vuelto a saber de él.

Los modernos cultivadores del “toreo al margen” son análogos al *Gallo* en cuanto a desenfado; pero más puros en la ejecución. Incurren en la misma o mayor “desigualdad”—más censurable en éstos, por más jóvenes—; pero toread mejor, y hasta, en el momento inspirado, son de los que mejor toread.

El primero, en orden cronológico, ha sido *Chicuelo*—hijo del otro *Chicuelo*, que, como *Faico*, *Minuto* y *Bonarillo*, no encaja en este estudio—. *Chicuelo* aprieta un poco el pase natural, que era despegado en *el Gallo*. Y del famoso pase “del celeste”—ayudado por alto con que Rafael preludiaba sus faenas de excepción—, traduce *Chicuelo* al toreo de capa el lance con los pies juntos y a favor de querencia, por el que los toros entran y salen como entraban y salían por aquel pase de muleta, a la manera que cuentan lo hace Pedro por su casa.

Después, con tan terribles desigualdades, que no han acertado a establecer un punto de transición entre lo sublime y lo ridículo, entre lo más noble, lo más puro y lo más estético, y lo más feo y reprobable, aparecen *Cagancho* y el malaventurado *Gitani-llo de Triana*. Este, no es desigual por falta de valor—antes el valor le pierde—, sino por falta de experiencia. Su pentágrama no sabe de otra nota que el do de pecho. *Cagancho*, a quien la naturaleza dota físicamente de las proporciones armónicas de un

Lagartijo, está más dentro de la débil moral de los toreros al margen. Pero a uno y a otro—y en cierta ocasión a entrambos juntos—debe la fiesta, contra grandes desastres, hazañas toreras de una belleza plástica y de un colorido insuperables. ¿Se ha olvidado alguien del 13 de junio de 1930—13, que suma 13, pero gran día para la supersticiosa grey gitana—?...

He aquí el suceso:

La "picadilla" de los gitanos.

De los lances finos, bien hechos, pulsados maravillosamente por *Cagancho*, como en una especie de adornado tanteo de la acometividad del segundo coquilla, va éste a estrellarse en un caballo. Sale de él, y de nuevo se encuentra con el maravilloso capotillo, que tiene las alas de seda y subidas de color... ¡Sobre todo de color! Porque es el colorido el trazo torero más vigoroso de las suertes de *Cagancho*. Tienen color torero, como él tiene color gitano...

Retumba por largo rato el seco estampido de los aplausos. Vuela a refugiarse en las bóvedas de la grada el eco de los últimos "¡olés!" que arrancó, sonoros, la media verónica. Y en lo que es colocada la res para el nuevo encuentro, se oye un murmullo como de expectación e impaciencia. ¿Qué pasa? Una palabra da la clave: "¡El otro!"...

Es que le toca el quite al otro, al otro gitano: al *Curro Puya* de Triana...

Ceñido el primer lance, todavía se ajusta más la suerte en el segundo, por la levedad de la enmienda, que apenas se redujo a la simple mutación del frente de la figura, y todavía más apretado—así se aprieta la emoción a todas las gargantas—el tercero... Las piernas quietas, los brazos durmiéndose en la ejecución parsimoniosa, y el bruto, borracho en el engaño, pasando, con inexplicable sumisión y con obediencia inconcebible, a ras de su burlador, sin tropezarle un



«... los brazos de Curro Puya desuniéndose en la parsimoniosa ejecución, y el bruto
borracho en al engaño...»

ápice, como sugestionado por el lance y atento a "no romperlo ni mancharlo"...

También a los "¡olé!" estentóreos sucede, estrepitosa, la ovación. Se oyen voces ininteligibles, gritos inarticulados, murmullos. Y el público, henchido de entusiasmo, le da al coso el aspecto de animación incomparable y único de que sólo es capaz una fiesta de toros.

—¡Ahora el otro! ¡Ahora el otro!...

Turna *Cagancho*. Y aunque el coquilla se ha apagado mucho en el tercer encuentro, el gitano mira cara a cara este duelo, en el que no combaten dos estilos distintos, sino que un mismo estilo, una misma escuela de toreo, pasa de unas manos a otras en disputa de matiz, para que se vea—cosa poco fácil—en cuál es la suerte más lenta o más prieta o más bella... Y *Cagancho* adelanta la pierna hasta la propia cara, hasta los cuernos mismos, situando la ejecución de sus lances, ya más emocionantes que graciosos, en el último punto, en el último grano de arena del terreno del toro...

No cabe perfeccionar más. Casi no se concibe este pasarse de uno a otro el toreo de capa, para devolvérselo siempre con un más allá en estilización, en alargamiento de la suerte. Así podrían jugar los muchachos alargando la pasta de un caramelo. El público se ha penetrado de la "picadilla" de estos dos gitanos, que en plan de pelea llegan a negarse el parentesco, pero que en la Plaza son mucho más que primos-hermanos, porque llevan en la masa de su sangre torera la misma escuela, la misma técnica: la de la mano abajo y el mando suave...

Lo malo es que a la magnífica "picadilla" le espera para en seguida un doloroso punto y aparte. *Cagancho* ha comenzado la faena de muleta con el llamado pase de la muerte: pase del toreo "colorista" del Gallo, que, ya magnífico con la menuda figura del calvo, se realza y engrandece con este gitano bien plantado, y que como plantado—se dirían hundidos en la arena sus pies—cita desde lejos y espera impertérrito el paso de

las reses, seguro de haber calculado el terreno como con un compás...

Se va lejos el coquilla, y *Cagancho* tras él. Llega hasta los medios. Deja el diestro la muleta en la izquierda, y cita y porfía al natural. Pero ¡desde dónde porfía al toro, Dios Santo!... ¡Si casi le puede tocar el hocico con el centro del palo de la muleta, que es por donde la tiene asida la mano!... Al iniciar el pase, el toro no sigue el engaño: desvía la cabeza, y prende al hombre por el muslo, campaneándolo. Todavía le derrota en el suelo... Y, ¡manes de los Faraones descubiertos y por descubrir!, cuando el susto ha llegado a los más enteros, *Cagancho* se alza del suelo, la taleguilla destrozada, la camisola rota por el pecho y el rostro ensangrentado, y vuelve a muletear cerca, cerquísima, con esa valentía rara en los gitanos, y que, por rara, toma en sus extrañas apariciones ribetes de inconsciencia. Mata, atacando recto, con dos pinchazos y una entera. Y se va a la enfermería, mientras en la Plaza—la sorpresa alternando con el entusiasmo—salen al aire los pañuelos y arrecia el estruendo de las palmas...

Todavía se reproduce la algarada ante una soberana tanda de lances de *Cagancho*. En ellos, como luego en una primera parte de faena de muleta, se destacan su estilo y personalidad genuinamente trianera. Pero los coquillas han ido a peor. Lo bueno ha sido muy poco. Y la inesperada ruptura de la "picadilla" de los gitanos, nota culminante de la fiesta, ha proyectado sobre ella una densa sombra de desilusión...

El maleficio del mes de mayo.—Percance mortal de "Gitanillo".

Los supersticiosos achacan los percances de mayo al maleficio de su "m" inicial. Los técnicos, a que la hierba, ya espigada, fortalece considerablemente al ganado. Y los matemáticos, al hecho estadístico de ser éste el mes preponderante en número de corridas en la

Plaza de mayor responsabilidad para los profesionales. Como quiera que sea, mayo, que empezó con sangre—en sus comienzos cayó gravemente herido *Cagancho*—, se ha despedido con sangre también. Y por partida doble, como queriendo echar el resto en su último día... Ocurrió el primer accidente en el tercio de banderillas del toro primero. Prieto, pariente de aquel infortunado *Varelito*, al clavar en su turno un par de banderillas, se quedó—torpe de movimientos—en la cara del toro, y éste, que era vivo de genio, le empuntó por el muslo, le derribó en tierra, y aun tuvo tiempo de recoger al caído en la furiosa tolvenera de sus astas. Una vez, el cuerpo apelotonado, fué suspendido una cuarta del suelo. Otra, el asta, buida, tan fina que ni aguzada de intento, entró como una saeta por entre el oro del espaldar de la casaca, y la cortó en dos... Y cuando los compañeros del caído le tomaron en brazos, por encima de sus manos, que oprimían nerviosamente una pierna del herido, un borbotón de sangre iba señalando el camino... Aparatosa cogida, no sospechábamos la inminencia de otra que la sobrepujó en emoción y aparato. Fué en el tercer toro. *Gitanillo de Triana*, que le había impuesto—ignoro cómo no le cogió entonces—su toreo de capa, el de más depurado estilo que hemos conocido, a un enemigo de condición poco franca, quiso imponerse también con la muleta. Y ahí quebró. El toro, sin romperse en la suerte de varas (se la cambiaron con sólo dos, porque las tomaba a regañadientes o al revuelo oficioso del capote de Lalanda), creció mucho... Crecido el toro y sin haber perdido su querencia hacia adentro, fué *Gitanillo* y, equivocado, todavía lo mandó cerrar más a un peón. Y empezó la faena con el toro atravesado en el camino de las tablas y muy cercano a ellas, con todas las ventajas para el enemigo. Comprometido el sitio, aun para torearlo por la cara, el intento de ajustarlo a su patrón del toreo solemne era una temeridad. Y en un mínimo descuido—cuarto pase de la faena—la res prendió al hombre y le hundió en un muslo su finí-



... Y rápidamente le empujó contra las tablas.

simo puñal. En el aire, con vertiginosa rapidez, se pasó el cuerpo del hombre al arma contraria, y también se le vió hacer carne. Y rápidamente lo empujó contra las tablas... Los que ocupábamos localidades altas no vimos ya más que el cabeceo de la fiera, recrecida en su codicia, sobre su presa. Dificulto que la enorme sensación de los que presenciaban desde enfrente la trágica incidencia, aventajase a la angustiosa incertidumbre de los que, no alcanzándolo bien, al ver cómo, una vez ascendía, rebañado del suelo, por encima de la valla el hombre, lacio y roto como un pelele, presentíamos los horrores del drama... Alguien recordó, a mi lado, por su similitud, el percance de Granero. Tuve la fortuna de no verlo. Y no sé lo que diera por haber estado ausente de éste... Porque, ciertamente, pocas profesiones están exentas de percances. Menos la que, cual ésta, llámase profesión arriesgada. Pero nadie se acostumbra a verlos. Y cuanto más va la vida madurando el corazón y la cabeza, todavía menos... A los dos meses y medio de lucha con la muerte, sucumbe Curro Vega.

Barrera, «Bienvenida», Ortega.

Las estadísticas de los últimos años destacan al primer término del escalafón torero estos tres nombres. Con Lalanda, si no se va, o con Márquez, si vuelve, o también con Victoriano de la Serna o con Pepe Gallardo, si por ventura llegan a ser lo que las crónicas cuentan, esos tres nombres resultan incommovibles e incuestionables en aquellos carteles extraordinarios para los que la taquilla exige lo más y lo mejor. Son hoy el eje de la fiesta. Los valores más permanentes en que la fiesta, descoyuntada y todo, se asienta. Y son valores absolutamente distintos en la extensión y en la intensidad, y en el trazo y en el colorido. Pero son, por encima de todo, toreros que, desarrollados en el ambiente convencional de las corridas de toros... sin toros, no pierden, sin em-

bargo, su personalidad el día en que, por excepción, el toro sale. Son diestros de hoy, que podrían haberlo sido de todos los tiempos. Y es a esta consideración, y no a la de su categoría—que en esta época hay ya tantas categorías como puntas de becerros—, a la que se debe este somero estudio, que, violentando un poco el propósito de no meter nuestra pluma por entre la turbamulta festivalera del día, ofrecemos encerrado en el marco de los juicios críticos de alguna tarde de toros. De toros, mejor dicho, de los que aun se ven, alguna tarde, en Madrid...

Vicente Barrera debe su personalidad a la muleta. Podríamos decir que si la muleta de Ortega es hoy la más "honda", la de Barrera es la más "larga". Y que, guardando la proporción de las figuras en la medida con que la Historia las talla en cada época, uno y otro vienen a ser, dentro de las normas modernas, el torero "intenso" y el torero "extenso" de todos los tiempos.

Quando un toro—decíamos en cierto día—, un toro con tipo y con edad, mansea y corre de uno a otro lado a su placer, sin entrar ni casualmente por el carril de una suerte, tendiendo con sus huidas el puente de plata a los "estilistas", que tan sutilmente han "estilizado" el miedo; cuando parece que no habrá lidia ya, ni faena de muleta, ni pase posible, y surge un Vicente Barrera, se para delante del manso, extiende delante de él su rojo talismán y lo prende y fija de tal modo, que la bestia, que antes tenía todos los caminos abiertos, parece que ya sólo ve el que le señala con la tela su dueño y señor, y resuenan los aplausos, y los "¡bravos!", y los "¡olés!", a nosotros, a quienes hemos visto en otra época encelar a un manso, quebrantarlo en el engaño y obligarle a pasar, ciego y obediente, por debajo de la diestra marimandona que lo dominaba, se nos vienen a las mientes los nombres de los viejos maestros del arte de torear "toros"...

Nosotros los críticos clasificamos toreros cortos y

largos, "estilistas", "paronistas", etc. Ellos—los toros—, con sus cuernos no se paran en matices: toreros y novilleros. Nosotros cantamos tres lances, o dos revoleras, o el pase del cuota, o una estocada, y llenamos de estrellas el firmamento taurino. Y como en el otro firmamento, el mentir de estas estrellas tiene más de un día visos de actualidad. Pero sale el toro, y en un momento, un solo resoplido le basta a enseñarnos que, si entre mil abogados valen seis, y cinco o seis entre dos mil médicos, una nube de trescientos toreros no puede dar un coeficiente de doscientas eminencias... Y seguiremos contando con los dedos de la mano estos que delante de dos toros mansos sean capaces de meter mano a la muleta y de torear y matar con ella, ya que la espada falla.

Es, no obstante, en otra tarde señalada de este mismo año, de 1932, cuando, despegándose del medio ambiente, se realza y define en todo su valer el muletero valenciano. De ese día son los retazos de esta crónica:

Barrera clava en lo más alto de la plaza de Madrid su bandera roja.

Cae la tarde. Ha sido la clásica tarde abrileña, con barruntos de mayo. Las nubes le han disputado a ratos su luz al sol, y una hasta escupía, displicente, sobre la fiesta. Tarde de frío y de calor, fulgurante y sombría, de inseguridad y volteretas. Tarde novillera... Pero el sempiterno amigo y protector de los toros triunfa antes de asomarse al ocaso, y deja su largo beso de oro en las gradas altas del circo. Millares de manos le saludan palmoteando, al mismo tiempo que le despiden. Y millares de labios pronuncian el nombre del sol de esta tarde. ¡Vicente Barrera!...

Se ha cerrado ya el último tercio de quites. Animadísimo el torneo de capa, precisamente le ha echado él, el maestro, su llave torera. Los aplausos que estallan



ROBERTO DOMÍNGUEZ

«... La muleta de Barrera. suave con el débil, dura con el fuerte...»

no son recuerdo especial para los ceñidos lances de capa con que se remató el tercio. Que el que domina la muleta—clave del arco maravilloso del toreo—no halla grave inconveniente, a poco cuidado que ponga, en pisar donde los demás pisen al torear de capa. Pican más largo y más alto estas ovaciones finales, que suenan a honores de consagración.

—¡Gran torero Barrera! ¡Barrera, gran lidiador!—se oye.

Sí; pero convendrá aclarar, antes que el confusio-nismo avance, que el torero de Valencia no se ha extendido estos títulos con el capote. Sabe torear con él, y esta misma tarde ha encerrado sus lances en el terreno que el que más los cierre. Sabe también llevar la lidia del primer tercio. (Los dos toros mejor llevados en la suerte de varas el año pasado fueron uno de Barrera y otro de *Bienvenida*.) Pero desde el punto de mira de la brillantez, el primer tercio tiene por ahí tantas su-blimidades en ejercicio como de nulidades está plagado el último tercio.

Y si el tercio de varas se juzga en su verdadera condición de tercio preparatorio, ello mismo lo dice: o ha de preparar cosas mayores, o por sí solo, como escuela ilustrada de las faenas de tentadero, resulta bien poca cosa. Sería ridículo, de puro inocente, pretender ahora, justamente ahora, conceder al primer tercio la máxima importancia de la lidia, cuando los caballos "parape-tados" dan a la suerte de varas tónica de mojiganga, y cuando los bárbaros lanceros atraviesan de cualquier modo sus acolchonados semovientes y tiran su lanzada al "dé donde diere"... No. Confusioncillas, no. De hoy más, la entraña de la lidia es el último tercio. La muleta, el eje del arte de lidiar, pieza maestra de la máquina taurina. El gran lidiador, el gran muletero.

Y el gran muletero de estas dos últimas tardes, Vicente Barrera... Por eso, al declinar esta tercera de abono, a la postre de cuatro faenas de muleta, de su portentosa muleta, especie de bandera roja clavada en el centro del ruedo—la cima más alta de la plaza—, el



Vicente Barrera.

público, vencido poco a poco, que quiere decir convencido, al mismo tiempo que lo despide, le proclama torero.

* * *

¿Qué tiene esa muleta, que, nacida en Valencia, cecia tan a lo sevillano?... ¿Qué hay de mágico en esa muleta de Barrera, que, dura con el fuerte, y suave con el débil—como los hombres de corazón—, tan pronto se apodera de los toros?

A este quinto de la corrida de Terrones no le ha dado cuatro muletazos y ya es suyo. En un momento ese pedazo de tela roja, frente al que cernía sus astas y del que se quería evadir, se ha convertido para el bichejo en algo obsesionante, y tiene tan metidos en él los ojos y la cabeza, ciego y borracho a la vez, que no ve otra cosa ya: ni al artista, que, ahora en pie y luego de rodillas, le tiene a menos de un milímetro, también ciego—de coraje—y ebrio también de su propio arte; ni a los que desde burladeros y talanqueras y tendidos y gradas aclaman al lidiador; ni siquiera el hueco de luz que se le abre delante cuando la tela roja se aupa por encima de las astas, y cuyo retorno espera sin perder más de dos palmos de terreno...

Era mansurrón, y parece bravo. Distraído, y se ha hecho celoso. Flojo, blandengue de genio y de patas, y ahí están enderezados el cuerpo y el instinto, porque, sintiendo al hombre tan cerca y tan cerca al engaño, el muy bruto se ha hecho la torpe ilusión de que puede coger. Que es de fijo la ilusión que enciende la codicia de los toros.

Pero ¡qué ha de coger!... Cuando quiera detenerse, creyendo hacer presa, su obsesión, la tela roja da un tironcito leve, pequeño, lo justo para que el asta pase un poquito más allá de donde se halla parado el hombre. Otras veces, el trazo rojo corta bruscamente la línea, y se le va del hocico a clavarle su aguijón en el ijar. Otras se le pierde por encima, cosquilleándole en

el espinazo. Y los espectadores, unos afanados en la crítica, con el lápiz, y otros atraídos por la obra, con el aplauso, van apuntando: Dos pases por alto. Dos de pecho. Un afarolado. Dos de rodillas... Y ya, sin nota posible, sin número y sin tasa, cuanto van dando de sí juntos el valor y el arte, y la técnica y la improvisación. Hasta que la espada—única incógnita del incommensurable torero—acierta. Acierta en el primer viaje y al primer golpe. Y antes de salir los pañuelos a flote estalla una ovación ensordecedora. Los entusiasmados más próximos le tiran sus prendas de vestir. Uno grita:

—¡Ha resucitado *Gallito!*...

Así triunfaron siempre los toreros de este porte: a la larga y en muchas veces, y no a la corta y de una vez. No se plantan de un vuelo en la cúspide, para evitarse caer con las alas rotas o el equilibrio inestable del ave de paso. Suben tramo a tramo, y afianzados en el último, se sientan.

* * *

Manolo *Bienvenida*, el primogénito de aquel célebre *Papa Negro*, es el torero de Sevilla. En él se perpetúa, espléndidamente, el tipo clásico del torero sevillano, o, más genéricamente, del torero andaluz. Con este mocillo pinturero, que ya de infante recorrió las plazas del mundo, resurge, al hacerse hombre, un ejemplar de la escuela sevillana antigua, moldeada a la moderna. Más metido en las suertes, más lento en la ejecución—lo impone la época—su toreo, que hasta hace pocos días era precoz, en la cuadrilla infantil, y que ahora se llama joven, en las fiestas mayores—podría retirarse rico antes de entrar en quintas—, tiene como distintivos principales la variedad, el garbo y la alegría. Buen lidiador, gran banderillero, que reintegra a la suerte el dominio “por los dos lados”, excelente muletero, revolotea por los tercios de la lidia como un pájaro colorín bajado del cielo añil a su tierra de oro. Torero

sevillano, típico, todo filigrana, adorno y juego, nadie diría que acecha la muerte en sus peligrosos jugueteos. Alguna vez, ¡ay!, aparece de súbito, porque entra también la muerte sin permiso ni previo anuncio, a la fiesta de toros. Pero en estos ya raros ejemplares del "toreo sin penas", las suertes fluyen con la sencilla espontaneidad de un manantial y la idea del peligro se aleja por la difícil facilidad con que se le desafía y vence. Son toreros que en la apertura de un lance sonríen. Sonríen también a la salida peligrosa del par de banderillas, en que el toro les punteó la sobaquera. Y sus faenas de muleta parecen concebidas y trabajadas entre compases de música y repiques de campanas. Mejor que divertir a los demás, diríase que tratan de divertirse a sí propios. Y como no sufren toreando, su afición y su ambición, hermanas gemelas, se desbordan.

Surge una feria y reclaman: "Todas las corridas, para mí, sean de quien sean". Entran en la plaza y ordenan: "Toda la plaza, mía". Y muchas, muchas tardes, hay que obedecerles.

Recuerdo de su célebre hazaña con aquel Miura de Valencia, aquel toraco castaño, al que los brazos del mocosuelo—dieciséis años entonces—"llevan y traen sin necesidad de extenderse del todo, ahuecados, en un leve y gracioso codilleo, que reduce el espacio de la suerte"... Y estaba el toro rebosante de fuerza y ligero de pies, cuando, virgen de lidia, sin el largo y odioso tanteo de los peones, embestía con el brío de los toros recién salidos.

También de otra tarde de toros—del conde de la Corte—en Sevilla. Corrida con las "malas pulgas" de la casta; pero mansa y quedadota, y a cuyo término, el ex diestro Antonio Fuentes me decía, entusiasmado:

—¡Eso es! ¡Hay que ayudar a los toros!

Y el viejo maestro sevillano miraba, embobado, al rapazuelo que acabada la corrida—por él, podía comenzar de nuevo—se echaba, sonriendo graciosamente, el capotillo sobre su terno de

oro y azul. ¡Del oro de aquella tierra—la suya—y del azul del cielo de la Maestranza!...

Nuestros entusiasmos por *Bienvenida*, apagados en la hecatombe de su alternativa, renacieron el 24 de junio del 30. El día en que escribimos estas líneas:

El niño perdido y hallado en el templo.

(Para el aficionado peruano Domingo Laos, que sólo cree en los toreros largos cuando los toros no son cortos.)

En aquella tenacísima campaña mía, más que contra la construcción de la nueva plaza, en favor de la conservación de la vieja, y cuyos términos, ¡ay!, ha corroborado y aun subrayado ese juez verdadero que es el tiempo, recuerdo que uno de mis asesores, arquitecto, al cantarme las excelencias de la plaza actual, me decía: "Es una joya. Es un prodigio de la albañilería. Quizá no hay en España dos obras de ladrillo que la aventajen." Y para dar una idea más contundente de su perfección, añadía: "Si hubiese una mano capaz de tomarla por la base y alzarla en vilo sobre las yemas de los dedos, podría hacerlo sin que se estremeciese un ladrillo."

Han transcurrido dos lustros, y todavía sentado —¿qué digo sentado?: ¡en pie, por no ponerme de rodillas!—en las gradas de la viejecilla mudéjar, a la hora del atardecer, que es la del aquellarre taurino, y cuando, en uno de sus efímeros triunfos sobre la lluvia, deja el sol por sus tendidos más dilectos el polvo de oro de su huida al ocaso, he aquí que se entreabren los dedos de la mano portentosa, rebuscan, en una media vuelta semejante a la comba del pase natural, el eje de la plaza, y, asiéndolo por el centro, por donde los maestros asen el palo de la muleta, sino que verticalmente, esa mano tantea, sopesa y, por fin, levanta

la plaza entera... No se estremece un ladrillo. Pero palpita toda ella en la entraña, sacudida en lo más hondo y firme, porque, guiada por el designio de otro arquitecto, del arquitecto supremo que todo lo hizo, la mano ha querido, antes de doblarle la última hoja a la historia del coso, detenerse en sus magníficas páginas centrales, y recorrer los nombres maestros, intensificando el tacto, a la manera de los ciegos, por sus grandes letras en relieve...

Y el público va deletreando como él deletrea: a gritos. Y los gritos se refuerzan con aplausos ruidosos y bruscos transportes de entusiasmo. Convulsiones tremendas que todavía la tiesa viejecilla mudéjar soporta, apoyándose en el recuerdo de los buenos tiempos, arrebolada por la emoción, y en pie aún, al borde de la tumba...

De entre los gritos destaca uno: "¡Bienvenida!"...

Es al joven torero, que cierra el período más brillante de su clásica faena; al artista que viene... Pero yo pienso, a la vez, en la añeja plaza de las faenas viejas, que se va. Y la paradoja, de un alto sentido torero, me arranca las lágrimas...

* * *

¿Cómo ha sido esto?... ¡Quién es capaz de saberlo! Ocurre también con los milagros taurinos, que se operan sin saber cómo ni cuándo. Es decir, cuándo sí. Ya queda dicho. Cuando ya se iba la tarde. Más: cuando está marchándose a pasos de gigante la temporada. Todavía más: cuando se malograba y ensombrecía la figura del torero casi acabado de nacer. Así debió Dios elegir las tinieblas por lo más denso para rasgarlas con el primer rayo de luz...

Está el sexto toro en los medios. No se llama ya Ibarra, ni Vicente Martínez, que la afortunada propietaria de su rama correspondiente es hoy doña María Mateo Montalvo. Pero tiene el toro en su tipo, y sobre todo, luego, en el reaccionar de su sangre, todas las



«Bienvenida», gran banderillero que ha reintegrado a la suerte el dominio de la ejecución
«por ambos lados».

características de la casta ibarreña. Lo ha tomado el mozo de *Bienvenida* con la mano derecha. Dos, tres muletazos insípidos. Sin extremar la porfía el diestro, ni la codicia el bruto.

Pero al remate de uno de ellos la muleta se escapa providencialmente, y, revoloteando por la espalda, va a posarse en la mano izquierda. Y esta mano, la de las grandes emociones, tomando el engaño por la mitad, lo adelanta y cita... Las gentes miran, con desconfianza, porque este infierno del toreo está empedrado de escepticismo. Algún espectador que ya ganaba la puercecilla de escape se vuelve. Otros que iban a salir se detienen. Y el toro hunde al fin las astas en la muleta, y el muchacho despega el brazo en el primer pase natural.

“¡Uno no es ninguno!”

Las masas callan, replegadas en sí mismas.

Mas ni la mano cede, ni el torero se enmienda. En el remate del pase, lejos de deshacerse, se ha estrechado un poco el grupo que forman la fiera y el mozo. Un segundo, y la mano, adelantándose hasta los ojos al ibarreño, como para cegarle, tira de él... Y como ciego sigue el toro por la curva cerrada; más cerrada, después, y después, en cada pase, mucho más cerrada, hasta que el punto inverosímil del quinto natural trae, como forzada salida del atolladero, el pase de pecho, en el que la mano, peinándola los lomos, vacía limpiamente la res...

Cada vez más torera la suerte, por más alarde en el mando y por más “graciosa” en la ejecución, lleva, de más en más intensa, a los oídos del artista, la música inconfundible del aplauso del público de Madrid. Y, los pies atornillados al suelo, con la holgura justa para girar sobre los talones, vuelve a lanzar al espacio su mano torera: en ella va la muleta, y tras ella, “aprisionado” y “convencido”—con ese noble convencimiento que encuentra casi siempre todo el que le sabe llegar—, el toro de la brava casta ibarreña...

Ya no se marcha nadie. El que se fuera, que diga que traspuso el umbral de la gloria y se la dejó atrás.

En un involuntario remedo de los pies del torero, también el público ha ido atornillando los suyos a la localidad. Y, absorto y embelesado, se encuentra ahora con que sólo es dueño de los brazos para aplaudir al jovenzuelo andaluz, que, por novena vez, extiende en su mano zurda la celada de su pañolillo rojo, para meter en él al peligro y pasárselo audazmente por debajo del mentón imberbe, y esquivar las astas del toro quebrando graciosamente la cintura...

—¡Para ezto hay que zer joven y andalú!—murmura uno que cecea.

Para esto—me digo yo—hay que torear con la mano izquierda y torear un "toro". Porque es éste el más toro de la corrida. Toro de cuajo; bien armado y cumplidos los cinco años. Y no hay espectáculo torero comparable al de meter a un toro de verdad por este carril difícil del toreo al natural, por el que los becerrotos se meten ellos solos de tarde en tarde.

Breve y, sin embargo, larga, por ser toda con la izquierda—especie de corta en palabras y larga en hechos—, la faena, de viejo cuño, como el oro viejo, se termina con dos pinchazos y una estocada alta.

En un instante se puebla el redondel. El gentío levanta en volandas a *Bienvenida*, que se resiste, y se lo echa a hombros. Mientras lo pasean por el ruedo, arriba una mancha blanca, nieve perpetua que corona las cumbres de estas faenas, demanda la oreja, que se concede, naturalmente. "¡Naturalmente!"

Y en torno al maestro Sassone, acendrado paladín del triunfador, que nunca, en tan largo paréntesis de desmayo, perdió la fe, se apiñan muchos nuevos creyentes, alborozados, radiantes de júbilo por el espectáculo de este niño perdido y hallado en medio del templo más importante de Tauro.

* * *

Con frecuencia, en nuestras discusiones cafeteriles, tan execradas por Primo de Rivera y Azaña—a pesar de que aquél “aprendió la política en el casino de su pueblo” y su sucesor ha sido uno de los más pertinaces tertulianos de café—, al pretender también resolver la crisis taurina, solíamos dar por segura esta mesiánica solución: “Cualquier día, uno de esos que están arando, coge la manta, se tira al ruedo y barre todo este tinglado”.

Y, en efecto, un buen día salta el mozo y... casi todos los profetas nos resistimos a creer en él. Lo esperábamos, viene y lo negamos. Por una parte, los elogios desmesurados que preceden a su presentación predisponen en contra a los espíritus precavidos. Por otra, a quienes hemos dicho sentenciosamente “¡un solo Dios y un solo Belmonte!”, se nos hace forzoso “ver para creer”, y creer en la medida suficiente a revocar una sentencia, no es cosa que se logre con un artículo ni en una tarde. Sin embargo, en la primera que vemos a Domingo Ortega ya le reconocemos dentro del caso previsto en la mesa del café. Nos encontramos—decimos al verlo—ante el caso insólito de un mozo de pueblo que se atreve, y no sin cierto éxito, a traer una moda para el toreo de las ciudades. La moda no siempre es cosa nueva. Ya se sabe: van y vuelven. Anteayer, falda larga. Ayer, falda corta. Y en el toreo, después de una época de “pies juntos”, vuelve ahora este mozo con el compás...

Como en la aparición de toda moda, las exageraciones mendeanean. Y a veces la pierna se adelanta como si el compás tuviese por vértice el centro del Estrecho y por apoyo los dos continentes... Pero otras veces, mejor dispuesta, carga la suerte en terrenos de peligro y queda como cebo de la codicia de la fiera para su revuelta, y quebrantamiento. Ese es su instante mejor: por lo que expone. Y esa su mejor condición: su serenidad, sorprendente en esos terrenos y en quien ha toreado tan poco...

No transcurrirán muchos días y ya—nueva concesión—afirmaremos que “por matar pronto y bien”, sus faenas, aunque

“monosilábicas”, de un solo pase—su pase magistralmente forzado, de lo bajo a lo alto, sobre la derecha—, le lucen mucho.

Al año siguiente, la estadística le otorga el primer puesto en corridas y en honorarios. Sobreviene nuestra tercera concesión: “No le imponen los toros—decimos—. Está mejor con el toro que con el becerro. Es un torero interesante.”

Y en esta su temporada grande—en éxitos y en fechas, pues perdiendo 10 por su percance, ha toreado 96—; en ésta, más ancho ya el cauce artístico, nos sorprende una tarde conjugando con *Bienvenida* el pase natural. Y como en el toreo al natural encuentra el torero la expresión de su arte, y en el de pecho la medida de su valor, ese día observamos: “En los pases naturales de *Bienvenida*, la muleta vuela como un pájaro. Es ligera, sutil, alada... El pase se curva gracioso. La faena se entona con una estampa de la Giralda, de la Torre del Oro... Es luminosa como el cielo andaluz...”

En los pases naturales de Ortega, la muleta es densa, como los metales preciosos. El pase es sobrio, sereno, reposado. Pase para pesarlo bien. Pase de quilates. Cuando la muleta se echa atrás, para adelantarse al enemigo, alguien habla de la sobriedad de Vicente Pastor. No es lo mismo. Con éste iba al natural y se doblaba en el de pecho. Con Ortega se moderniza y entra por el semicírculo de los pases en serie, de ese moderno injerto del pase natural en el pase en redondo... Aquél era un torero encastillado en Madrid. Y Ortega un castellano que se asoma a Andalucía...

* * *

Muy entrenado, porque torea a diario. Soberbio y engréido, porque lo lleva en sí su modo de torear, es contada la tarde que se le va sin faena. Y muchas, en cambio, las que reúne dos. Todo su sorprendente toreo guarda ya, como en el Belmonte maduro de la segunda etapa, una correlación, un principio, una idea fija; la

pierna adelante, la mano baja y el terreno escaso, que no deja lugar a la duda al toro ni al hombre. Y un fin preconcebido y casi siempre resuelto: la estocada.

Cualquiera de sus tardes de este año—con la excepción de un 10 por 100—ha podido ser la que nos inspiró el siguiente juicio:

Ortega un día de toros en Madrid.

El otro día hablaba yo mal de los faroles. "Suerte sucia", decía. Comprende que, ejecutados en el terreno comprometido a que los lleva Ortega, porque todo su toreo lo lleva a ese terreno—y a ello le debe su personalidad destacada con la sorprendente rapidez de un "fenómeno" y con el estruendo de un "terremoto"—; comprendo que en ese punto crítico, al borde del peligro, el farol, el lance afarolado, como cualquier otro, tiene un gran mérito. Y alguna belleza, ya que el peligro lo embellece todo en cierto modo. Pero a mí no me gusta. O, si transijo con que me guste, no me entusiasma. No se acomoda a la estética del toreo, tal y como la concibe mi juicio, y principalmente como la percibe mi sensibilidad. Me digo que si la parte más noble del hombre es el pecho y el pase de pecho el más arrogante, el menos gallardo ha de ser el pase por la espalda. Y donde digo pase, ponga lance el lector, que a la cuenta el lance no es sino el prefacio del pase; ni el toreo de capa otra cosa que el toreo de muleta, más simple, más elemental, más rudimentario. Y de ahí tanto buen capeador y tan pocos buenos muleteros... Esto, en cuanto a lo intrínseco. Y en lo externo, en lo espectacular, ¿quién compararía la limpieza de un lance de frente o de un pase natural, en los que se ofrecen sin trampa y descarnados todos los valores técnicos del toreo, la justeza, la quietud, la templanza, el mando, con ese revoltijo "afarolado" del toro y el torero, del que ni el más lince sabría decir si pasó el torero, si no pasó el toro, ni si nadie pasó, ni a qué distancia, ni con qué "temple"?...



Domingo Ortega en su célebre pase ayudado por bajo.

Por consideraciones semejantes—de plástica, sobre todo—, tampoco me gusta el toreo de rodillas. Y esto es lo grande—lo grande del fenómeno de Borox, lector—: que, sin embargo, me ha entusiasmado Ortega en esta corrida extraordinaria, con habérsela pasado más tiempo de rodillas que en pie. Desde un punto de mira netamente taurino, no. Tuvieron mucha mayor importancia las faenas que días hace dividían las opiniones—mucha más por la cantidad de enemigo y por la “enjundia” de algunos pases—que estas de ayer, premiadas con la oreja de los dos toros y con ovaciones incontables. Y, aun dentro de ellas, más altura artística algunos pases en pie—¡qué dos maravillosos con la derecha, prietos, centrados y suavísimos, al toro quinto!—que aquellos en que la pierna audaz de Ortega, que es siempre la contraria al lado de la salida, se doblaba por la rodilla ante la cara de la res...

Pero hubo algo de excepcional en el toreo de rodillas de aquellas dos faenas—y de la primera particularmente—. Y fué que el torero, que veía sus dos toros excesivamente quebrantados, reducidos a la mitad, después de ahormarlos, se hincaba como partiendo también por medio, al mismo tiempo que su figura, sus inmensas facultades. Que durmiesen inmóviles sus piernas de acero en el suelo, y que solamente jugasen los brazos, de acero también, por la dureza de su mando. (Suave en la forma y duro en el fondo, como el precepto clásico.) No eran los pases de rodillas de los que el toro entra y sale porque sí. Tampoco el remate, en el que un adorno pone fin a una serie de pases. Era el toreo de a pie, con soltura y con dominio. Era un Ortega que rodilla en tierra copiaba al Ortega de cuerpo entero, y mandaba ir y revolversse al toro, describiendo un arco violento, como si lo llevase prendido de un cordel...

* * *

Y para emoción, emoción grande, cuando empieza el duelo memorable, de los que dejan fecha en los fas-

tos taurinos, entre el cuarto toro, bravo, fiero—único de esa seca bravura en la corrida—, y el Domingo Ortega, que ha acortado de tal modo la distancia entre el toro y él, que ni el miedo encuentra sitio. Chocan en los pases el hombre y la fiera. La muleta produce un ruidillo metálico. Suena a acero. Desde el tercio van toro y torero a dar en los medios. Y, de repente, la muleta se detiene en la mano izquierda. El hombre se reafirma sobre las piernas entreabiertas. Echa la mano hacia atrás todo lo que da de sí. Y todo lo que da de sí la trae hacia adelante, hacia el toro, y tira de él, al natural... Y un alarido brutal, brutal como el pase, rompe el silencio de muerte, porque se ha decidido el duelo por el hombre. No; por el artista. Pues el hombre venció ya, y ahora triunfa el artista. Cierra el pase de pecho los naturales. Y entra la derecha con pases altos y con sus ayudados peculiares, que hoy se pulen por lo que se recrea el torero... Un molinete girando entre las mismas astas, arranca una ovación a la multitud, ya enronquecida. Y cuando mata, a la primera, la espada, todas las manos atienden a pedir la oreja y el rabo de la res para su vencedor, y después atruenan el espacio...

Las plagas.

Capaz de tantas proezas ese triunvirato torero, le ha faltado, por lo menos hasta el instante de cerrar este estudio, arrestos para enderezar la fiesta de toros, hoy ya chica hasta en aquello que no lo había sido estos últimos años: hasta en número de fechas. Se han suprimido ferias enteras. De las más sonadas se han restado corridas. Las de novillos, con picadores, no suman el 30 por 100 del renglón estadístico correspondiente a 1928. En muchos lugares, la mojiganga musical, reforzada con fuegos artificiales, carruseles y retretas—como en pleno siglo XVIII—ha desplazado al espectáculo. Becerros por becerros, el público los prefiere “musicados” que a palo seco.

Quizás está próximo a realizarse el deseo del marqués de Tablantes, que, viendo en la limitación del número de espectáculos, la manera más eficaz de regenerar el toreo, cerraba su curioso volumen, de 1927, diciendo: "Al reducirse el número de corridas en toda España, vendría la sobra de ganaderías. Las vacadas bravas quedarían en lo que antes fueron, afición de lujo y no negocio, ya que el ganadero mandaba la mayoría de sus toros al matadero y sólo reservaba lo mejor para unas cuantas corridas. Entonces se verían toros bravos, porque los públicos no admitirían para las corridas de su feria sino ganado de primer cartel. Los toreros, por otra parte, no podrían torear tanto, y como sobrarían matadores, porque los mejores torearían casi en todas partes, muchos preferirían quedar de novilleros varios años, sin aspirar a tomar la alternativa, haciendo lo que ocurría con frecuencia antes, que ya eran verdaderos maestros cuando dejaban los novillos".

"En un país como España, donde está totalmente prohibido el cultivo del tabaco y limitado el de la remolacha, no parece fuera difícil restringir algo el negocio de los toros."

Ojalá el encogimiento de la fiesta obligue a los cuatro o cinco diestros que pueden con los toros a pedirlos, ya que no por amor propio ni por afición, a impulsos del espíritu industrial.

Porque es el caso que, a medida que se desviriliza la fiesta, un tropel de infantes que frisan en los trece y dieciséis añillos, se encaminan a los toros, no a la localidad, no, sino a los ruedos; que la extracción del torero, que antes se operaba en determinada capa social, ahora, cuanto es más fácil el acceso y menor el riesgo, no distingue ya de capas, y ahí está de botón de muestra la estudiantil...

Esto ya no lo remedia nadie. La plaga de becerros. La plaga de novilleros. La plaga de becerristas. La plaga de malos aficionados... Son ya muchas las plagas y el Moisés ninguno. Al estado en que las cosas han llegado, el Moisés tendría por fuerza que vestirse de torero y personarse en los apartados a "rechazar" él en

una especie de selección a la inversa. (A la inversa de lo que hoy se acostumbra.) Y a exigir en el ruedo que se fogueen los mansos que no aguantan los cuatro puyazos, o que se retiren por inútiles los bravos que no los resisten... A impedir que se escamotee la lidia y que se puedan desarrollar, a ciencia y paciencia de toreros tan grandes, espectáculos tan miserables como éste de la feria de Valladolid del año corriente:

Toros para estudiantes, pero no estudiantes para toros.

(Para que usted, señor doctor Eduardo Basadre, que dió a Juan en Lima, medio millón de pesetas por seis corridas, se entere de nuestras ferias "principales".)

Valladolid, 18.—El otro día asistí en Salamanca a una corrida de "gracilianines". Me conviene hacer una aclaración que hasta ahora reputé innecesario. Cuando yo digo "gracilianines"—como en otro sentido "miurillas"—no pretendo hacer chacota del nombre del ganadero, a quien personalmente procuro guardar todos los respetos que se deben las personas bien educadas. No es, de mi parte, una alusión mortificante a su nombre, sino un diminutivo despectivo para calificar estas becerradas suyas, que no tienen nombre.

Vi, decía, en Salamanca una corrida de auténticos "gracilianines". Chiquititos, cornicortos, juguetones, bravetes y alegres, cual suele corresponder a las reses de esa talla... y de esa edad. El público se divirtió. Es sabido que el público de la fiesta está poseído de un apetito desordenado de diversión. Y de ahí el desarrollo de cuadrillas cómicas y de todo género de bandas. Ha perdido el anhelo de emocionarse con lo que la fiesta pueda ofrecer de noble emoción. Y ha contraído el deseo de divertirse, tomando de la palabra diversión lo que late en ella de más plebeyo. Ha pasado de la alta come-



La almohadilla: único estímulo extrarreglamentario que defiende al público.

dia al cine sonoro. Del drama, al sainete. De cuanto la grande y bárbara fiesta encierra de arte recio y varonil—desafío consciente y vencimiento artístico del peligro—a lo que de afeminado y chocarrero muestran al descubierto los festivales taurinos. Se divirtió, pues, el público. Y yo callé. Mucho más que “del toro un pelo”, uno de los pocos bichejos, con cabeza de toro y temperamento de torazo, me permitió ver en el ruedo a un vencedor de peligros: a un Ortega vestido de Belmonte. La hazaña me desquitó del resto del simulacro. Y como, por otro lado, el buen público se moría de gusto, disimulé la falta del mío, y dejé en silenciosa paz el nombre y la divisa de las tiernas víctimas.

Pero hoy, primera de feria en Valladolid, el insólito desfile, no ya de unos “gracilianines” auténticos, sino tan diminutos, dentro de su típico diminutivo, que se dijeran “gracilianines” contemplados con los prismáticos asidos por el revés, ni puedo ni quiero callar. Temo con ello faltar a las consideraciones que se merece Eduardo Pagés, primer prestigio empresario de España—y primera víctima de estas burlas—, de quien nos prometemos muchos la salvación de la plaza de Madrid, en pleno desbarajuste. Temo asimismo que el público—primer culpable—no eche gran cuenta de esta diatriba y continúe él también, como los toreros, esperando que un becerro embista a lo tonto, sin enfadarse hasta última hora—con el sexto y cuando ya le han colado cinco—. Y temo, por último, que el criador y sus colaboradores achaquen estas líneas más a saña que a justicia. Me es igual. Pagés—por lo que sufre con estos trastornos de última hora—, el público y el afortunado vendedor de estas miniaturas, comprenderán que al extremo a que han llegado las cosas sólo hay opción entre estos dos términos: ensañamiento o encubrimiento. Y me decido por el primero.,.

Salta aquí un becerro. Allí rebrinca el otro. (Juego incierto de la adolescencia.) A éste le han puesto unos pitones que no son suyos. Al otro se le han encogido con exceso. (Maniobra defensiva del caracol.) El picador Barana—pero ¿qué hacen aquí los picadores? ¿Por qué los llama a tan ridículo combate ese clarín?—tira y vuelve a tirar el palo sin hacer carne. No la encuentra más allá del morrillo escuálido e incipiente. Se trata de una peliaguda prueba de tino, de un concurso de tiro al blanco...

¡Qué poco serio todo esto! ¡Qué informal!... Mi hijito—nueve años mal contados—inquire:

—Papá, ¿dónde está la música?

—¿No la ves? En ese palco...

—Pero si no digo ésa.

—¿Pues cuál?

—Esa otra. La de los que juegan con los chotos...

* * *

Algo hay dentro del estrecho marco del festival que, por estar con él entonado, podía interesarme. Toretes para estudiantes, alterna el diestro que se apoda así. Alterna aquel novillero crudo y verderón, pero valiente, y que en medio de su explicable ignorancia apuntaba detalles de muy buen estilo. A ver, a ver...

Decepción. No ha adelantado en sabiduría, y ha perdido en valor. Nada con el capote. Nada, del verbo nadar; toreando a brazadas... Barullo y lío, mucho lío, con la muleta. Y con la espada, tres puñaladas de las del Gallo. Tres puñalones a la "terrible fiera" a paso de banderillas, con la *sans façon* y el descaro de los que llegan a un buen puesto sin luchar, semejante a la cínica desenvoltura de los niños a quienes se autoriza a fumar prematuramente...

El sexto, el más nimio. Raya en lo inconsútil, y es mogón. Así, del derecho. Ni aun con él acierta el joven alumno. Se le destraban los pases. Le falta reposo. Y escuela. Y ni este toro para estudiantes encuentra al estudiante que lo toree. En su caso, parejo del gana-

dero, tampoco hay otra opción que da de ensañamiento o encubrimiento. Y yo suelo ser mal encubridor...

Termina esto entre gritos. Alguien hubiese dado por una almohadilla un millón. Parten los toreros. Al último, ¡qué mal le hace el disfraz! La casaca torera, corta y estrecha. ¡Con lo ancha que le va! Pero todo anda así. Mi chico torna a preguntar por la música. ¡Sale uno tan triste del toreo bufo en serio!...

Así, simbólicamente representada en esa corrida de Valladolid—¡cuántas como ésa!—, queda la llamada fiesta de los toros en 1932. ¿Se encauzará? En la Empresa de Madrid, que tantos estragos ha hecho en el toreo por su deplorable administración—daño que purga ahora, viéndose en el apuro de inaugurar la plaza monumental cuando ha espantado al público y no cuenta con él ni para llenar la plaza vieja—; en la desventurada Empresa, que daba la pauta torera a toda España, se ha producido un suceso que puede ser trascendental para la fiesta. El Consejo de Administración se ha echado en los brazos salvadores de Eduardo Pagés. Y aunque “tarde piache”—se ha buscado el remedio con tres años de retraso—, el prestigio del primer empresario con que cuenta la fiesta de toros puede hacerse sentir poderosamente en ella.

Sobran corridas, muchas corridas en los cerrados, aun contando la ayuda que supone el incremento del espectáculo en el Mediodía de Francia. Sobran toreros y aspirantes por esos cafés del diablo. Es la ocasión de enderezar la fiesta, cuya decadencia ha dejado de constituir un tópico.

Pero con la ayuda de todos. A los públicos, en su egoísmo, les resulta más cómodo que todo lo hagamos los periodistas, a fuerza de tutores de su eterna minoría de edad. Y en no pocas ocasiones, como tutores nos portamos. Porque, hombres de carne y hueso, es utópico y pueril que demos la talla moral de Jesucristo, ni siquiera la considerable estatura de sus revisteros. Con que demos la talla del hombre discretamente constituido, no habremos hecho poco.

21775 .

ROSEN. Domingo



Precio: 5 pesetas



1953

Granadas y Misericordias de Torneo



César
Jalón

